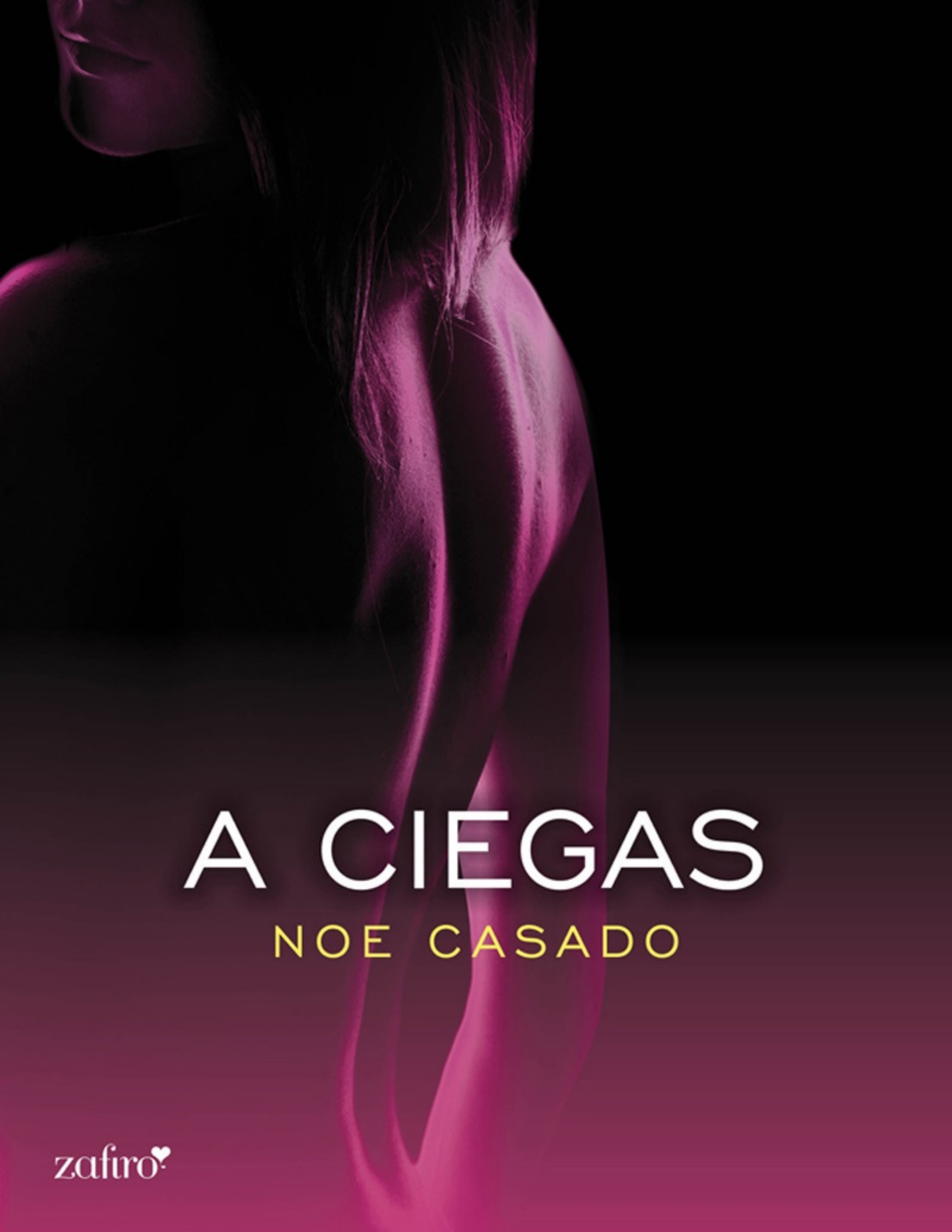
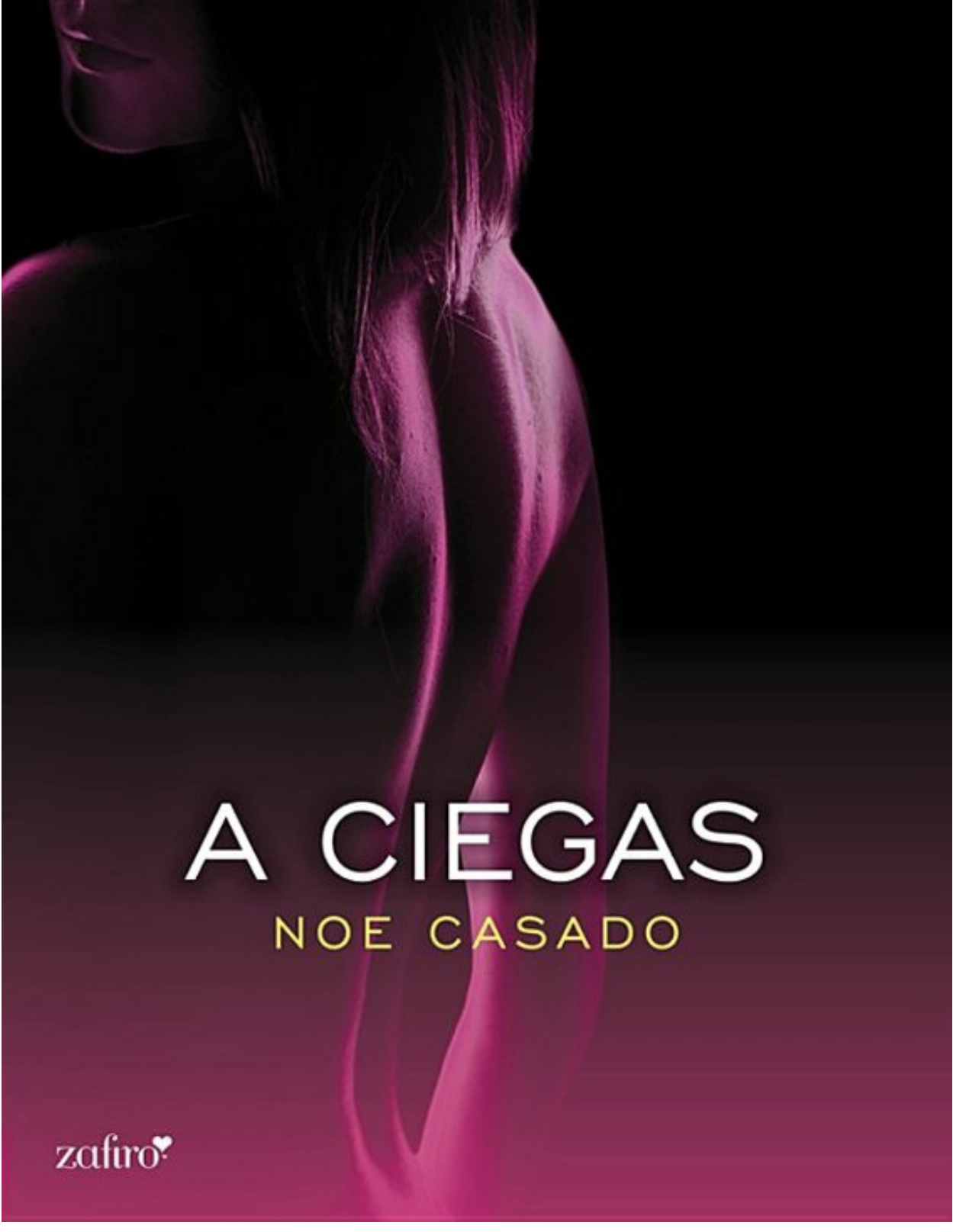


A woman's back and shoulder are shown in profile, illuminated by a soft purple light against a dark background. The lighting creates a gradient from dark purple at the top to a lighter magenta at the bottom.

A CIEGAS

NOE CASADO

A woman's back and shoulder are shown in a dark, moody setting, illuminated by a strong purple light that creates a glowing effect on her skin and hair. The background is black, making the purple glow stand out.

A CIEGAS

NOE CASADO

zafiro[♥]



Nací y vivo en Burgos. Me aficioné a la lectura en cuanto acabé el instituto y dejaron de obligarme a leer. Empecé con el género histórico, y un día de esos tontos me dejaron una novela romántica y de ahí, casi por casualidad, terminé enganchada... ¡Y de qué manera!

Vivía en mi mundo particular hasta que Internet y diversos foros literarios obraron el milagro de dejarme hablar de lo que me gusta y compartir mis opiniones con los demás. Mi primera novela, *Divorcio* (El Maquinista), vio la luz en junio de 2011 y desde ese momento no he dejado de escribir. Uno de mis microrrelatos, titulado «Puede ser», ha sido incluido en *100 minirrelatos de amor... y un deseo satisfecho* (Éride Ediciones), publicado en febrero de 2012. Mi segunda novela, *No me mires así* (Editora Digital), se editó en formato digital en marzo de 2012; año en el que también salió publicada mi novela *Treinta noches con Olivia* (Esencia). En la actualidad sigo con mis proyectos, algunos ya acabados y otros pendientes de publicación.

A ciegas

1

No era un buen día para ir a trabajar. Ciertamente no lo era.

Aunque, últimamente, ninguno era bueno, pero la obligación mandaba.

La verdad es que los años iban pasando y su cuerpo ya no aguantaba bien eso de una noche loca; necesitaba más tiempo para que sus biorritmos volvieran a su estado normal.

Se pasó la mano por la cara. ¡Joder!, llamar a esa noche loca era ser muy optimista, ya que ni siquiera había terminado envuelto en sábanas con una mujer.

Cosa que, por cierto, llevaba bastante tiempo sin hacer. Su trabajo no era lo que se dice muy apropiado para mantener una relación de pareja mínimamente normal. Unos horarios de mierda, jornadas que se alargaban sin previo aviso, vacaciones interrumpidas... Vamos, la vida normal y corriente de cualquier policía.

Hacía tiempo que lo sabía, un divorcio a cuotas era prueba más que suficiente. Pocas mujeres, por no decir ninguna, soportaban tales imprevistos, ni hablar de aquellas que no entendían que tales perjuicios no se tradujeran en beneficios económicos que le permitieran suplir las ausencias del marido en un centro comercial, salón de belleza o concesionario de coches.

Claro que él tampoco se esforzaba demasiado en conservar esas posibles relaciones. Se supone que todos somos adultos y que cada cual sabe estar en su sitio, y, si te casas con un policía, no puedes esperar que éste regrese a casa todas las noches a la misma hora y con ganas de escuchar tonterías.

Pero su exmujer insistía una y otra vez en pedirle que dejara su trabajo y que buscara algo más adecuado para salvar su matrimonio. Por otro lado, Luke, que no era tan tonto, sabía desde hacía tiempo que ése no era el principal escollo en su relación, ya que hasta se alegraba cuando debía hacer horas extras. Y luego siempre estaba el desagradable tema (para ella) del sexo: cada vez le interesaba menos, cada vez se mostraba menos propensa a reconciliarse entre las sábanas, de modo que él había optado por buscarse la diversión fuera de casa.

A ella, para su sorpresa, no pareció importarle demasiado, así que terminaron por separarse sin hacer mucho ruido. Estaba claro que cada uno veía las cosas de forma diferente y, por suerte, no se trató de un divorcio traumático ni hubo muchos gritos.

De modo que a partir de ese momento eligió vivir solo y esforzarse un poco cuando de verdad le apetecía darse un buen revolcón; siempre encontraba a alguna amiga tan práctica como

él para divertirse y desquitarse.

Aunque prefería no repetir demasiado, pues, inevitablemente, ellas podían imaginar lo que no era y entonces acabaría por desilusionarlas. Y si bien tampoco iba a sufrir por ello, prefería evitar tales complicaciones.

Para celebrar que ahora tenía nuevo compañero había terminado por aceptar la invitación de éste para salir, hablar y esas cosas.

Iba a echar de menos a su compañera de los últimos cinco años, Wella; debía reconocer que era una mujer excepcional, y su mejor amiga, a pesar de que al principio la puteó de lo lindo.

Algunos incluso creyeron erróneamente que entre ellos existía algo más que compañerismo y amistad, pero jamás fue así. Especialmente porque Luke andaba detrás de Dora, la amiga rubia y devorahombres de su compañera de trabajo.

Y es que tenía una especial fijación con las rubias, cosa que intentaba corregir, no hasta el punto de acudir a un psicólogo, pero sí con firme propósito de enmienda. Aun así, siempre fallaba estrepitosamente. No le bastaba con estar separado de una rubia intransigente, le iba la marcha y por eso perseguía a Dora, la cual le daba calabazas un día sí y otro también.

Sin embargo, él no cesaba en su empeño y seguía insistiendo. Tarde o temprano iba a llevársela al huerto. Con una mujer así hasta podía esforzarse en conservarla.

Un hombre podía ponerse muy nervioso en presencia de una hembra tan impresionante como ella.

Pero, por lo visto, la noche anterior se había tenido que conformar con un rubio, Aidan Patts, su nuevo compañero.

Un treintañero educado, elegante, proclive a contar chistes sin gracia y con escasa o nula actitud para ser un policía aceptable. Sólo podía decirse que tenía un punto a su favor, y es que era un puto imán para las mujeres. Con su pinta de niño bueno y sus trajes de diseño, todo lo opuesto a Luke, que sólo tenía un traje, por si acaso y que prefería la comodidad de los vaqueros. Uno no puede ir a perseguir a los malos con raya diplomática, joder.

De cualquier forma, había acabado tomando cervezas y hablando hasta altas horas de la madrugada con Aidan. A favor del chico había que decir que sabía comportarse, que no babeaba, como hubieran hecho otros compañeros de trabajo cuando una mujer, o varias, mostraban más que interés en él.

Aun así, pasarse la noche con la única compañía de un colega de trabajo no puede denominarse en ningún caso una noche loca.

Ahora que ya no tenía a una mujer como compañera podía dejar de contenerse, ya que, aunque Wella jamás protestaba ante sus comentarios más que ácidos, es cierto que hay temas que no pueden tocarse de la forma que dos tíos, animados o no por el alcohol, hacen a ciertas horas de la noche.

Quizá con ella buscaba, que no encontraba, ese lado femenino que todas las mujeres se empeñan en decir que uno tiene.

Y aunque se conocía lo suficientemente bien para saber que jamás lo hallaría, sí que se prestaba a conversar sobre ello y así de paso aprendía alguna que otra cosilla del mundo femenino, que nunca está de más.

Dejó a un lado todas las elucubraciones propias de una mañana de resaca y con algún que otro gruñido de protesta estiró la mano hasta agarrar el despertador, una de las pocas cosas que conservaba de su vida de casado. Se había negado a deshacerse de él porque el jodido aparato era fácil de manejar y no quería arriesgarse a comprar otro y perder el tiempo en aprender su manejo.

Comprobó la hora.

—¡Me cago en la puta! —exclamó mientras se incorporaba de golpe. Sin embargo, debido a su estado, se dejó caer de nuevo hacia atrás.

En menos de una hora debía estar en la comisaría y eso implicaba levantarse, ducharse, afeitarse y buscar ropa limpia.

Tarea, esta última, de la que debería haberse ocupado el fin de semana pasado... Pero oye, ¿quién cojones diseña los programas de una lavadora? ¿Un ingeniero aeronáutico?

Lo había intentado, pero no conseguía que la maldita lavadora funcionase correctamente y cuando analizaba la situación llegaba a una conclusión que lo dejaba deprimido y a la altura del barro en lo que a conocimientos se refiere, ¿cómo explicar que una mujer con estudios básicos pueda hacer funcionar ese cacharro diabólico con los ojos cerrados y él no?

Desde luego tenía que reconsiderar la opción de volver a contratar a una asistente, pero con su horario resultaba complicado, pues no le apetecía pasar la mañana en la cama intentando dormir mientras la señora de la limpieza pasaba el aspirador.

Dejando a un lado cuestiones domésticas e imposibles, terminó por levantarse y caminó hasta el cuarto de baño, que necesitaba otro capítulo aparte, pero que de momento pasaría por alto.

Tras una ducha algo más prolongada de lo normal, su cuerpo empezó a reaccionar. Preparó la cafetera y, mientras ésta realizaba su labor, se fue al dormitorio a vestirse. Echó una rápida ojeada a su armario —por qué no decirlo, cada vez con menos opciones—, escogió unos vaqueros azules y resopló. Tan sólo le quedaban un par de camisas decentes, y tras abrocharse una, pensó que ya era hora de coger el toro por los cuernos.

Afortunadamente, le llegó el olor del café; por lo menos una o dos dosis de cafeína le levantarían el ánimo.

Durante el trayecto hacia la comisaría fue escuchando las noticias de la mañana. «Cojonudo», pensó tras escuchar en un avance informativo en el que hablaban de las protestas que se estaban organizando que, ante el riesgo de altercado, la policía iba a tomar cartas en el asunto.

—Cojonudo —repitió. Eso para él significaba más trabajo.

Seguramente, sus superiores, paranoicos como siempre, le encomendarían la tarea de apoyar a los agentes que normalmente cubrían ese tipo de situaciones.

Bien pensado, tampoco es que le importara mucho. Lo cierto es que, durante ese último año, las cosas habían cambiado dentro de su departamento. Tras el fracaso de la última misión realmente importante, es decir, aquella en la que podías lucirte como agente y te ordenaban investigar algo relevante, el departamento cambió la política interna y las investigaciones habían pasado de ser arriesgadas a arriesgadamente aburridas.

Aparcó su todoterreno en su plaza reservada. Por suerte, algunas cosas no habían empeorado.

Luke salió de la sala de reuniones medianamente aliviado, ya que de momento no iba a tener que intervenir. Eso suponía ocuparse de su rutina y, con un poco de suerte, estar libre a las ocho para poder, hoy sí, tener una de esas noches locas.

Ya tocaba un poco de acción.

Quedar con una rubia despampanante siempre es un buen plan, pero quedar con dos lo era aún más. Y todo ello sin tener que ordenar su apartamento.

Sólo tenía que ocuparse de llevar las provisiones, como en los viejos tiempos. Condones y vino.

Conocía a Abby desde hacía un par de años. Era la monitora de unos cursos de formación que organizaba el departamento y, desde el primer instante, ambos se dieron cuenta de que tenían las mismas ideas sobre las relaciones personales, de modo que aquella misma noche terminaron juntos en la habitación del hotel.

Era la mujer ideal: decidida, poco o nada proclive a los dramas sentimentales y con ganas de experimentar.

Desde entonces quedaban de vez en cuando para divertirse bajo las sábanas siendo conscientes de que después cada uno seguiría su camino sin mirar atrás.

—¡He quedado a las ocho y aún estoy sin arreglar! —exclamó Abby corriendo en bragas y sujetador por la casa mientras sus dos amigas, sentadas en el sofá, se limitaban a observarla.

Ya en su dormitorio, se puso un vestido cómodo y sobre todo fácil de quitar, pues no había quedado precisamente para tomar el té.

Eso sí, iba perfectamente conjuntada: su ropa interior era tan roja como el vestido.

Volvió al salón y miró a sus dos colegas. Había quedado con un buen amigo y le había prometido algo especial y eso incluía que la acompañara una de las dos.

—Bianca, por favor, ven conmigo. Te lo pasarás en grande, es un tipo genial, divertido...

La aludida negó con la cabeza.

—No te molestes —intervino Carla, señalándola con el dedo—. Ésta es demasiado tradicional como para hacerlo con la luz encendida, así que olvídate de montar un trío.

—Oye, que me guste ir de uno en uno no significa que sea tradicional —se defendió Bianca.

—Si es por eso... —Abby se mordió el labio— sólo va a haber uno.

Carla se rió socarronamente.

—Si no hubiera quedado ya, iría yo contigo. Me apetece eso de montármelo con un policía.

—Tú no eres rubia —protestó Abby—. En fin, tendré que explicarle una pequeña mentirijilla y sacar mi látigo para compensarle.

La única que no se rió fue Bianca.

—¿Le has dicho ya que te tiñes el pelo? —atacó Bianca.

—Eso lo descubrió por sí mismo —contestó sin dejar de reírse.

Carla se levantó y, tras mirar la hora, cogió su bolso y se despidió de ambas.

—Mañana quiero un informe detallado —se burló antes de salir por la puerta.

—Espero que te diviertas —dijo Bianca con intención también de marcharse, pero a su casa, donde le esperaba una buena novela erótica. Sus amigas podían reírse cuanto quisieran, pero a veces es mejor la imaginación que la realidad. Además hay cosas que nunca deben dejar de ser fantasías.

—¡Abre tú! —pidió Abby antes de ir al baño a retocar su maquillaje cuando oyeron el timbre.

Bianca resopló, pero como tampoco le costaba mucho, se acercó a la puerta y sin mirar por la mirilla bajó la manilla y entornó la puerta.

—Buenas... noches.

Ella se quedó allí como un pasmarote mirándolo de arriba a abajo y sin saber qué responder.

Luke sonrió con aprobación, sabía que su amiga no le fallaría.

—Ah, ya estás aquí —intervino una no menos sonriente Abby.

Bianca se dio cuenta de que estaba en medio y dio un paso al frente con la intención de salir, pero él se interponía en su retirada.

La anfitriona, manteniendo su sonrisa, lo invitó a pasar y cerró la puerta.

—Ésta es Bianca.

La cual no estaba del todo conforme con seguir allí, pero por educación no dijo nada. Quizá si se quedaba un rato no pasaría nada y después, cuando las cosas se pusieran interesantes, se olvidarían de ella de tal forma que podría volver tranquilamente a casa.

Luke no le quitaba ojo de encima, vaya con Abby y sus promesas... Aquello desde luego mejoraba por momentos.

No tenía sentido andarse con rodeos, así que estiró una mano y tiró de Abby para acercarla a él y darle las buenas noches como se merecía.

Agarrándola de la cintura, la pegó a su cuerpo y ella se dejó arrastrar con un ronroneo de aprobación y le quitó la botella de vino para dársela a su amiga y así dejarle las manos libres para maniobrar a su antojo.

Él no la defraudó y la besó de forma descarada, al tiempo que ella se contoneaba sin ningún tipo de vergüenza.

Bianca observó horrorizada cómo aquellos dos iban a lo suyo sin percatarse de su presencia, ya que ella le sacó los faldones de la camisa para meter la mano y poder acariciarlo. Pero por lo visto no era suficiente porque su amiga atacó directamente al cinturón.

Tuvo que tragar saliva y terminó por carraspear, tenía que salir allí y no quería ser maleducada.

Luke desvió momentáneamente su atención de Abby y miró a su amiga con una sonrisa depredadora en los labios.

—Lo siento —se disculpó y se acercó a ella dispuesto a solventar su descuido por no atenderla debidamente.

Sin tiempo para reaccionar, Bianca se encontró rodeada de unos brazos fuertes, una mano en su trasero y unos labios sobre los suyos que invadieron su boca de una forma expeditiva.

Él no se andaba con rodeos, pues le metió la lengua de una forma que la sobresaltó. Era agresivo, aunque no desagradable, de modo que terminó aferrándose a él y gimiendo.

Luke notó cómo la otra rubia se colocaba a su espalda y le metía las manos bajo la camisa arañándole la espalda mientras él continuaba con Bianca, ahora lamiendo la piel de su cuello hasta llegar a la oreja y poder atrapar el lóbulo con los dientes. Ella reaccionó buscando su boca y no tuvo reparos en tomar la iniciativa pues hacía mucho tiempo que nadie revolucionaba así sus hormonas. Y no sólo eso, elevó una mano y, mostrándose inusualmente agresiva, tiró de él para acercarlo lo máximo posible.

Abby no iba a quedarse atrás y le levantó la camisa para recorrer su masculina espalda con sus labios, después lo rodeó con una mano hasta alcanzar la hebilla del cinturón y soltarlo.

Él gimió en la boca de Bianca y ésta, ante las sensaciones que estaba experimentando, dejó caer la botella de vino al suelo. Pero ninguno de los tres prestó atención al ruido sordo que produjo.

No podía creer la suerte que estaba teniendo con aquellas dos mujeres, tan receptivas, tan impetuosas y tan ardientes.

Y si la nueva además era rubia natural...

La más atrevida de las dos metió una mano dentro de sus pantalones y le agarró la polla empezando a masturbarlo. Aquello se ponía cada vez más interesante y no habían pasado del recibidor.

Como ya conocía a la perfección el cuerpo de Abby, al cual iba a dar un buen repaso más tarde, decidió dedicarse primero al cuerpo de la mujer que tenía entre sus brazos.

Iba vestida con uno de esos vestidos de punto deformes hasta los pies que no favorecen a ninguna mujer, pero eso carecía de importancia. Ahora quería disfrutar de las curvas que podía intuir bajo la lana y que estaba palpando con sus manos.

Empezó a levantarle el vestido para descubrir, en primer lugar, unas horribles botas que, afortunadamente, dieron paso a unas increíbles piernas.

Allí se detuvo, metiendo la mano entre sus muslos pero sin llegar, todavía, a su entrepierna. Con movimientos ascendentes y descendentes fue disfrutando de la suavidad de su piel y caldeándola, para que en el momento que rozara sus bragas, que esperaba encontrar húmedas, ella le regalara uno de esos gemidos femeninos que te invitan a seguir.

«Vaya con la mosquita muerta —pensó Abby sin soltar la erección de Luke—. Al final ha caído.» Y no era de extrañar, pues conocía al policía y sabía de lo que era capaz sin ni tan siquiera quitarse la ropa.

Bianca, por su parte, quería apartarlo, pero hacía mucho tiempo que no sentía ese cosquilleo entre sus piernas y no dudó en separarlas para que él no albergara dudas.

Luke detuvo los movimientos con los que Abby lo acariciaba, no porque le desagradaran sino porque quería llegar cuanto antes al dormitorio y alcanzar la posición horizontal y, por supuesto, deshacerse de toda la ropa, dado que iba a acabar con los pantalones en los tobillos y eso, además de ridículo, podía ser hasta peligroso.

Abandonó un instante esos prometedores y calientes muslos para llevar a cabo sus planes más inmediatos.

—Será mejor que vayamos al dormitorio —sugirió sin soltar a Bianca y volviéndose para mirar a la anfitriona que, a su vez, lo observaba con una media sonrisa.

—Por supuesto —convino Abby.

Bianca parpadeó y fue consciente de lo que significaba aquella oferta.

Puede que sus pezones, más duros que nunca, y la humedad de su coño consiguieran confundirla y aceptar tan perversa oferta, pero ella no hacía esas cosas.

¡Cielo santo! ¡Se había besuqueado con un perfecto desconocido!

Y no sólo eso: ¡le había permitido tocarla!

Abby se había acercado a Luke y le estaba metiendo la lengua en la boca de una forma tan obscena y adictiva que no podía apartar la vista.

—Vamos —ronroneó Abby tirando de él.

—Las damas primero —dijo él acompañando sus palabras con un gesto galante. Conocía la distribución de la casa aunque prefería observar ese par de traseros caminar delante de él.

No le hacía falta inspiración, pero nunca estaba de más.

Contorneando sus caderas sobre sus tacones Abby se movió lenta y sensualmente y caminó hasta la puerta del dormitorio, que estaba abierta. Adoptó una postura todavía más insinuante al apoyarse sobre el marco y levantarse el vestido para mostrar sus piernas e indicarle, innecesariamente, que aquello no había hecho más que empezar.

Luke no se lo pensó dos veces, se deshizo de su chaqueta de piel y, con pasos firmes, se colocó junto a ella para inclinarse y besarla de nuevo, al tiempo que posaba una mano sobre su pecho para ser testigo de primera mano de la dureza de sus pezones.

Bianca jadeó y se dio cuenta de que estaba a punto de cometer una locura de proporciones mayúsculas. Debía controlar su excitación y salir de allí cuanto antes.

De ninguna manera iba a acabar desnuda y en la cama con un desconocido y menos aún con Abby. ¡Por Dios, eran amigas!

¿Qué cara pondrían al día siguiente?

Se ajustó el vestido y buscó con la mirada su bandolera para salir pitando de allí.

La localizó en el suelo, junto a la puerta y la botella de vino que dejó caer cuando él la besó.

Se agachó y, para evitar el riesgo de ceder, abrió rápidamente la puerta y huyó.

Luke se volvió al oír el portazo, tenía una mano metida en el escote de Abby y la otra apoyada en la pared por encima de su cabeza.

—¿Dónde ha ido? —preguntó con la voz ronca volviéndose para mirar a Abby.

—Supongo que no quiere unirse a la fiesta —contestó humedeciéndose los labios para que él se fijara en lo realmente importante.

—Bueno... pues tendremos que apañarnos.

Ella se desabrochó dos botones de su escote y, tras chuparse un dedo, recorrió la línea que delimitaba el borde del sujetador, arqueándose y estirando la otra mano para recorrer sus pectorales.

Al tener los botones del vaquero desabrochados, ella fue bajando la mano hasta tocar la parte superior del tatuaje que él tenía a la derecha del ombligo. Una sencilla media luna azul.

Luke sabía la verdad, una tontería que se hizo a los veinte, pero como a ellas les encantaba dejaba sin resolver el misterio.

Ella recorrió el contorno y después movió la mano hasta llegar a donde realmente quería: su erección. Dejó de apoyarse en la pared y, sin soltarlo, lo guió hacia el interior.

—¿Rápido o lento? —preguntó ella haciendo amago de desnudarse.

—Lento, por supuesto. —Era una verdad a medias. Pero tenía claro que si se le hacía demasiado largo el baile, mandaría a paseo las buenas intenciones y acortaría el proceso.

—Entonces necesito inspiración... y música.

Lo soltó para acercarse hasta su iPod, buscó la canción que quería y lo colocó sobre los altavoces para que las primeras notas de una envolvente melodía acompañaran sus sensuales movimientos.

—Vaya... —Se sentó en la cama para deshacerse de su ropa y acomodarse en ella—. Todo un clásico —comentó al reconocer la canción: *Spooky*, de Dusty Springfield.

Ella le sonrió pícaro e insinuantemente y agarró una silla.

Se colocó delante y se sentó, abriendo las piernas al máximo para que él pudiera percatarse de sus bonitas bragas rojas.

Él, cómodamente recostado sobre un lado, no se perdía detalle.

Vio cómo ella se inclinaba hacia adelante y, con las manos en sus pechos, los juntaba y se los ofrecía para después incorporarse y así evitar que él estirase la mano para tocarla.

Abby se puso en pie y dejó que el vestido se fuera deslizándose sin otro movimiento que el vaivén de sus caderas.

—Impresionante —murmuró él al verla tan sólo cubierta con dos exiguas piezas de tela roja.

—Y aún queda lo mejor...

Luke no lo dudaba. Agradecía enormemente el numerito de baile y seducción que le ofrecía, pese a no ser necesario.

Llevó una mano a su erección y empezó a masturbarse tranquilamente mientras ella se quedaba tan sólo con los pendientes de aro y proseguía meciéndose al compás de la música.

—Estás haciendo trampas —lo acusó y él arqueó una ceja—. No vale jugar tú solo.

—Pues acércate y participa.

Abby se acercó a la cama y se sentó frente a él. Separó las piernas, mostrándole su coño húmedo y bajando una mano lentamente desde su abdomen, separó con los dedos sus pliegues y se frotó con descaro el clítoris.

Él inspiró profundamente y se inclinó para ser quien se hiciera cargo.

—Ni hablar... —susurró ella negando con la cabeza. Pero al ver la cara que puso decidió ser comprensiva y le ofreció el dedo impregnado de sus fluidos para que lo chupase.

—Gran reserva —gruñó lamiendo con entusiasmo—. Más... —pidió todo goloso.

—Sírvete —indicó ella colocándose de rodillas frente a su cara y separándolas todo lo posible para que él se situara bajo ella y así poder lamerla convenientemente.

Y Luke no tardó ni un segundo en meterse debajo de sus piernas. La agarró del trasero y empezó a recorrer con su ávida lengua cada uno de sus labios vaginales hasta recoger cada gota de sus secreciones y poder llegar al punto más sensible.

Ella estaba en la gloria y sin ningún pudor movió la pelvis contra su boca consiguiendo así mucha más fricción.

Él estaba devorándola literalmente con sus lengüetazos, al tiempo que clavaba los dedos en su culo para mantener la posición y la ayudaba en sus movimientos oscilantes.

Abby entreabrió los ojos. Estaba siendo egoísta, así que, con una sonrisilla perversa en los labios, se inclinó hacia adelante de tal forma que su boca atrapó una erección que pedía a gritos ser lamida.

Luke dio un respingo ante la sorpresa y se acomodó mejor. Abby tenía una boca increíble. Sabía mover la lengua para aplicar la presión justa. Subiendo y bajando la cabeza y formando con sus labios una «o» perfecta.

Pero no se conformaba con eso, pues con la mano empezó a moldear sus testículos y buscar

ese punto bajo los mismos en el que, si presionaba correctamente, podía proporcionarle un orgasmo increíble.

Notó cómo él lamía con más frenesí su coño, penetrándola con la lengua y causando estragos en su idea de dilatarlo.

—Joder, la chupas como nadie —gruñó él bajo ella. Como no quería dejarla a medias, y eso estaba a punto de suceder ya que la lengua de Abby sobre la fina y sensible piel de su glándula podía hacerlo perder el juicio en cuestión de segundos, le introdujo un par de dedos y los curvó en su interior, buscando estimular sus terminaciones nerviosas.

Luke notaba ya la presión en sus testículos, una presión casi dolorosa y comenzó a levantar las caderas al tiempo que la penetraba con dos dedos y succionaba su clítoris.

Ella entendió el mensaje y se aplicó mucho más. No iba a quedarse atrás, por lo que se humedeció un dedo y presionó toda la zona del perineo hasta llegar a su ano. Allí, sin darle tiempo a oponerse, le introdujo la punta del dedo índice y apretó los labios para que él no tuviera escapatoria.

Luke jadeó o gruñó, proporcionándole una vibración extra en su sexo, algo parecido a la bala vibradora que guardaba en su mesilla de noche. Así que, ante tal respuesta, siguió moviendo el dedo en su ano hasta que sintió en su boca el primer chorro de semen.

Se corrió de forma violenta, primitiva, embistiéndola con las caderas, hasta quedar completamente saciado, aunque no descuidó sus atenciones y sin dejar de introducirle dos dedos abrió la mano hasta que el pulgar pudo posarse sobre el fruncido ano y meterlo para que ella también disfrutara de ese mini coito anal.

Abby cayó desmadejada, con la respiración alterada y sin fuerzas para hablar.

Luke nunca defraudaba.

3

Llegó a casa algo cansada tras el paseo, pero lo cierto es que necesitaba despejarse y una caminata siempre iba bien para aclarar las ideas.

Al abrir la puerta se dio cuenta de que, por suerte, su compañera de piso no estaba en el apartamento, cosa que agradeció en silencio.

Cualquiera aguantaba a Carla con sus comentarios picantes intentando escandalizarla, lo que conseguía sin mucho esfuerzo.

O, peor aún, con sus intentos de que fuera por el mal camino, como ella decía.

Se puso cómoda y se metió en su cuarto dispuesta a retomar la normalidad y leer un rato. Nada mejor que estar a solas para lograrlo.

A pesar de la caminata, su cuerpo seguía excitado y con ganas de acabar lo que aquel desconocido había empezado.

Se mordió el labio, algo indecisa...

—No, ni hablar —se dijo para autoconvencerse.

Así que diez minutos más tarde dejaba por imposible el libro que tenía entre las manos. La literatura erótica no es lo que se dice muy recomendable para calmar los ánimos por lo que se rindió a lo inevitable.

Sacó el único vibrador que tenía, no por decisión propia, sino por prescripción de la metomentodo de Carla, y giró la base. El suave zumbido hizo cosquillas en la palma de su mano pero no era ahí donde necesitaba que la tocasen.

Se desprendió del pantalón del pijama, apagó la luz y se tumbó boca arriba. Dispuesta a llevar a cabo una de sus fantasías más íntimas.

Cerró los ojos y pensó en Josh, su compañero en la asociación vecinal donde colaboraba, y del que estaba enamorada. No sólo por el atractivo físico, sino por cómo hablaba, la capacidad de convicción, por sus ideas... todo en él la atraía.

Como imaginaba siempre, porque era lo que deseaba, él tomaba la iniciativa, rodeándola con los brazos y besándola, de forma suave, sin avasallar.

Movió el vibrador hacia abajo y lo colocó sobre su vello púbico, dejando que éste cogiera la temperatura corporal mientras desarrollaba su imaginación.

—Josh... —susurró en la oscuridad, mientras él se afanaba en quitarle la ropa.

Para aquel encuentro tan íntimo, habría hecho una excursión al armario de Carla y llevaría un

bonito vestido ajustado y con escote, para tentarlo.

Deslizó el «sustituto» hacia el interior de sus muslos y la punta rozó sus pliegues, aún húmedos tras el interludio en casa de Abby.

Presionó en la entrada de su sexo, pero dejó que sólo estimulara la zona externa, mientras que con la otra mano levantó la camiseta y buscó uno de sus pezones para apretarlo ligeramente.

Su cuerpo iba calentándose y, de repente, sin saber muy bien cómo, apareció un tercero en su fantasía.

Ella, abrazada a Josh, se dio cuenta de que alguien los observaba a poca distancia.

Era la primera vez que ocurría algo así, pero jadeó al darse cuenta de quién miraba sus movimientos.

El hombre que una hora antes había metido la mano entre sus muslos poniéndola en ese estado.

—¿Te molesta?

Miró a su amante imaginario tras escuchar su pregunta. Hasta ahora jamás había tenido esos pensamientos. Movié el vibrador de tal forma que ahora estimulara su clítoris y empezó a respirar con más fuerza.

—No he venido sólo a mirar.

Oyó decir al tercero en discordia, mientras Josh la giraba para quedar detrás de ella y así ofrecerle al otro hombre la posibilidad de unirse.

¡Cielo santo, estaba desvariando!

Sin embargo, por difícil que fuera de explicar, no la molestó como habría pensado en otro momento y siguió desarrollando su fantasía.

Ahora era el turno del desconocido. Recordó que se llamaba Luke. Éste avanzó hasta ella y, en un alarde de primitivo comportamiento, la agarró de la nuca para atraerla y besarla. Nada de un contacto suave o una aproximación, sino que, tal y como había sucedido en casa de Abby, se lanzó directamente a devorar su boca.

Y Bianca se introdujo el vibrador, gimiendo descaradamente, amparada en la soledad y en el silencio nocturno de su habitación.

A partir de aquel momento, los dos hombres tomaron el control y la desnudaron sin contemplaciones: cuatro manos sobre su cuerpo que no cesaron de acariciarla hasta que ella quedó expuesta ante ellos, para lo que quisieran hacer.

—Eres preciosa —susurró Josh a su espalda, delineando sus curvas con ambas manos hasta llegar a las caderas.

Ella volvió la cabeza y él atrapó sus labios, mientras que Luke moldeaba sus pechos, juntándolos para poder mordisquear a placer sus doloridos pezones.

—Preciosa y jodidamente excitante —lo corrigió Luke en un murmullo, sin apartar los labios de su piel.

—Ocúpate de ella mientras me desnudo —sugirió Josh.

—No hace falta que me lo pidas dos veces —contestó Luke con una sonrisa peligrosamente provocadora.

Ella arqueó la espalda facilitándole la labor y decidió participar más activamente.

Quería tocarlo, posar las manos sobre su cuerpo, por lo que le fue desabotonando la camisa hasta poder plantar ambas manos sobre su pecho.

Él no opuso resistencia y dejó que explorase a su antojo, aunque aquello suponía dejar de tocarla durante unos instantes.

Bianca notó la piel caliente bajo sus dedos, los extendió y recorrió todos sus pectorales. Cuando llegó a la cinturilla de los pantalones, él, al ver que vacilaba, se los abrió para que no encontrara ninguna barrera.

—Ya estoy aquí —dijo Josh colocándose de nuevo a su espalda y frotando su polla contra su suave trasero—. No veo el momento de penetrarte y de ver cómo te corres entre los dos.

Luke no dijo nada, ya que estaba completamente de acuerdo. Se apartó y en un tiempo récord se quedó en pelotas, de modo que ya no había ninguna barrera de por medio.

Ella miró su potente erección y se humedeció los labios al más puro estilo actriz porno.

¿Desde cuándo era tan descarada?, se preguntó en silencio mientras movía el vibrador dentro y fuera, buscando todas sus terminaciones nerviosas.

Luke la condujo hasta la cama y la sentó allí, se colocó de pie entre sus piernas y, agarrándose la polla, dijo:

—Chúpamela.

Levantó un instante la vista y se cruzó con su mirada. No era una sugerencia.

—Vamos, cariño, hazlo. Quiero vez cómo se la chupas a otro.

Ella no sabía si el Josh real habría dicho aquello, pero las palabras surtieron efecto y se inclinó hacia adelante, sacó la lengua y lamió sólo el glande. Suaves y delicadas pasadas, manteniendo las manos quietas, junto a los costados, mientras él se la sujetaba.

—Joder...

Bianca sonrió al escuchar esa sencilla palabra con un marcado tono de excitación... y eso que aún no se la había metido entera en la boca.

Josh no se quedó como un simple observador, se sentó tras ella, rodeándola con piernas y brazos. Comenzó apartando su cabello y buscando su oreja, introduciéndole la lengua y estimulando toda la zona.

Colocó las manos sobre sus senos y los masajearon, desde la curva exterior hasta llegar a los pezones, que atrapó con dos dedos y presionó sin mucha fuerza.

—Hazle eso otra vez —indicó Luke, controlando el movimiento de sus caderas para no metérsela hasta la garganta.

Josh obedeció y se entretuvo un buen rato con sus doloridos pezones mientras Bianca lamía la polla de Luke cada vez con más soltura.

Y no sólo metiéndosela en la boca, sino recorriendo toda la longitud con su lengua, hasta llegar a los testículos y chuparlos con igual dedicación.

—Creo que deberíamos cambiar, ¿no te parece? —alegó Josh apartándola de esa erección que parecía tenerla completamente absorbida.

Bianca protestó pero no se opuso, pues, hasta cierto punto, su amigo tenía razón.

Josh la recostó en la cama y él, de rodillas, se puso junto a su cara para que ella pudiera dedicarle a su pene la misma consideración. Ella no lo hizo esperar mucho. Primero se

humedeció los labios...

—Joder, Bianca, eres la rehostia —la alabó Josh guiando su miembro hacia aquella boca tan tentadora.

Luke contempló toda la escena, no sin cierta envidia, pero compartir a una mujer implicaba precisamente aquello, así que, como no tenía por qué esperar de brazos cruzados, se arrodilló frente a ella y separó sus piernas.

Bianca se tensó al sentir unas manos en el interior de sus muslos con intención de no quedarse allí.

Cerró los ojos y siguió chupándosela a Josh, mientras ella, a su vez, experimentaba algo completamente nuevo, tan desconocido como indecente, cuando la lengua de Luke se enredó entre sus piernas.

—Deliciosa... —gruñó Luke sin separarse de su piel—. Jugosa...

Ella no podía controlar todas las sensaciones que invadían su cuerpo. Dos hombres totalmente dispuestos a ocuparse de ella, a ofrecerle el máximo placer, y ella allí tumbada y dejando que sucediera, sin querer oponerse.

Además de la estimulación en su sexo que Luke le brindaba, tenía a Josh a su lado, follándole la boca y sin dejar de atormentarla con ocasionales pellizquitos en sus pezones, de tal forma que se arqueaba como una loca en busca del siguiente, como si aquel dolor fuera necesario y adictivo.

—Va a correrse —anunció Luke, apartándose unos instantes para mirarla.

—Lo sé —convino el otro entre jadeo y jadeo—. Fóllatela —indicó, ya que no le apetecía lo más mínimos abandonar esa boca—. Los condones están junto a la mesilla.

Luke no perdió el tiempo y agarró la tira de preservativos, arrancó uno y tras rasgar el envoltorio se lo enfundó rápidamente para situarse en la posición adecuada. La agarró por debajo de las rodillas, levantando su pelvis para poder metérsela y moverse.

Ella abrió desmesuradamente la boca al notar la dilatación de sus músculos internos. Había escuchado la conversación sin dar crédito a que estuvieran hablando así de ella y que eso no le importara.

—Caliente... muy caliente —dijo Luke al comenzar a embestirla de forma perversamente lenta.

Ella no podía controlarse ya más. Su cuerpo, sobrecargado de estimulación, ansiaba romper la tensión acumulada y llegar al orgasmo.

Pero Luke debía tener otras intenciones, pues sus envites sólo conseguían enardecerla más, aunque necesitaba el toque de gracia.

—Tío, voy a correrme en su boca...

Ella ya se había dado cuenta, pues Josh no dejaba de jadear y de aprisionar sus maltrechos pezones, mientras arremetía una y otra vez, como un loco, sin control, llenándole la boca con su semen. Él la liberó y se retiró discretamente, pero no así Luke que continuaba bombeando en su interior, dejándole marcas en la fina piel de detrás de sus rodillas por la fuerza con la que golpeaba su interior.

Bianca inhaló profundamente y cerró los ojos al sentir cómo él, tras eyacular, la conducía a

un poderoso clímax.

Ella no se movió ni un solo milímetro mientras escuchaba el débil sonido del vibrador, que aún permanecía en su interior a pesar de que ya había cumplido su misión; finalmente, dejó que se deslizara hacia afuera.

Se volvió para acurrucarse en la cama, sin ganas de recoger el juguete con el que había llevado a cabo una increíble fantasía, que hasta la fecha, nunca antes había imaginado.

Follar con dos tipos al mismo tiempo nunca entró en su catálogo de sueños sexuales.

Pero si ya era extraño haberla recreado en su mente, más extraño había sido que el tercer componente fuera un hombre del que sólo conocía su nombre.

—Buenos días, Adams. Se te han pegado las sábanas, ¿eh?

Aidan Patts, ¿quién si no podía ser tan sumamente impertinente?

Sólo su nuevo compañero, el treintañero con aspecto de banquero y un serio problema con las normas no escritas entre simples camaradas, podía decir algo tan gilipollas.

Claro que había acertado de lleno, ya que se había despertado rodeado de unos increíbles centímetros en forma de piernas que le habían hecho retrasarse, pero ¿cómo iba a resistirse?

—Patts, déjalo, ¿quieres? —contestó Luke intentando que no le amargara el día—. ¿Qué tenemos para hoy?

—Supongo que te refieres al trabajo —le informó con una sonrisa.

Luke entornó los ojos, no estaba para tonterías esa mañana. Bueno, en realidad nunca estaba para tonterías, así que prefería centrarse en sus quehaceres.

—El gran jefe... —prosiguió Aidan.

—¿El gran jefe? —interrumpió Luke; no sabía si reír o llorar.

A ese chico sólo le faltaba decir estupideces del tipo «efectiviwonder», o «me las piro, vampiro», o, peor aún, chocar los cinco y apartar en el último momento la mano. Un payaso con placa, eso es lo que pensaba de él. Menos mal que el tonto de los cojones era un as con la informática y eso le salvaba el culo en más de una ocasión.

Ése era el motivo por el que obviaba sus gilipolleces y no le daba pie a continuar.

—El gran jefe —continuó como si nada— me ha dado esto. —Le tendió una carpeta—. Unos robos cometidos en una urbanización de esas plagadas de gente guapa.

—Déjame ver —gruñó y cogió los documentos obviando los detalles extra de su compañero... ¿para qué esforzarse en corregirlo?—. ¿Algo más?

—Respecto al caso... —señaló la carpeta que Luke leía distraídamente—, he comprobado los datos y las declaraciones y hay algo muy curioso. —Se rió como un tonto—. En realidad... —tosió— los objetos robados...

—¿Qué pasa con los objetos robados? Ve al grano —preguntó, sabiendo perfectamente que Patts sólo le estaba dando emoción al asunto. Debería conocerlo ya.

—Estooo... pues ésa es la gracia, roban cosas aparentemente insignificantes.

—¿Por ejemplo? —Empezaba a cabrearse con tanto rodeo.

—Ropa...

Luke lo miró de reojo.

—¿Ropa? —repitió, no por lo extraño del objeto, sino por el tono de Aidan que daba a entender que había algo más absurdo aún.

Patts se aclaró la voz antes de decir:

—Ropa interior. De la cara. Especial fijación con la lencería de diseño —explicó intentando adoptar una actitud profesional, exponiendo los hechos de forma concisa, casi telegráfica, como les gusta a los policías.

—No me digas que han presentado la factura —adujo Luke con sarcasmo.

—Por lo visto sí.

—Joder, ¿y cuánto pueden costar unas bragas?

—No te puedes hacer una idea —dijo Aidan, como si fuera un experto en el tema.

Y, como era de esperar, Luke indagó.

—Deduzco entonces que eres un experto en lencería femenina. —Dejó caer la carpeta con los informes sobre la mesa de cualquier manera.

—Tengo dos hermanas —alegó sin inmutarse.

Luke entornó los ojos, ese chico no era tan tonto. Sabía mantener el tipo y no se dejaba intimidar. Cualquier otro pedante hubiera presumido como un pavo real.

—Además —prosiguió Aidan—, ¿quién no ha tenido que hacer un regalo de ese tipo a alguna chica?

Luke hizo memoria. Que él recordara, nunca se le había pasado por la cabeza entrar en una tienda de lencería a buscar un regalo. Para él era impensable comprar tal cosa. La ropa interior femenina es algo de lo que se encargan ellas para volverlos locos a ellos, por lo tanto es necesario que sean las mujeres quienes se ocupen del asunto.

Pero por lo visto, el chico de los trajes impecables parecía ser experto en algo más que en manejar ordenadores.

—Y, basándonos en tus conocimientos como comprador de ropa interior femenina... —lo provocó deliberadamente— con la intención de ¿regalarla, has dicho?

—A ellas les encanta y nunca falla —aseveró pasando por alto el insidioso comentario—. Y resulta más efectivo que un ramo de flores, más barato que ir a la joyería y también puedes ofrecerte a ponérselo.

Joder con el tonto, pensó Luke.

—Ya.

—Pero ¡qué te voy a decir que no sepas!

—Ni se te ocurra hacerme la pelota —le advirtió Luke.

Aidan sonrió enigmáticamente cabreándolo un poco más. A ese paso iba a llegar a la hora de comer con un dolor de cabeza y un enfado monumentales.

—Hay algo más. —Luke no dijo nada, esperando el redoble final—. Toda la ropa sustraída estaba usada.

—¿Cómo? —Eso no lo esperaba. ¿Tanto estaban cambiando los fetichistas?

Luke volvió a leer los informes mientras Aidan se sentaba tras él —cosa que odiaba— y manipulaba el ordenador. Optó por ignorarlo y se concentró en lo que tenía entre manos.

Lo cierto es que el tema resultaba curioso: robar ropa femenina, bragas, para más señas usadas. En el informe figuraban las declaraciones de las afectadas y, por suerte, también se hablaba de que los agentes habían traído consigo varias cintas de las cámaras de seguridad. Algo era algo. Aunque ver largas y tediosas sesiones de vídeo doméstico no figuraba entre sus actividades favoritas.

Acordaron ver aquellas grabaciones por la tarde, pues en ese momento tenían que acudir a la reunión del departamento.

Luke abandonó la reunión junto con sus compañeros. Los que estaban en la misma situación que él comentaban lo jodidamente divertido que les resultaba eso de ser «la retaguardia».

Volvió a su mesa e intentó concentrarse en el papeleo que tenía delante. Cómo echaba de menos a alguien como Wella en situaciones como ésta, en las que la burocracia ganaba la partida, ya que ella siempre se encargaba de realizar los informes y pasárselos para que él diera su conformidad.

Su móvil vibró en el bolsillo trasero de los vaqueros. Durante la reunión lo había puesto en modo silencioso y había olvidado activar de nuevo el sonido.

—¿Sí? —contestó con aspereza, acababa de servirse un café y no quería interrupciones.

—Hola, Luke, ¿te acuerdas de mí?

Hizo una mueca. Cómo iba a olvidarse de ella.

—Pues sí. —Oyó la risa de Wella a través del auricular—. En estos momentos pensaba en ti.

—Mentiroso.

—Es verdad —se defendió—. Tengo un montón de papeleo por hacer... —Utilizó un tono lastimero.

—Ya sabía yo que era por algo así. En fin, te llamaba para invitarte a comer. Hace tiempo que no charlamos...

—¿Problemas en el paraíso? —bromeó Luke saboreando el café.

—¡No! —Se rió—. Nada de eso, simplemente creo que me tienes muy abandonada.

—¿Y no tienes un marido para eso? —Luke estaba ahora más animado.

—Sí, pero eso no te excluye a ti. No seas tonto y deja de dar rodeos. ¿Puedes o no?

—Está bien —accedió Luke—. La pregunta es si puedes tú, entre tu trabajo, los niños y tu marido... ¿Cómo lo haces?

—Fácil, Matt y yo hemos buscado una niñera.

—Pequeña burguesa. —Se rió él—. ¿Qué será lo próximo? ¿Un mayordomo?

—Vete a la mier... al carajo.

Bianca, como todos los días, llegó diez minutos antes a su trabajo. Si bien su titulación servía para algo más que para cuidar niños, ella necesitaba esos ingresos hasta que pudiera encontrar un puesto acorde con su preparación.

Podría pedir ayuda a sus padres hasta que mejorase la situación, pero ya habían hecho suficientes sacrificios mientras ella estudiaba pedagogía. Además, con casi treinta y cinco años, no iba a volver a la casa materna si podía defenderse así.

Abrió la puerta para adentrarse en el edificio, y se dirigió hacia los ascensores. Era una suerte que los Nortland no fueran uno de esos matrimonios jóvenes cuyos altos ingresos iban parejos con su estupidez.

Desde el primer día aceptaron su forma de ser y no pusieron reparos a su estilo de vestir, como le había pasado en otros trabajos. Vale, su falda verde hippie y su blusón blanco no eran de lo mejorcito, pero eran cómodos y ella iba a cuidar a dos niños no a preparar un desfile.

Entró en la casa y se encontró con Wella a medio vestir en mitad del pasillo.

—Ah, hola, Bianca.

—Hola.

Siguió a su jefa hasta el cuarto de los gemelos, donde los dos estaban tranquilamente dormidos.

—Voy a llegar tarde... Este par de diablillos me han tenido toda la noche en vela y, en cambio, míralos ahora, como dos angelitos —susurró la madre orgullosa a pesar de las ojeras.

—¿Estás lista, Wella? —gritó su marido desde el pasillo.

Las dos mujeres salieron del cuarto. Wella reprendió a su marido por levantar la voz y, tras despedirse de ella, se marcharon.

Bianca comprobó que el intercomunicador estuviera encendido, se sentó tranquilamente en la cocina y sacó uno de sus libros de psicología, dispuesta a repasar un poco para no olvidar lo estudiado.

La mañana se pasó rápidamente, ya que los niños se despertaron y ella pudo entretenerse jugando con ellos hasta la hora de comer.

Al estar ocupada, pudo olvidarse de lo ocurrido la noche anterior, porque aún tenía serios problemas para explicárselo a sí misma. Carla intentó sonsacarle a la hora del desayuno, pero consiguió desaparecer de allí; si se hubiera quedado, su rubor la habría delatado.

El resto de la jornada transcurrió sin incidentes hasta las cinco, cuando apareció el padre de los gemelos y se pudo marchar a su casa.

Cuando llegó al apartamento que compartía con Carla, ya desde el rellano podía oírse la música a todo volumen, señal inequívoca de que no iba a poder disfrutar de una tarde tranquila en casa.

—¿Hoy no tenías el turno de tarde? —preguntó a Carla al observarla con su vestido de lycra azul, poco recomendable para su trabajo como empaquetadora en una fábrica conservera.

—Esto... sí, bueno pero he cambiado el turno. Tengo una cita con DJ Martin —aseveró tranquilamente mientras hojeaba una revista.

—¿DJ Martin?

—Sí, ¿no te acuerdas? Lo conocimos la semana pasada, en el Hot.

Bianca intentó acordarse del tal DJ Martin. Recordaba la semana pasada, habían salido y parado en el Hot para tomar una copa y jugar un rato al billar, pero ella apenas había prestado atención a los coqueteos —más que habituales— de su compañera de piso.

—Pues no. ¿Quién era? ¿El de la camiseta blanca? —preguntó por preguntar. Se quitó su bolso y lo dejó sobre la mesa para sentarse junto a su amiga. Sabía la afición de ésta por cambiar de novio, así que hacía tiempo que no se molestaba en fijarse en ellos.

—¡No! Ése era DJ One.

—¡Ah...! —Para Bianca no había diferencia.

—DJ Martin es el rubio con un *piercing* en la ceja. —Carla parecía ofendida con la escasa memoria de su amiga.

—Lo siento. Es que estaba distraída.

—Sí, claro, como siempre. A propósito, ¿cómo te fue anoche? —Movi6 las cejas sugestivamente.

—Volví a casa y leí un rato.

Carla entornó los ojos.

—Sinceramente, no sé qué hacer contigo. ¡Tienes que divertirme! —exclamó empujándola con el hombro—. ¿Cuándo fue la última vez que echaste un polvo?

—Esto...

—Bianca, cielo, si tardas más de dos segundos en contestar es que hace mucho tiempo. A ver, ¿sigues colada por ese insulso de Josh?

—Yo no estoy colada por él...

—Hazme un favor: no me mientas, ¿vale?

—Está bien, me gusta. —Y ante la cara de su amiga tuvo que admitir—: Mucho. Ya lo he dicho.

—Pues te daré un pequeño consejo, ese Josh es... ¿cómo decirlo sin sonar grosera?

—Carla...

—Es gay, Bianca, tiene los mismos gustos que tú, así que tendrías que esforzarte mucho para llevártelo a la cama.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, molesta por enterarse de algo así; de golpe y porrazo, sus fantasías tendrían que modificarse y, la verdad, si hubiera sabido eso anoche... Por eso estaba convencida de que las fantasías siempre son mejores.

—Te has puesto colorada. Tenías que haberte quedado anoche con Abby, según me contó el tipo ese era de los que podía haberos dejado a las dos satisfechas.

Bueno, con ella tuvo relativo éxito, pensó y se le escapó una sonrisilla.

—¿No tenías una cita?

—No me lo estás explicando todo... —canturreó Carla con voz acusadora señalándola con un dedo.

—Vas a llegar tarde.

—Que espere. Quiero saber qué pasó anoche —insistió y ante el silencio de su amiga añadió —: Está bien, Abby me pondrá al corriente. —Cogió su móvil e hizo amago de marcar.

Bianca se mordió el labio, pero como al final iba a acabar por enterarse, le hizo un resumen de la parte menos mala. Ruborizándose hasta las orejas y sintiéndose una estúpida.

Por supuesto, Carla no ayudaba mucho con sus risitas tontas.

—¿Y te marchaste en lo mejor? —preguntó a Bianca entre carcajada y carcajada.

—Dos son compañía y tres son multitud —aseveró y al instante se dio cuenta de lo mentirosa que era.

—Levanta, te vienes conmigo. Esta noche follas sí o sí, a ver si conseguimos que se te quite

esa tontería de encima.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

Bianca se negó en redondo a acompañarla. Al día siguiente trabajaba y no podía pasarse la noche de juerga. Así que, por mucho que Carla insistió para que la acompañara, no cedió, hasta que su amiga terminó por mandarla a paseo y dejarla sola en casa.

Mientras se preparaba la cena, pensó en Josh y se sintió estúpida. Fantasear con él durante tanto tiempo había sido una pérdida de tiempo, al igual que sus intentos por acercarse a él, por participar en las mismas actividades y por seguirle la corriente.

Todo para que se fijara en ella y, mira por dónde, eso nunca iba a pasar.

Necesitaba algo para relajarse así que se acercó hasta la estantería de los CD y cogió el de Michael Bublé. Pasó varias canciones hasta que escuchó la que buscaba: *Lost*.

—Esto es una solemne tontería —dijo Luke tras pasarse toda la mañana aguantando a Aidan y sus teorías, a cada cual más ridícula, sobre el caso que llevaban.

—Pues a los afectados no les gustaría saber que opinas eso —respondió Patts—. Han hecho la denuncia, han detallado todos los objetos sustraídos y nos han proporcionado la máxima información posible, así que, como han sido unos buenos ciudadanos y han acudido a nosotros, tenemos que llevar a cabo el procedimiento, por muy tonto que te parezca.

—Joder, está bien.

Así que no le quedaba más remedio que revisar las grabaciones junto a su compañero.

Tres horas de visionado más tarde, estaba más cabreado aún, si cabía. Ver a la gente haciendo casi de todo lo hizo sentirse incómodo y decidió que ya había perdido suficientemente el tiempo. Además había quedado con Wella y ya iba con retraso.

—Tengo una cita —comentó distraído mientras se ponía en pie.

—¿Alguien que yo conozca? —preguntó Aidan curioso—. ¿Alguna chavala?

—¿«Chavala»? Por el amor de Dios, ¡tenía una edad! Él no salía con chavalas, salía con mujeres.

—Una vieja amiga. —Luke dio esa breve información con la esperanza de que lo dejara tranquilo.

Salió del edificio, se puso sus gafas de sol y se dirigió al aparcamiento. Desde luego podía haber sido peor. Robo de bragas. Todo un titular. Joder con las misiones de alto riesgo.

No tardó demasiado en llegar a la urbanización donde vivía su amiga e intentó olvidarse del trabajo para pasar una agradable tarde en compañía.

Llamó a la puerta y le abrió una rubia muy diferente a su amiga Wella.

Ella se tensó al instante, pues la estaba, literalmente, escaneando. Terminaría por ruborizarse al pensar en las cosas que había llegado a permitirle y, por si eso fuera poco, lo que su calenturienta imaginación hizo más tarde.

—Llegas tarde —intervino Wella acercándose para besarle en la mejilla—. Ah, te presento a Bianca. Cuida de los niños. No seas maleducado con ella, que te conozco —le advirtió su amiga medio en broma.

¿La rubia era la niñera? Joder, por fin una buena noticia. Aunque después Luke hizo una mueca, ¿maleducado? Bueno, podía ser una forma de decirlo. Menos mal que jamás averiguaría

lo que pretendía hacerle a la rubia. Porque el aperitivo de la otra noche sólo había conseguido abrirle el apetito.

—Ya sabes, el tráfico —mintió—. ... El duro trabajo policial. En fin, qué te voy a contar que no sepas.

—Bueno, por lo menos no me has dejado plantada. Como la semana pasada —le apuntó con un dedo acusador.

Siguió a Wella hasta el cuarto de los niños. A Luke le encantaba ver a Wella en su faceta de madre. Sentía un poco de envidia al ver que ella lo había logrado. Parecía increíble, pero se alegraba por su amiga.

La madre comprobó que los niños estuvieran bien antes de dejarlos en el cuarto y pasar a la cocina. Había cocinado ella. No era gran cosa, pero Luke la conocía demasiado bien y no iba a protestar por eso. Lo importante era pasar un rato agradable.

—¿Una cerveza? —preguntó a un distraído Luke, que se había sentado en una de las sillas de la cocina, con la confianza que caracterizaba su relación.

Luke cogió una de las revistas allí amontonadas y, sin mucho entusiasmo, empezó a hojear una, pasando las páginas de forma distraída.

—Sí, gracias.

—Me da la impresión de que ésta va a ser una de esas comidas en las que yo no voy a callar y tú te limitarás a darme la razón como a los tontos.

Iba a responderle que no, pero la rubia entró en la cocina y, claro, ya sólo pudo pensar en ser maleducado, durante un buen rato, con ella.

Maleducado en todas las acepciones de la palabra. Pues dejarlo «a medias» era simplemente absurdo después de haberse comportado con tanto entusiasmo durante los preliminares.

La otra noche la había besado y tocado, la había acariciado entre las piernas, de tal forma que pudo saber el grado de excitación que había alcanzado, los gemidos con los que lo había deleitado... Todo parecía ir sobre ruedas pero, sin saber por qué, ella se echó para atrás en el último momento.

Una lástima, porque aquello prometía.

Cierto que, después de su huida, se lo pasó en grande con Abby, pero le quedó aquella espinita clavada. Y no había sido sólo por no haber podido montarse un trío con las dos, cosa a la que siempre estaba dispuesto.

Verla gemir, sentir cómo su cuerpo se retorció de placer mientras él iba tocándola en todas aquellas partes haciéndola gritar... Especialmente entre sus suaves muslos... Mmm, aquello podía ser sencillamente enloquecedor.

Miró a la causante de sus desvaríos sexuales. Iba vestida de nuevo con ese tipo de ropa que se utiliza para esconder la figura, sólo que en el caso de ella no entendía el motivo.

Un aliciente más para desnudarla, desde luego.

Aunque tendría que andarse con ojo pues Wella no le perdonaría que se metiera con su niñera. Pero ¡joder!, los dos eran mayorcitos, así que no tenía por qué dar explicaciones. Además, si se esforzaba un poco, podía dejarla satisfecha y con ganas de repetir.

Cruzó la mirada con ella y se excitó aún más, sintiendo que sus vaqueros podían jugarle una

mala pasada, pues con aquellos ojos claros cualquiera acabaría de rodillas, babeando, dispuesto a lo que fuera para poder tocarla.

Pensamiento extraño en él, acostumbrado a llevar la voz cantante. Aunque, si merecía la pena, hasta podía dejarse dominar.

Para evitar ponerse en evidencia, habló del último caso que llevaba, una situación esperpéntica que hizo reír a las dos mujeres.

Más tarde se les unió Matt y, aunque a Bianca le parecía fuera de lugar quedarse allí con ellos, terminó accediendo ante la insistencia de sus anfitriones.

—Si se hace tarde, no te preocupes. Luke te llevará a casa —dijo Matt tranquilamente sin ser consciente de lo que esa frase entrañaba para Bianca.

—Tiene pinta de chico malo, pero en el fondo es buena persona —apuntó Wella para rematar.

—Vaya, gracias. —Levantó su cerveza—. Es agradable saber que a uno le tienen tanto cariño —alegó con sorna.

Bianca al principio se sentía fuera de lugar, pues entre sus jefes y Luke existía una gran complicidad, pero poco a poco fue introduciéndose en los temas de conversación.

Wella relató alguna que otra anécdota de su época como policía —«batallitas», como las llamaba su marido—, y así fueron pasando el tiempo.

La incomodidad volvió a apoderarse de Bianca cuando bajaban en el ascensor. Ella intentó mantenerse lo más alejada posible, pero el reducido espacio no era muy propicio para ello.

—¿Hoy también vas a huir? —preguntó Luke cuando llegaron a la planta baja.

Bianca se esperaba algún tipo de indirecta y estaba tardando en llegar.

Lo miró a los ojos, intentando mantenerse firme. Pero para ello debía olvidar su maldita fantasía.

—Has prometido llevarme a casa —contestó saliéndose por la tangente.

Él se dio cuenta de que, por alguna extraña razón, ella deseaba que insistiera, pero no lo admitía ya que, de haberse sentido molesta, lo hubiera mandado a paseo. Así que, como no tenía nada que perder, insistió un poco más.

—Puedo llevarte a casa, pero mentiría si dijera que eso es lo único que quiero hacer.

—No vivo sola.

Luke analizó esa información por todos los frentes y llegó a una conclusión: quería estar con él pero debía buscar una alternativa.

—Muy bien —comentó al llegar junto a su todoterreno y abrirle la puerta—. Ya pensaremos en algo —dijo, recordando el estado de su apartamento. Aunque, llegado el caso, podría servir.

Ella no sabía si estaba loca o si necesitaba hacer las oportunas comprobaciones, pero tras mirarlo a los ojos se dio cuenta de que no tenía sentido negar la evidencia.

Seguía sin entender la causa, y, sin embargo, así era.

Quizá el motivo no era otro que la gran diferencia que existía entre Luke, el típico policía rudo que parecía tener el culo pelado tras haber visto de todo, y Josh, tan idealista y amable.

Se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Ojalá a la mañana siguiente no tuviera que arrepentirse.

Él se acomodó en el asiento del conductor y esperó a que se apagara la lucecita del interior para inclinarse sobre ella.

—¿Te apetece que primero vayamos a tomar algo? —preguntó en voz baja.

—Sí —respondió en un absurdo intento por ganar tiempo.

Lo cual no hacía sino incentivar sus dotes de depredador. Para ir caldeando el ambiente, buscó su boca para besarla de esa forma tan suya. La cual, la otra noche, había desencadenado toda aquella increíble fantasía.

—Esto es sólo un adelanto —gruñó él volviendo a besarla, invadiendo su boca y exigiendo que se rindiera a él.

Ella se movió en el asiento para facilitarle el acceso y le rodeó el cuello con una mano, mientras con la otra fue tanteando su muslo hasta llegar a la erección que abultaba sus pantalones.

—No tengo ningún inconveniente en follarte en el coche —aseveró al sentir esa curiosa mano. Tal y como iban las cosas iba a saltarse unos cuantos pasos previos.

Ella se dio cuenta de que estaban en plena calle, y si bien ya había anochecido, no quería arriesgarse a que los pillaran desnudos, así que dejó libre su erección e intentó apartárselo de encima.

Pero Luke no parecía dispuesto a ello, porque ya estaba levantándole la falta y le faltaba muy poco para llegar a su entrepierna, que estaba seguro que encontraría húmeda y preparada para él.

—Aquí no... —jadeó intentando bajarse la falda.

—Está bien. —Se apartó de mala gana—. Vayamos a tomar esa copa y ya veremos.

Decidió que iba a ser valiente, él no sabía nada de ella, así que podía comportarse como lo haría Carla, de frente, sin andarse por las ramas.

Cuando él arrancó el vehículo y maniobró para incorporarse al tráfico, ella estiró su mano y empezó a moverla de forma lenta sobre su erección.

—No sabes lo que estás haciendo —murmuró él intentando no dejar de mirar al frente.

¿Qué diría su amiga en una situación así?

—Yo creo que sí sé lo que hago —contestó sin abandonar su manoseo.

—¿Impaciente?

—Mmmmm —ronroneó ella, pensando que aquello no la comprometía y que, además, ese sonido siempre funcionaba.

Luke frenó en seco y aparcó de cualquier manera, de seguir así sólo conseguiría estrellar el coche.

—Al asiento trasero, ¡vamos! —ordenó tras apagar el contacto y echar el freno de mano.

Bianca dudó un instante pero al final obedeció. Se subió a la parte trasera y buscó en su bolso de ganchillo multicolor hasta encontrar el pequeño neceser y sacar un preservativo.

Él presionó el botón que bloqueaba las puertas del todoterreno y se desabrochó los pantalones, bajándoselos hasta medio muslo. Le quitó el preservativo y rasgó el envoltorio con los dientes para extraer el condón y ponérselo.

Bianca observó todos sus movimientos, seguros, sin vacilaciones, como en su fantasía.

Sólo podían hacerlo en una posición así que se quitó las bragas y se subió encima de él, de tal

forma que, con dejarse caer, él la penetraría.

Luke parecía tener otros planes.

—Antes quiero hacer un par de comprobaciones —dijo levantándole la falda completamente y fijando la vista en su vello púbico—. Excelente.

6

Ella arqueó una ceja ante su comentario, pero no dijo nada cuando él, tratándola como si fuera una especie de milagro, acarició su pubis, deleitándose con la textura y provocando que ella se moviera inquieta.

Luke sonrió. Rubia natural. La noche sólo podía ir a mejor.

A pesar de la incomodidad y el riesgo de follar en el asiento trasero no quería precipitar las cosas más de lo necesario.

Deseaba tocarla en todas las partes a las que tuviera acceso dentro de las limitaciones que imponía ese reducido espacio.

Se deleitó recorriendo con las yemas de los dedos la piel de su bajo vientre, subiendo y bajando pero evitando deliberadamente introducirla entre sus pliegues.

Ella sonrió débilmente y, siguiendo su ejemplo, se entretuvo acariciándole el rostro, memorizando a través del tacto cada detalle.

Luke no estaba acostumbrado a aquellos gestos tan delicados, las mujeres con las que follaba sabían de sobra que no era necesario. Buscaban pasar un buen rato, sin ningún tipo de complicación más. Sobraban los momentos tiernos.

Notó cómo la respiración de Bianca iba acelerándose. El clima que se estaba creando allí era único. En silencio, con toques sutiles, la temperatura iba en aumento.

Y él decidió que ya era hora de dar el siguiente paso.

Curvó el dedo índice para buscar entre sus pliegues el clítoris y así frotarlo suavemente, nunca estaba de más ese tipo de atenciones, aun sabiendo que ella estaba más que preparada. La humedad que impregnaba sus dedos junto con los, de momento, suaves jadeos, no dejaban lugar a dudas.

Bianca era una mujer preparada para follar.

—¿No dices nada? —susurró él sin dejar de dibujar círculos sobre su zona más sensible. Su clítoris hinchado pedía un poco más de acción, aunque de momento prefirió seguir extendiendo su lubricación natural.

—Pensé... pensé que... —A Bianca le costaba hablar—. Que ibas a ir... —Se mordió el labio cuando él presionó con más fuerza—. Más rápido —acertó a decir entre jadeos, meciéndose sobre él.

—Inspírame —sugirió él recostándose en el asiento sin dejar de tocarle el coño con los

dedos, sin llegar aún a introducirse los.

Un «aquí te pillo, aquí te mato» siempre se agradece, pero en esa ocasión, y sin saber por qué, le apetecía algo más pausado.

Bianca no sabía cómo hacerlo dentro de un coche, en plena calle, pues el ambiente que rodea un encuentro ayuda a la seducción; pero algo podía intentar.

Se quitó el blusón blanco por la cabeza, quedándose ante él tan sólo con el sujetador. Menos mal que estaba ardiendo, que, si no, con el frío de la noche podría haber cogido un constipado. A mediados de mayo todavía refrescaba al irse el sol, así que era mejor no andar desnudándose por ahí.

—¿Te sirve esto?

Luke miró su sencillo y práctico sujetador, estaba acostumbrado a mujeres que gastaban una fortuna en prendas íntimas. Ésta, al parecer, no era una de ellas.

Decidió jugar un poco.

—No. Es demasiado... No sé cómo decirlo... ¿tópico? —Introdujo el primer dedo y lo movió en círculos ensanchando las paredes vaginales.

—Vale, ¿qué... qué sugieres? —balbuceó sabiendo que no iba vestida precisamente para seducir.

Cerró los ojos, aquello era especialmente bueno como para desperdiciarlo, así que se movió sobre aquella mano, emitiendo pequeños gemidos de placer.

—Que dejes ese buen par de tetas que ocultas libres para que yo pueda tocarlas a mi antojo, o lo que se me ocurra.

Continuando con el suave vaivén de su pelvis, se llevó las manos a la espalda y desabrochó los corchetes, dejando que la prenda se mantuviera sobre sus senos y así dar una imagen más atractiva, pero él no le dio opción, pues se la arrancó para dejarla caer de cualquier manera sobre el asiento.

—Mucho mejor —alegó él añadiendo un segundo dedo que junto con el primero la estiraba aún más.

Ella se mordió el labio, Luke no era de esos que empiezan a sacar y meter los dedos de forma desagradable, molesta, creyendo que, por el simple hecho de tener algo dentro, una va a explotar. Su penetración resultaba más experta, controlando la presión, separando los dedos a modo de tijera para rozar las terminaciones nerviosas internas, hasta que los curvó en forma de gancho para dar con un punto que, al principio, le provocó ganas de ir al baño, pero que, una vez que se acostumbró, le provocó una desconocida y placentera sensación, tan fuerte que sólo pensó en no gemir ni gritar demasiado alto con tal de no llamar la atención.

Bianca se inclinó hacia adelante y lo besó. Al mismo tiempo, apresó su polla entre sus piernas y empezó a frotarse contra él, descaradamente, indicándole que no necesitaba más preliminares.

Estaba cerca, pues la combinación de caricias superficiales sobre la piel de su vientre y sus maravillosos dedos en su interior resultaba demoledora para su libido.

Él comprendió el mensaje a la primera, así que sacó los dedos de su acogedor interior y decidió que era el momento de que su polla tomara el relevo. Se agarró el pene y lo posicionó

para que fuera entrando en su sexo, dilatando poco a poco sus músculos hasta quedar completamente enterrado en su vagina.

—Por fin... —gimió bajito ella junto a su oreja, calentándose con su aliento de la misma forma que lo hacía con su cuerpo.

—Todo llega, cariño —corroboró él, con sonrisa de chico malo.

Llevó las manos a su culo y la ayudó en sus movimientos. Primero arriba y abajo, botando sobre él, consiguiendo que cada dura embestida estimulara al máximo las paredes vaginales y, ya de paso, ofreciéndole una inestimable vista de aquel par de tetas bamboleándose delante de su cara.

No podía dejar pasar la oportunidad de meterse uno de esos tiosos pezones en la boca, cosa que hizo inmediatamente. Primero los chupó, humedeciéndolos con su saliva, una, dos, tres veces, para después soplarlos e incrementar las sensaciones.

—Oh... —musitó ella, echándose hacia atrás, arqueando la espalda y sujetándose a los hombros de Luke para tomar impulso y seguir contorneándose sobre él.

Pero Luke no iba a conformarse con pasar la lengua, también podía mordisquearlos, tirar de ellos, que se pusieran aún más firmes.

Y, para ello, nada mejor que atrapar uno con los dientes y apretar, de tal forma que sus terminaciones nerviosas enviaran esa señal, mezcla de dolor y peligro, para después combinarla con la de placer al liberarlo.

En respuesta, ella le clavó las uñas en el cuello, por lo que sólo le quedó una opción: repetir el procedimiento en el otro pezón y así conseguir que ella se volviera loca y jadeara con más fuerza.

Bianca no era muy amiga de tales prácticas, siempre que oía hablar de ellas pensaba que eso no iba con ella. No conseguía entender por qué lo que describían como chispa de dolor causaba el doble de placer que una caricia normal. Pues ahora tenía la explicación, ya que, tras el mordisco, sintió un hormigueo que pedía a gritos más.

—La próxima vez follaremos en mi cama —gruñó él.

—Sí...

—Con la luz encendida...

—Oh, Dios mío...

Luke no se lo pensó dos veces y arremetió con más ímpetu, levantándola desde abajo con cada una de sus fuertes embestidas. Tenía la espalda empapada, pues ni tan siquiera se había desprendido de la chaqueta de piel, pero no importaba.

Hacía siglos que no follaba en el coche y pensó que, de vez en cuando, convenía repetir experiencias y más aún si tenía a una rubia dispuesta para ello.

La miró fijamente, quería ver la expresión de su cara, la dilatación de sus pupilas cuando alcanzara el orgasmo, pero ella mantenía los ojos cerrados.

—Mírame —dijo con voz de ordeno y mando—. Quiero que me mires cuando te corras sobre mi polla. —Ella lo obedeció a medias y eso no podía permitirlo—. Quiero que sepas quién te está follando —insistió, sabiendo que poco podía ver en aquella oscuridad.

—Luke... —susurró ella plenamente consciente de quién era el hombre con el que se lo

estaba montando en el asiento trasero de un todoterreno.

—Me encanta cómo pronuncias mi nombre —jadeó él, cada vez más cerca de correrse, cada vez más entregado.

—Luke... —repitió ella causándole estragos pues lo había dicho de una forma muy especial, completamente distinta a la de otras mujeres. No exigía, sólo disfrutaba.

Y aquella boca... La había besado, había metido en ella su lengua, pero desde luego esa noche no iba a pasar la oportunidad de ver esos labios carnosos alrededor de su miembro.

Así que, como adelante, le introdujo un dedo entre ellos y ella inmediatamente lo rodeó con la lengua, succionándolo con avidez.

—Eso es... —la animó—. Como si tuvieras mi polla en la boca...

Bianca inspiró profundamente, cuando la imagen se formó en su cabeza.

Oh, cielos, deseaba fervientemente aquello. Sorprendiéndose a sí misma por las ganas de hacerle una mamada.

La noche anterior no había tenido reparos en imaginárselo y, si en su fantasía había resultado increíble, en la realidad debía de ser insuperable.

—Sí... —jadeó entregada y dispuesta a todo con él.

Le derritió su entusiasmo, la sinceridad con la que se estremecía encima de él, no fingía, no exageraba su clímax.

Y Luke se unió a ella, con un último empujón, clavándosela de forma salvaje, marcándola; al tiempo que la abrazaba, atrayéndola hacia sí de una forma afectuosa. Un gesto poco habitual en él, acostumbrado a parejas de una sola noche.

Por alguna inexplicable y extraña razón intuía que con Bianca iban a ser unas cuantas noches.

Ella se incorporó hacia atrás y agradeció la semioscuridad, ya que así sentiría menos vergüenza. Era la primera vez que se atrevía a hacer algo de esa índole, pues siempre se mostraba muy cauta a la hora de acostarse con alguien.

A veces, incluso envidiaba a alguna de sus amigas, como Carla, por ser lanzadas y no dar vueltas una y otra vez sobre la conveniencia o no de atreverse. Pero lo cierto es que, sin saber por qué, en menos de cuarenta y ocho horas había estado a punto de participar en un trío, había fantaseado con otro y, para rematar, se lo acababa de montar en el asiento trasero de un coche.

Y lo mejor de todo es que se sentía a gusto. El remordimiento no aparecía por ninguna parte.

—Debo decir que esto ha sido increíble —apuntó él con dulzura peinándola con los dedos, apartándole el cabello del rostro y disfrutando de su tacto; sin dejar de pensar por un instante lo jodidamente afortunado que era.

—Todavía me debes esa copa —bromeó ella para intentar que aquello no derivase en algo incómodo, pues tras un revolcón de esa magnitud se podían llegar a decir en voz alta palabras que de momento debían ser obviadas.

Aunque estaban ahí.

—Faltaría más —convino él saliendo de ella y ocupándose primero de vestirla, ya que él sólo tenía que abrocharse los pantalones.

Ella se volvió para poder ponerse el sujetador y él, atento, se ocupó de enganchar los corchetes pero antes la inclinó hacia adelante y recorrió, vértebra a vértebra, su columna, primero

con las yemas de los dedos y después con suaves besos.

Ella tiritó, allí, agarrada al reposacabezas del coche, completamente expuesta a lo que él quisiera hacer. Como si su fuerza de voluntad se hubiera marchado de vacaciones.

Él, en menos de lo que canta un gallo, había conseguido que sus inhibiciones quedaran olvidadas, que deseara mucho más de lo que hasta ese momento había conocido.

Y lo más curioso del caso era que Luke no hacía nada especial para ello, sus sencillas órdenes, pronunciadas, eso sí, con voz dominante, conseguían derretirla.

—No sé si voy a ser capaz de mantener las manos apartadas de ti.

Ella lo miró por encima del hombro. Lástima que en la penumbra del coche su sonrisa quedara deslucida.

—Gracias —contestó ella con sinceridad ante aquella frase.

Puede que fuera de lo más manida, pero había impregnado cada palabra de un tono sincero que a ella le llegó muy dentro.

—De nada.

Tiró de ella hacia atrás y la recostó para poder besarla antes de terminar de vestirla.

De mala gana la dejó libre y, tras adecentar su propia ropa, desbloqueó las puertas y la ayudó a sentarse en el asiento delantero.

Cuando arrancó el coche la miró de reojo.

Sí, valía la pena repetir con ella, a ser posible cuanto antes.

Todavía le quedaban unas cuantas ideas en mente como para dejarla marchar.

Al final decidieron no ir a ningún bar de copas, no tendría sentido perder el tiempo, cuando lo que realmente deseaban era desnudarse y poder pasar la noche juntos.

Luke decidió llevarla a su casa, ya que ella ya le había dicho que no vivía sola y lo cierto es que no le hacía mucha gracia que los interrumpieran.

Nunca se sabe qué tipo de compañeras de piso tiene una mujer, así que mejor no correr riesgos.

—Mierda —dijo en voz alta al oír su móvil. Activó el botón de contestar desde el volante del coche, el equipo de manos libres siempre se conectaba al arrancar.

—Luke, ¿dónde coño estás?

Reconoció inmediatamente al propietario de esa voz. Le daría un buen escarmiento por interrumpir.

—¿Qué cojo... qué quieres ? —La voz de Patts lo irritó sobremanera. Miró a Bianca de reojo.

—¿Puedes venir a la comisaría? —Se oyeron de fondo unas risas y algunas palabras soeces.

—No, no puedo —indicó entre dientes—. ¿Estás en una fiesta? —preguntó al escuchar un buen jaleo de fondo.

—Oye, Adams —intervino otra voz y Luke no pudo saber de quién era—, ven rápido, joder, te estás perdiendo lo mejor. ¡Mira cómo se la está mamando!

—¿Qué...? ¡Patts! —gritó irritado.

—Ven rápido. —Patts se rió—. No sé si voy a poder controlar a esta panda de salidos. —Más risas de fondo.

—Joder, vaya boquita tiene la nena, así, así... —Se oyó otra voz que no era la de Patts.

—Patts, ¡me cago en la puta! —Ya completamente cabreado con el gilipollas de su compañero—. Haz el favor de dejar eso. —Miró a Bianca, algo avergonzado y sintiéndose un estúpido por no haber contestado la llamada de forma tradicional. ¿Qué iba a pensar ella?

—Claro, como tú ya te la has meneado viéndolas. —Ése era el cabrón de Keller.

—No he podido evitarlo —se disculpó Aidan—, ya sabes cómo son. ¿Te esperamos?

—Vete a la mierda, Patts, se supone que eso es privado y pertenece a una investigación.

—Aguafiestas —dijo otra voz.

—Mirad se lo traga todo, ¿dónde hay nenas así? —Otra voz. Ése debía de ser Hoffman—. Eh, Adams, ¿éstas son de las que te gustan a ti, no? ¿Mindy la mama tan bien?

—Guau... la tengo tan dura que podría clavar puntas con mi polla. —Genial, el salido de Mike también estaba en el grupo.

—¡Adams! —gritó otro—. Te cambio el caso, ¡Dios! Se la mete entera, voy a correrme en los pantalones, mi mujer jamás me hace eso. ¡Uf! Qué suerte tienes cabrón, primero te pones cachondo con esto y seguro que ahora estarás con alguna guarrilla.

Tras la retahíla de comentarios a cual más grosero Luke decidió que ya estaba bien y que debía poner cierto orden.

—Joder, ¿cuántos estáis ahí? —preguntó resignado, pero nadie le respondió. La cosa no podía ir a peor—. ¡Patts! —gritó.

—Tranquilo, compañero, sólo los de guardia.

—¿Cómo se han enterado? —dijo con brusquedad.

—Yo... —Patts titubeó—. Estooo... pues estaba viendo las cintas y entró... Larry justo cuando... ya me entiendes.

—Joder. —Se pasó la mano por el pelo nervioso—. Voy para allá en seguida.

—Vale. —Patts colgó.

No sabía qué decir, ella estaba allí, sentada, escuchando toda la conversación, vaya mierda de imagen que estaba dando de sí mismo y, por extensión, del cuerpo de policía.

De puta madre.

—Siento que hayas tenido que escuchar esto —se disculpó al cabo de unos minutos de silencio en los que maldijo uno por uno a sus compañeros y dedicó especial atención a Aidan y a su familia—. Normalmente... —Normalmente ¿qué? ¿No eran todos unos salidos? ¿Incluidos los casados? ¿Incluido él, que no tenía de qué quejarse?

—No sé qué decir. —Luke se dio cuenta de que no estaba tan incómoda—. Ha sido divertido. —Y estalló en carcajadas—. Ha tirado por tierra cualquier imagen que pudiera tener de policías aburridos —dijo intentando contener la risa.

—Ya veo —masculló aunque terminaría por rendirse a la evidencia y a su sonrisa. ¿Cómo resistirse?—. Ya ves, en cuanto los dejo solos...

—Entiendo... —Seguía riéndose—. Entiendo que durante las aburridas horas de guardia os llevéis algo para distraeros.

—¡No! —exclamó, tenía que aclarar el malentendido, de lo contrario se llevaría una impresión equivocada del cuerpo de policía—. Son grabaciones de... —quiso hablar en serio pero su risa era contagiosa—. Pertenecen a unas cámaras de vigilancia, de un caso... —No podía seguir con ella al lado riéndose y él haciendo lo mismo—. ¡Mierda! —Golpeó el volante.

—Tran... tranquilo. —Bianca contuvo la risa, se volvió en el asiento y lo miró—. No te preocupes, no se lo explicaré a nadie, supongo que es secreto policial. —Y estalló de nuevo en carcajadas.

—Me lo he ganado a pulso. Mañana antes de ir a recogerte mataré a Patts, así que, si llego tarde, no te preocupes, es que se me ha resistido más de la cuenta —dijo serio aunque con tono de guasa.

Bianca dejó de reírse y lo miró fijamente. Él mantuvo la vista fija en ella.

La había invitado a salir así, como el que no quiere la cosa, evitando esas almibaradas formas

tradicionales.

Ambos se quedaron mudos de repente. Los labios de Bianca formaron un «¡oh!» y eso fue su perdición. Era una invitación, unos labios insinuantes, rojos, carnosos, suaves y adictivos, se moría por disfrutarlos otra vez.

Esperó quieta, con todos sus músculos paralizados, la mirada de él era como la de un mentalista que juega con tu voluntad, que la domina y la somete a sus deseos, ella no podía reaccionar, no quería reaccionar. Pero de repente, él se detuvo bruscamente, como si una fuerza invisible lo hubiera frenado en seco.

—¡Mierda! —exclamó Luke al verse detenido por el estúpido cinturón de seguridad—. Mierda —repitió incapaz de expresar de otro modo su frustración. Por no mencionar lo absurdo de aquella situación.

Pero ese increíble momento de conexión no se había roto del todo, flotaba en el ambiente y los dos se dieron perfecta cuenta de ello.

Luke le acarició la mejilla y condujo hasta llevarla a su casa.

Sólo se había aplazado lo inevitable.

—¿Cómo has tardado tanto ? —Una voz chillona recibió a Bianca nada más abrir la puerta.

No contestó, no estaba para tonterías, su cuerpo estaba demasiado tenso, extraño, necesitaba volver a un ritmo medianamente normal, sus latidos eran discordantes. Había conseguido bajarse del todoterreno con un mínimo de dignidad, musitó un «gracias, buenas noches» y entró en el edificio sin mirar atrás.

Cuando al fin estuvo sola, mientras el ascensor subía, se llevó una mano al corazón y otra a la boca. Oh, oh, oh.

Lo que había hecho esa noche.

Quizá Carla tenía razón, necesitaba un fin de semana loco, incluyendo, por supuesto, sexo y, a ser posible, del bueno.

Como el que acababa de disfrutar.

Un fin de semana de esos que se describían en las novelas, de los que no sales de la habitación de hotel a no ser que se acaben las provisiones o haya un incendio.

La de veces que su compañera de piso se lo sugería. Carla, toda amabilidad, le presentaba amigos para ello, pero inexplicablemente no tenía deseos de acostarse con un niñato, por muy dj que fuera. La frase favorita de su amiga, para esos casos era: «Para un paseo, cualquier bicicleta es buena». Pero, claro, ella no tenía ganas de pasear. Tanta novela erótica, acompañada de la voz hipnótica de Michael Bublé la habían convertido en una mujer demasiado exigente. ¿Era mucho pedir un hombre que sintonizara, aunque fuera un poquito, con ella? ¿Alguien a quien respetar por la mañana?

No era tan ilusa como para saber que un encuentro rápido era sólo eso, y no el principio de una gran pasión. Pero por lo menos debía haber un poco de atracción, si quería una polla sólo tenía que abrir el cajón de su mesilla. Y por si se cansaba de su vibrador, Carla recibía periódicamente revistas y catálogos con un buen surtido. Más de una vez había estado tentada de

realizar una compra, pero siempre, en el último momento, se había echado para atrás.

—Bianca, cielo... —Carla la sacó de sus divagaciones—. ¿Te ocurre algo?

—No, no, sólo estoy un poco cansada. Nada más. Me voy a la cama.

Se encaminó hacia su cuarto, dispuesta a acostarse, por desgracia sin compañía. Sólo las sábanas iban a acariciarla esa noche.

—¿Qué está pasando aquí? —insistió su amiga siguiéndola—. Tenemos que hablar —dijo sospechando de su actitud.

—No me apetece —alegó diplomática.

Comenzó a desvestirse y, al final, ante la presencia de Carla, optó por ponerse su pijama. Quería relajarse, agarrar su novela y releerla. Tenía que comprobar unos detalles.

—Nena, así no vamos a ninguna parte.

—No quiero ir a ninguna parte.

—¿Ah, no? Pues permíteme explicarte un par de cosas: mientes muy mal. Algo ha pasado...

—Se sentó en la cama y de repente chilló—: ¡Oh, Dios mío, tú has follado!

Bianca puso los ojos en blanco.

—No hace falta ser tan vulgar —la reprendió.

—Deja de escurrir el bulto. Vulgar o no, tú esta noche has tenido sexo y a juzgar por la marca del cuello ha sido muy intenso —indicó la evidencia.

Bianca corrió hasta el espejo y se miró, maldita sea, no debería haberse desnudado delante de ella.

—Vaya con la mosquita muerta... —bromeó—. ¿Lo conozco?

—No.

—Hummm. ¿A qué se dedica?

—Es... —Se mordió el labio pues en cuanto se lo confesara sabía lo que iba a decir—. Es policía.

—¡No jodas! ¿Tú, la pacifista, con un poli? Me dejas muerta. —Carla puso cara de sorpresa, se alegraba de que por fin esa pánfila se diera una alegría para el cuerpo, pero no podía dejar pasar la oportunidad de aguijonearla un poco.

—Ya lo sé, pero...

—Me muero de envidia... Un tío con esposas y porra de serie... Oh, estás hecha una lagarta —se guaseó tumbándose en la cama y riéndose.

—No seas boba. —Le dio un toque en el brazo para que dejara de reírse de ella.

—¿Sabes? Creo que es un buen comienzo. Al final conseguiremos que te desmelenes un poco.

—Tú sola ya te desmelenas por las dos —contraatacó con cariño.

—Lo intento —convino Carla con un suspiro—. Y ahora, por favor, dame todos los detalles para que pueda dormir tranquila sabiendo que ese tipo sabe lo que se hace y no has tenido que hacerle el mapa del tesoro para luego, al final, fingir como una loca para poder quitártelo de encima.

—¿Te ha ido mal esta noche? —indagó.

—Sí —admitió sin ambages, Carla no era amiga de disimulos—. Así que tendré que

conformarme con tu experiencia.

Luke levantó la vista de los documentos que tenía en su mesa al oír la conocida voz de Wella y ésta venía acompañada.

Acompañada de la rubia que hasta hace no mucho llenaba todas sus fantasías, la que más veces le había dado calabazas y a la que siempre deseó atar a su cama.

A la que llevaba años persiguiendo en balde, pues ella prefería acostarse con cualquier imbécil antes que con él.

No era ningún secreto pero le fastidiaba que ella lo tentara constantemente, bien con sus modelitos, bien con sus comentarios para después nada de nada.

Inexplicablemente no había pensado en ella durante los últimos días.

—Hola, chico malo —ronroneó Dora con ese acento que destilaba sexo.

—Hola, Luke, ¿cómo estás? —Wella se acercó a él y lo besó en la mejilla.

—Algo cansado. ¿A qué se debe esta visita?

—Pasábamos por aquí y hemos entrado a saludarte —le contestó su excompañera.

—Y a pedirte un pequeño... favor —añadió la rubia de sus sueños.

Luke se cruzó de brazos dispuesto a escucharla. Por supuesto, la escaneó de arriba abajo, siempre en perfecto estado de revista. Esa mujer podía salir a la calle con un chándal barato y aun así pararía el tráfico.

—¿De qué se trata? —preguntó, intentando que su cabeza no empezara inmediatamente a imaginársela en cuatro o cinco interesantes posturas, todas ellas sin ropa.

—Necesito un acompañante —soltó a bocajarro Dora.

Luke sospechó inmediatamente. Quien no la conociera pensaría que aquella sugerencia no era más que un favor entre amigos. Pero hasta la fecha, nunca había conseguido llevarla ni a tomar un café, entre otras cosas porque tenía un coro de admiradores dispuestos a agasajarla y a bailarle el agua.

—Has puesto una cara... —apuntó Wella riendo.

—¿Tienes un traje decente? —preguntó Dora con cierto retintín.

Ambas sabían lo poco o nada que le gustaban esos saraos tan elegantes a los que Dora asistía por cuestiones de trabajo como relaciones públicas de una marca de cosméticos, así que no entendía el motivo por el que pensaban en él como acompañante.

—¿Qué es lo que no me estáis explicando? —interpeló, mirando a una y a otra y

demorándose un poco más de lo prudente en las piernas de Dora.

—Es una fiesta de presentación, nada que no puedas hacer —respondió la rubia.

—Vas por mal camino. Si le hablas así, te mandará a paseo —intervino Wella.

—No seas tonta, si me presento aquí y le explico las cosas con voz zalamera no va a creérselo.

—Pero podrías hacerle un poco la pelota, ¿no?

Luke sonrió, cuando ambas se ponían en ese plan no había quien las aguantase, así que decidió intervenir.

Tenía una cita, así que primero debía enterarse de cuándo se celebraba ese evento antes de comprometerse a nada. Pero las cosas seguían sin cuadrar. Que él supiera, Dora estaba enredada con Ian, el cuñado de Wella, así que lo más lógico era pensar que fuera él su acompañante. Pero, claro, esta mujer cambiaba de amante de la noche a la mañana, cosa que le parecía bien, excepto por un detalle, nunca le tocaba a él ser el amante.

—¿Por qué no te acompaña Ian? —le preguntó con cierta inquina.

—Porque está de viaje —le respondió con total naturalidad.

—O sea, que soy una especie de segundo plato.

—No —alegó Wella.

—Bueno... —intervino Dora al mismo tiempo—. ¿Qué? No es tan tonto como parece, es poli, y para más inri, el poli malo, no puedo engañarlo —se defendió añadiendo una sonrisa deslumbrante.

Sólo conocía a una persona apropiada para este caso.

—¡Patts! —gritó Luke para ver si el guaperas de su compañero andaba por allí cerca y se acercaba.

—¿Qué quieres? —Aidan apareció en el acto y miró a las dos—. Hola, señoras, me alegro de verlas tan estupendas. Wella... —Besó con cariño a la morena y después miró a la rubia—. No te conozco, pero eso vamos a solucionarlo en un periquete.

—Joder... —masculó Luke—. ¿Has dicho «periquete»?

No había manera con ese hombre, siempre añadía alguna estupidez de ese calibre. Pero paradójicamente, a las damas les encantaba. No en vano lo llamaban el chico de oro y, por lo que se rumoreaba, era irresistible para las chicas.

—Soy Dora, encantada. —Le tendió la mano y Aidan se la estrechó con elegancia—. Eres, sencillamente, perfecto —le dijo.

—Todo arreglado. Ya tienes acompañante —indicó Luke.

—Perdón, pero ¿de qué estás hablando? —preguntó Aidan.

—Ella necesita un acompañante y tú eres el chico perfecto. No se hable más.

—La verdad es que tienes razón —convino Dora, sonriendo al compañero de Luke—. Pero como no sabía que ahora hubiera polis educados, te he inscrito en la lista de invitados.

Luke se puso en pie bastante mosqueado.

Mira que había esperado una oportunidad de ese calibre durante años y justo ahora, en el momento más inoportuno, le propone una especie de cita. Aunque se dio cuenta de un pequeño detalle...

—¿Cuándo?

—El sábado que viene, así tendrás tiempo de comprarte algo decente —respondió Dora y después miró a Aidan hasta arrimarse a él y agarrarlo del brazo—. Que conste que, si llego a saberlo, te habría llevado a ti —murmuró con voz pícara.

El aludido se rió encantado con el cumplido.

Luke puso los ojos en blanco.

Wella miró a otro lado.

—Otra vez será —aceptó Aidan todo sonrisas, encantado y cómodo con las atenciones de la dama.

—Entonces, todo arreglado. Te pasaré a recoger por casa —dijo Dora toda resuelta.

Wella se acercó a él y le dijo al oído:

—Ya sabes cómo es. Gracias.

Las dos mujeres se marcharon y, claro, no habían sido los únicos en mirarlas.

—Vaya... amistades, ¿no?—comentó Aidan.

—No preguntes —le espetó.

—¿No te cae bien? —indagó.

—Sí, será eso —masculló de mala gana. No le apetecía entrar en detalles. Ni loco iba a relatarle al entrometido de su compañero toda la historia—. Mira a ver si te pones a trabajar un rato.

—¿Sabes? Creo que, en el fondo, una mujer así, tan decidida, tan segura de sí misma, te acojona.

«Lo que me faltaba por oír», pensó Luke intentando contenerse para no entrar al trapo.

—No hables de lo que no sabes... —le advirtió—. Y haz el favor de hacer algo útil, como por ejemplo largarte.

—Te daré un consejo.

—Hay que joderse, el niñoato dándome consejos —se quejó—. Haz el favor de no tocarme los cojones —dijo empezando a cabrearse en serio. El muy idiota...

Aunque la verdad es que puede que hasta tuviera razón. Esa mujer era un peligro, había que tenerlos bien puestos para seguir su ritmo y, por alguna que otra conversación que tuvo la suerte de escuchar, era cien por cien dominante.

Pero él sabía muy bien cómo meterla en vereda. Demasiadas noches fantaseando e ideando qué hacer con ella en el caso de conseguir desnudarla.

—Te recomendaría un buen casco y unas protecciones donde tú ya sabes —se guaseó Aidan.

—Oye, te metes los putos consejos donde te quepan. A ver si ahora un tontaina como tú va a venir a explicarme cómo tratar a una mujer.

—No hay más que verte para saber que ésta te va a devorar vivo.

—A lo mejor es lo que quiero —aseveró todo serio y se dio cuenta de que había hablado más de la cuenta.

—Lo dicho. Ándate con ojo —le aconsejó antes de dejarlo a solas con su cabreo.

Maldito Aidan y sus puñeteros comentarios.

Ahora estaba sentado a su mesa, malhumorado, rumiando en silencio las insidiosas palabras

del chico de oro.

Se pasó un buen rato dándole vueltas al asunto, sin entender por qué de repente Dora recurría a él. Ciertamente que era una mujer a la que de ninguna manera podías someter, pero, llegado el caso, si no conseguía su objetivo también podía dejarse dominar por ella.

No sería la primera vez. Ya tuvo hace tiempo una relación con una de esas que te exigen hasta el límite y, si bien es cierto que al principio le dio reparo, ¿qué hombre no ve amenazada su masculinidad cuando aparece una mujer con intención de que seas su esclavo?

Sonrió recordando aquel episodio. Anne, una morena de apariencia dulce que se convertía en toda una fiera en cuanto se cerraba la puerta del dormitorio. La voz cantante, sometándose a sus exigencias. Con cierto reparo, pues eso de que a uno lo esposen a la cama siempre da cierto temor, pero, cuando ella puso en marcha todas sus habilidades, los temores se largaron con viento fresco.

Y en todo el proceso aprendió muchas cosas sobre la mezcla de placer y dolor. Y hasta dejó que ella lo penetrara, cosa que, si alguien se lo hubiera propuesto unos días antes, se habría negado en redondo.

Como se decía vulgarmente: por ahí, ni el pelo de una gamba.

Anne lo preparó, primero explicándole con total naturalidad ciertos aspectos del cuerpo masculino que él prefería obviar; pero, cuando ella lo tuvo amarrado, vendado y sin posibilidad de escapatoria, terminó aceptando que una mamada acompañada de penetración anal no tenía comparación.

Mantuvo una relación más o menos fija con ella, pero no funcionaban fuera del dormitorio y menos aún cuando a él se le cruzaba una rubia descarada de increíbles piernas, por lo que al final rompieron su frágil acuerdo.

En medio de todos aquellos recuerdos le vino a la cabeza la imagen de otra rubia.

Ésta era mucho más sencilla, aparentemente discreta y, por supuesto, infinitamente más accesible. Nada dominante, aunque no le importaría, y con un par de tetas de escándalo.

Pero, dejando al lado sus cualidades físicas, lo que más le hacía replantearse ciertas cuestiones, por ahora sin una denominación concreta, era ese runrún interior de que no sólo la deseaba por lo evidente.

Para sentirse aún más confundido, Bianca no sólo despertaba el lado habitual que cualquier rubia le despertaba, sino otro que creía no tener, pese a que a veces se esforzaba en buscar ese lado sensible que cualquier mujer quiere encontrar.

Un tema que pensaba que podía enfadarlo o, como poco, conseguir que se pusiera de mal humor.

Rara vez, por no decir nunca, perdía tiempo en tales menesteres. Simplemente dejaba muy claro a las mujeres con las que se relacionaba cuál era su objetivo y fuera de eso no quería ningún tipo de complicación sentimental.

Si a veces surgía un cierto interés común en seguir viéndose, no oponía resistencia, pero siempre dejando claro que él no iba a pasar de ahí.

Ellas lo aceptaban, aunque algunas pensaban que con los días cambiaría de parecer, lo cual nunca sucedía y terminaban por dejarlo plantado.

Hecho que le traía sin cuidado.

Pero la noche anterior, tras dejarla a regañadientes en casa por culpa de los salidos que trabajaban con él, tuvo ese primer ramalazo parecido a un sentimiento romántico.

Palabra que, hasta ahora, no estaba en su diccionario. Él ya había pecado de incauto durante su matrimonio, así que la lección la tenía bien aprendida.

Cierto tipo de sentimientos sólo servían para que algunos tontainas se lo creyeran mientras otros se llevaban a la chica al huerto.

Una reflexión de lo más cínica, sí, pero real como la vida misma.

Por eso, que tras un único encuentro se le pasaran por la cabeza algunas de esas cosas que siempre tildaba como estupideces sentimentaloides, daba que pensar.

Especialmente cuando esa misma noche tenía una cita con la mujer que había logrado, sin proponérselo, que sentimientos no deseados empezaran a rondarle por la cabeza.

¿Y si eso es sencillamente producto del estrés?, se preguntó mientras jugueteaba con su bolígrafo.

¿Y si estaba empezando a hacerse mayor? Porque no era el primero, ni sería el último, que, después de toda una vida renegando, terminaba por caerse con todo el equipo.

¿Y si era verdad eso de que ya verás cuando aparezca la persona indicada? Comentario que le había hecho Wella cuando por fin ella tuvo que reconocer que se había enamorado hasta las trancas. Y persona más antienamoramientos que su excompañera...

Decidió no pensar más en ello por el momento. Estaba adelantando acontecimientos y lo que ahora tenía que hacer era preocuparse de acabar unos malditos informes para llegar cuanto antes a su apartamento y dejarlo medianamente presentable.

Incluyendo revisar el armario del baño y hacer inventario de preservativos disponibles, no fuera a ser que a uno lo pillaran fuera de juego.

—¿Puedo pasar? —Carla había llamado a la puerta pero no esperó a que su amiga la dejara entrar. Entró directamente y observó la estampa. Tenía que hacer algo con esa mujer—. Dime que no piensas acudir a tu cita con el poli vestida como si fueras a una manifestación antiglobalización —dijo criticando abiertamente la elección de un vestido de punto—. No acabo de saber si es verde o algo peor —añadió poniendo los ojos en blanco. Definitivamente iba a tener que tomar cartas en el asunto. Por muy encoñado que estuviera un tipo, podía desinflarse al ver a una mujer de esa guisa.

—Es verde musgo —alegó en su defensa—. Me gusta. Me resulta cómodo y no tengo ganas de escuchar tus críticas.

Pero Carla no era de las que se retiraban ante la primera dificultad, por lo que siguió con lo que ella considera un deber de amiga.

—Espero que al menos lleves ropa interior decente. Ya que vas hecha una piltrafa por fuera... —comentó evidenciando su disgusto y añadió—: Al menos compensas un poco.

—A mí me gusta. —Se encogió de hombros.

La amiga metida a consejera resopló con desdén. Había que espabilarla de alguna manera. Bianca tenía un buen cuerpo.

—Mira, puede que ese tipo con el que vas a salir esté más interesado en verte desnuda que en invitarte a cenar, pero lo que no puedes hacer es ir con esto para que termine desanimándose. ¡Por favor! —exclamó tirando del tejido para dar más énfasis a sus palabras.

Bianca no estaba por la labor de cambiar de vestuario, no quería disfrazarse, quería ser ella misma, no sentirse incómoda.

Además, él ya la conocía, no tenía que impresionarlo con un atuendo de esos de entrar a matar que tanto gustaban a su compañera de piso.

—Oye, yo no soy accionista de Lycra, S.A. Sabes que no me gusta ir con ropa ajustada. —Podía parecer una crítica, pero entre ambas existía la confianza suficiente como para hablar claro sin sentirse ofendidas por ello—. Y Luke no es uno de esos hombres con los que tú sales. Es... distinto.

Carla puso los ojos en blanco, no por lo que escuchó sino por cómo lo había dicho. Sonaba peligroso...

—Cariño, no puedes pensar eso ni de coña. ¡Sólo has salido con él una noche!

—¿Y? —preguntó Bianca molesta. No sabía explicarlo, pero aquello fue algo más que sexo, de no ser así, ella ahora se sentiría molesta y avergonzada, sin embargo sólo pensaba en repetir.

—Pues que es peligroso —indicó como si fuera evidente—. Entiendo que, al llevar tanto tiempo sin sexo, hayas perdido un poco el norte, pero no te emociones. De verdad, cariño, es mejor que te lo tomes como un juego, que te diviertas y luego ya se verá.

—Lo sé —admitió sintiéndose un poco tonta—. Pero es que fue tan intenso...

—No te confundas. El sexo, si es bueno, siempre es intenso. El resto no tiene importancia.

—Te veo un poco cínica, ¿no? —preguntó Bianca sentándose junto a su amiga. Podía ser muy dura por fuera pero ella bien sabía que tenía su corazoncito, pese a que rara vez lo demostraba. Sólo quien viviera día a día con ella, pasando buenos y malos ratos, llegaba a conocerla de verdad.

—Mi nivel de cinismo está en el medio, así que no te preocupes. De lo que sí debes preocuparte es de que cuando te quite ese vestido y se quede aliviado, porque es feo a rabiar, encuentre algo que compense ese atentado estético.

—Aun a riesgo de terminar discutiendo, ¿qué sugieres?

—Con tu pinta virginal, el blanco siempre queda bien.

Bianca sonrió aliviada.

—Entonces no hay problema.

—No vale uno de esos sujetadores reductores que te empeñas en usar. Tienes algo que muchas pagarían por tener... —Hizo un gesto con las manos delante de su propio pecho—. ¡Enséñalo! Para eso lo tienes, querida, para lucirlo.

—Ya empezamos... —murmuró preparándose para uno de sus discursitos, a los que ya debería estar acostumbrada y a los que apenas hacía caso.

Por eso Carla se obstinaba en repetir.

—Vamos a ver, tienes unas buenas tetas. Vas y las aprisionas. Tienes un cuerpo bonito, con curvas, pues vas y lo tapas con ropa deforme... —Negó con la cabeza evidenciando su desacuerdo—. No lo entiendo. Y por si fuera poco eres rubia... ¡Aprovecha lo que la naturaleza te ha dado y deja de esconderte! Vas a una cita, ¡una cita!

—Vale, muy bien. Me cambiaré —aceptó resignada haciendo una mueca. Puede que tuviera razón, pero es que le gustaba vestir de forma cómoda y práctica.

Abrió su armario y empezó a mover perchas y a sacar diferentes prendas para que Carla diera su opinión, pero nada parecía convencerla. Más que nada porque casi todas ellas eran de características similares. Así que poco se podía hacer.

—Vamos a mi habitación, esto no hay por dónde cogerlo.

Ni muerta iba a ponerse algo de Carla. No tenía ni una sola cosa que no fuera ajustada, escotada o de largo discutible. Si osaba ponerse un vestido de éstos, enseñaría más de lo que taparía y por ahí no pasaba.

Cuando ambas empezaban a discutir, Bianca negándose en redondo a acercarse al armario de su amiga y ésta acusándola de antigua, oyeron que llamaban al timbre, lo cual supuso el final del asalto y evitó que se acalorara más el ambiente.

—Ya voy yo. —Se puso en pie y la miró antes de salir del cuarto—. Mientras abro y lo

entreteno, haz el favor de ponerte unas bragas decentes —sugirió.

Lo que no le dijo Carla es que además de entretenerlo iba a examinarlo, interrogarlo y, a ser posible, adivinar qué tipo de hombre era, no fuera a ser que la confiada de su compañera se estuviera colgando de algún gilipollas, porque, después de lo de su último novio, no se merecía pasar de nuevo por lo mismo.

Bueno, ninguna mujer se merecía soportar a un malnacido como él, ni su peor enemiga, por lo que, decidida, se dirigió a la puerta y la abrió.

Sin ningún tipo de disimulo evaluó a la cita de su amiga. Buen cuerpo, moreno, aire de tipo a los que no podías vacilar porque no aguantaba tonterías... Por lo menos no era el poli barrigón cuarentón. Aunque, si no los había cumplido, poco le faltaba, pero se conservaba bien.

Así que, tras aprobar la parte física, ahora venía la de actitud. Porque tíos con buena planta y gilipollas los había a patadas.

—Si has terminado tu inspección técnica, me gustaría pasar —dijo él sin perder, de momento, el buen humor ante la morena descarada que le había abierto la puerta.

—Cómo no... —Se apartó para dejarle paso y lo siguió hasta el saloncito—. Bianca vendrá en seguida, mientras ¿te apetece tomar algo?

—No —respondió con cierta sequedad para seguidamente añadir—: Gracias.

—¿Tienes pensado llevarla a cenar o directamente a la cama?

Luke arqueó una ceja y se cruzó de brazos.

Que la amiga de una chica se preocupara por ella hasta cierto punto podía considerarse lógico, hasta decía mucho a favor de ella, pero joder, de ahí a meterse donde no la llamaban...

Lo que no sabía la descarada esta es que a él hacía mucho que los intentos de intimidación directamente le resbalaban.

Como tampoco quería entrar en una confrontación directa, pues, al fin y al cabo, era la primera vez, podía pasarlo por alto y limitarse a encogerse de hombros y a sonreír de medio lado. Ni afirmaba ni desmentía.

—Oye, guapito de cara, a mí no me trates como si fuera tonta, porque no me chupo el dedo. Te he hecho una pregunta —le espetó adoptando su tono de «a mí no me la das».

—¿Y crees que tengo ganas de responder a lo que no te importa? —respondió sin importarle lo más mínimo lo que esa minimatona de barrio intentara con ese tonito; él podía pasar de ella olímpicamente.

—Mira, chaval... —Se plantó delante de él para decírselo a la cara—. Bianca es mi amiga y no voy a dejar que ningún soplagaitas, por muy poli que sea, le haga daño. —Le apuntó con un dedo.

En ese momento, Bianca entró en el salón y se los encontró a los dos frente a frente, evaluándose con la mirada, como dos gallos en un corral. Conociendo a Carla, estaba segura de que ella había intentado ponerlo a prueba.

—Hola —dijo simplemente, intentando que su cita dejara pasar el descaro de su amiga y que ésta no intentara exponerlo a un tercer grado.

—Buenas noches —dijo él sonriéndole y, separándose de la aprendiz de inquisidora, la ignoró, total, lo importante era llevársela de allí cuanto antes—. ¿Nos vamos?

—Sí —respondió Bianca cogiendo su bolso de ganchillo y caminando hacia la puerta.

Pero Carla no iba a dejar que se fuera de rositas, así que le agarró con total descaro del brazo deteniéndolo para decirle al oído, para que sólo él lo escuchara:

—Como la hagas llorar...

Luke se soltó de un tirón, joder, vaya tiparraca, no cedía ni un milímetro.

—No se lo tengas en cuenta —dijo Bianca una vez en el ascensor—. Se preocupa por mí.

—¿Y va intimidando a todos los hombres que te invitan a salir? —preguntó, preocupado; puede que algunos tipos no se tomasen muy bien sus preguntas o, por el contrario, por mucho que quisieran salir con Bianca, desistieran para no aguantar a la amiga.

—Es que... —Se mordió el labio—. No siempre he tenido suerte —respondió recordando a su último novio. Un caradura que la trató muy mal, engañándola con otras. Aunque lo peor no había sido la infidelidad física, sino hacerla creer que la quería, dándole falsas esperanzas, cuando en realidad para él sólo era un puerto seguro. La tonta que siempre estaba ahí.

Luke escuchó sus palabras y torció el gesto. No era buena idea comenzar la noche hablando de malas experiencias, ese tema desinflaba el ánimo y él tenía las expectativas bastante altas como para cambiar de planes.

Una posición bastante egoísta, pero real. No quería ser un hipócrita, de esos que van de tiernos, abrazan a la chica, la consuelan y aguantan sus lágrimas, cuando sólo están pensando en meterse en sus bragas.

Él, directamente, quería desnudarla, sin utilizar ninguna artimaña, simplemente sus manos para quitarle hasta el último trozo de tela que cubriese su cuerpo.

Y, siguiendo la sencilla máxima de que para exigir hay que contribuir, él, sin dudarlo, se quedaría en igualdad de condiciones, pues quería estar tan desnudo como ella para poder sentirla, desde la cabeza a los pies.

Para que cualquier terminación nerviosa de su cuerpo entrara en contacto con la suave piel femenina que, hasta el momento, sólo había tocado a medias.

Y eso no era suficiente.

Necesitaba todo.

—Dime su nombre y su dirección y me encargo de él —sugirió adoptando el típico tono de policía dispuesto a todo por su chica.

Ella se rió encantada, pero él llegaba tarde.

—No te preocupes, Carla se ocupó de él.

Por si acaso, no preguntó. A saber qué se le habría ocurrido. A la hora de idear venganzas, la mente femenina suele ser muy puñetera y especialmente certera.

En su trabajo había visto casi de todo y siempre, cuando llegaba un caso relacionado con celos o con mujeres despechadas, se sorprendía de hasta dónde podía llegar una mujer engañada o, en el peor de los casos, la amiga de la víctima, pues, en eso de la solidaridad, las féminas no tenían rival.

Cuando llegó hasta donde tenía aparcado el todoterreno, tras abrirle la puerta, le vino a la cabeza una idea de lo más perversa...

¿Qué mejor forma de darle un escarmiento, al chico de oro, que mandándole directamente a

los leones, bueno, a la leona?

Joder, si hasta tenía un lado femenino, pensó mientras ponía el motor en marcha.

—¿No vas a preguntarme adónde vamos?

—No —murmuró ella sin mirarlo. No quería saberlo. O, mejor dicho, no necesitaba saberlo. Tenía el peligroso presentimiento de que lo seguiría, a ciegas, a cualquier parte que él quisiera llevarla.

Quizá el temor de Carla podía tener cierto fundamento.

Pero esa noche, Bianca no quería ser prudente.

Luke siguió conduciendo hasta llegar al restaurante de unos conocidos y la miró de reojo. Ella aparentaba tranquilidad y no supo qué pensar.

Se acomodaron a la mesa y no tardaron mucho en decidirse por la cena. Al fin y al cabo, ambos sabían lo que querían y su cita no era para disfrutar de los placeres convencionales de mesa y mantel.

Luke estaba impaciente por pagar la cuenta y poder sacarla de allí, pese a que la comida, el servicio y la compañía eran de lo mejor.

Ya estaba llamando la atención de uno de los camareros para que le cobrara cuando recordó que en la parte superior del restaurante existía una sala de billar, a la que sólo podían acceder los clientes más exclusivos o bien los más habituales.

—¿Juegas al billar? —preguntó tranquilamente mientras le entregaba al camarero la tarjeta de crédito sin mirarlo tan siquiera, pues toda la atención estaba puesta en ella.

—Sí y no —contestó con sinceridad. No entendía el propósito de la sugerencia implícita que iba en la pregunta.

—¿Sí y no? ¿Cómo es eso?

—Sé jugar, me gusta y me divierte pero no apostaría absolutamente nada, porque lo perdería.

—No deberías ser tan sincera —afirmó él levantándose—. Pero no te preocupes, no apostaremos nada, sólo jugaremos una partida.

Ella lo siguió sin oponer resistencia, esperó tras él a que el dueño le entregara las llaves de la sala y soportó la mirada especulativa del hombre, pero no dijo nada.

Subieron las escaleras en silencio y accedieron a la habitación.

Él conocía la distribución a la perfección, así que encendió las luces, se fue a la pared donde estaban los tacos y escogió dos, sin molestarse mucho en mirarlos.

Bianca tragó saliva, aquella escena no era la que había imaginado al salir de casa. Esperaba

una cena breve, un simple paso previo antes de llegar a su apartamento.

Pero lo cierto es que esa lenta y sutil seducción resultaba mucho más intrigante. Estaban solos y se excitó al imaginar las posibilidades de aquella situación.

Y lo más extraño es que ella no era así. Quizá había escuchado demasiadas historias subidas de tono en boca de su compañera de piso y ahora, sin entender por qué, veía una situación inocua como la más excitante y con amplias posibilidades.

—No sé lo que estás pensando —dijo él, remangándose los puños de la camisa; ella se sonrojó—. Ya veo...

Dejó caer el taco de cualquier manera sobre el fieltro y se puso frente a ella.

—¿No vamos a jugar? —balbuceó sin poder dejar de mirarlo, allí, con ese aspecto de ser el depredador que va a merendarse de un bocado a su presa.

Y la presa estaba indefensa y deseosa de que ocurriera.

—¿Al billar? —preguntó él a su vez extendiendo el brazo para rodearla por la cintura.

Ella no respondió, porque no podía.

Él la salvó de tener que dar una contestación coherente al buscar sus labios y besarla. Ella separó los labios para él y le dio completo acceso.

Sintiendo en el acto cómo el calor dominaba su cuerpo y la excitación medianamente controlada durante la cena terminaba por desbordarla.

La humedad entre sus piernas no era sino una prueba más de que lo deseaba, aquí y ahora, sin más demoras.

Luke estaba en una situación igual o peor. La opresión de los vaqueros sobre su miembro le recordaba que su hasta entonces buen comportamiento, además de absurdo, no tenía por qué continuar.

—Al final vamos a jugar sobre esta mesa de billar —gimió él sin poder dejar de meterle la lengua—. Voy a follarte, aquí y ahora.

—Sí...

—Eso es precisamente lo que quería escuchar.

Sin más, metió las manos bajo su vestido de punto y se lo levantó hasta las caderas, dejando a la vista sus bragas, que bajó rápidamente, sin importarle su aspecto.

La sujetó de las axilas y la depositó sobre el borde de la mesa de billar. Ella sintió inmediatamente la mezcla del tacto suave de la madera pulida y el áspero fieltro sobre su culo desnudo. Pero apenas le importaba, necesitaba aquello y se movió hasta adoptar una posición más o menos cómoda.

Se echó hacia atrás, apoyándose en los brazos y separó las piernas, de tal forma que él se pudiera colocar entre ellas. La postura más propicia, dadas las circunstancias.

Luke no rechazó la invitación y posó ambas manos sobre sus muslos, recorriéndolos desde la rodilla hasta la parte superior, disfrutando de la suavidad y sintiendo cómo la respiración de ella se aceleraba, igual que la suya.

No quería perder el contacto, pero debía desabrocharse los pantalones. Ella debió de percatarse porque, inclinándose hacia adelante fue directa a la hebilla de su cinturón.

—Déjame a mí —indicó ella. No sólo por ayudar sino porque deseaba tocarlo, meterle mano

antes de que las cosas siguieran su curso natural.

—Por supuesto, todo para ti.

Él siseó ante el primer contacto.

Una mano le rodeó la polla con suavidad, nada de desagradables tirones ni apretujones. Ella lo acariciaba de forma pausada, recorriendo su miembro como si no tuviera prisa.

Para facilitarle la tarea, él mismo se bajó los pantalones hasta la mitad de su muslo, así ella podría tener total acceso y tocarlo por donde se le antojara.

Decirle que la tenía dura, caliente o tópicos de novelas por el estilo resultaba absurdo, además de evidente, así que prefirió tocarlo, explorarlo en silencio, disfrutando del tacto al mismo tiempo que observaba las reacciones de él.

Pero a ellos siempre les gustaba algún que otro cumplido, así que intentó decir algo sin reírse.

—¿Todo para mí? —bromeó.

Él sonrió también ante el tono empleado, no era el momento de bromas, especialmente cuando su polla estaba entre sus manos y en posición de firme, pero ella sonreía, quizá por algún chiste privado.

Se inclinó para lamer su oreja y decirle su opinión al respecto.

—Te la voy a meter hasta el fondo —murmuró en su oído consiguiendo que ella temblara.

Bianca tragó saliva, no era sólo una promesa. Tenía muy claro que iba a cumplirla. Lo que realmente provocó una revolución hormonal fue el tono. Implicaba rudeza, agresividad... Todo lo que ella deseaba de él.

—Una y otra vez —prosiguió él ante su silencio—. Hasta que me pidas que pare, hasta que tus gemidos atraigan a los curiosos y cuando eso ocurra... —Lamió su cuello hasta morderle el lóbulo y rematar—: No me detendré.

—¡Oh, Dios mío!

—Y no sólo lo haré en tu coño... —Dejó que ella procesara eso último mientras la besaba, la devoraba.

Ella ansiaba que cumpliera todas y cada una de sus sugerencias y, a ser posible, allí mismo, pese a que estaban en un lugar público y que resultaría sospechoso que permanecieran tanto tiempo allí encerrados.

Aunque le daba lo mismo. En aquel instante no podía pensar en otra cosa que no fuera tenerlo profundamente acogido en su cuerpo.

—Date prisa —sugirió ella.

—Estoy en ello...

Le agarró la mano para que soltara su erección y cayó de rodillas delante de ella, de tal forma que, inclinándose hacia adelante, pudiera posar su boca sobre su empapado sexo y meterle la lengua.

Ella se agarró como pudo al borde de la mesa de billar y cerró los ojos cuando sintió la primera pasada de su lengua. Cuando recorrió sus pliegues hinchados de una forma perversa, pues empezó desde el exterior y fue moviéndose hasta ir acercándose a su clítoris, lento pero seguro. Suave pero firme.

Cuando lo alcanzó, primero presionó con la punta y le dedicó repetidos toques con su lengua,

consiguiendo que se endureciera para, acto seguido, atraparlo entre los labios para succionarlo con devoción.

Bianca se revolvió inquieta, excitada y tensa por lo que estaba soportando.

Hasta ahora el sexo oral era simplemente una etapa, algo que estaba ahí, pero que no pasaba de ser un mero paso previo. Pero, por lo visto, Luke opinaba de otra manera.

Ella quería aguantar, quería esperarlo, no ser egoísta, pero si continuaba metiéndole la lengua de aquella manera se le iba a hacer muy cuesta arriba.

Además, junto con sus gemidos, más o menos contenidos, se escuchaban los sonidos de la succión y los murmullos de él, encantado con lo que tenía en la boca.

Abrió los ojos para intentar salir de aquella especie de trance e indicarle que se pusiera en pie y la penetrara de una vez, porque, si no, aquello iba a acabar muy pronto.

Miró hacia abajo y observó encantada el contraste entre su oscuro cabello y sus pálidos muslos. Con el movimiento conseguía además que la piel interna fuera acariciada con su pelo, de tal forma que todo resultaba perfecto.

También se percató de que él se había agarrado la polla y se masturbaba al mismo tiempo que lamía su coño, y eso la calentó aún más.

—Voy... —Tragó saliva—. A correrme. Para...

—No —respondió él, sin despegar la boca de su sexo.

Ella no supo si se negaba a parar o a que alcanzara el clímax.

—Si no te detienes...

Pero lejos de hacerle caso él se aplicó mucho más, pues ya no sólo la torturaba con los labios. Le introdujo el dedo pulgar, extendiendo el resto para que se impregnaran de sus fluidos. Después, sin pensárselo dos veces, movió el anular hasta que presionó sobre su ano, consiguiendo que ella se apretara aún más contra él.

—Córrete en mi boca —ordenó él estimulando su zona anal con mucho cuidado para no causarle rechazo.

—¿Y tú...? —susurró ella respirando de una forma entrecortada y sin poder dejar de restregarse sobre su cara.

Estaba totalmente descontrolada. Tal y como él quería.

Entregada, sometida a sus exigencias, y sólo faltaba ese toque de gracia para que estallara y saborear así su orgasmo.

Presionó un poco más el dedo índice, penetrando apenas un centímetro en su, seguramente, virgen orificio, y ella arqueó las caderas salvajemente, evidenciando su estado de excitación plena y de no retorno.

—Yo voy a saborear hasta la última gota —dijo él manteniendo la doble penetración, como si fuera una pinza, con ambos dedos en el interior de su cuerpo.

Y ella se lo dio.

Se corrió de una forma escandalosa, con un grito casi de dolor, pero que ambos sabían muy bien que no era por eso.

Luke la besó una última vez en su coño y sacó los dedos para ponerse en pie inmediatamente y meneársela delante de ella, concentrado e inspirado por la expresión de total abandono que ella

le ofrecía.

Le rodeó la nuca con el cuello y la atrajo hacia sí, para besarla y ella no se echó hacia atrás, saboreó sus propios fluidos en la boca de él.

A Luke le hubiera encantado metérsela en ese instante, porque no había mejor lugar para estar, pero la seguridad mandaba y no debía arriesgarse.

Colocó la mano sobre la de él y así, unidas, movieron y estimularon su erección hasta que sintió ese hormigueo en los testículos previo a la eyaculación.

—Joder... —gruñó él al ver que los chorros de semen salían disparados y manchaban no sólo sus manos entrelazadas sino también los muslos de ella.

Bianca contempló su piel salpicada y buscó su mirada.

—No importa —dijo con una sonrisa, sin soltar su polla y besándolo de forma lenta mientras ambos iban recuperando el estado normal de sus respectivas respiraciones.

—¿Alguna vez conseguiremos llegar a una cama y hacerlo desnudos? —preguntó él medio en broma mientras se separaba de ella.

Al mismo tiempo que se subía los pantalones caminó hasta coger uno de los servilleteros y extrajo unas cuantas servilletas de papel para limpiarla.

Ella lo miró mientras eliminaba las pruebas. Aquello, en otras circunstancias, podría haberle provocado incluso asco, pero no era el caso.

Para demostrárselo recogió con la yema del dedo una pequeña porción de semen y se lo llevó a la boca, lamiendo su propio dedo delante de él, exagerando el gesto.

—No me extraña que acabemos follando en cualquier parte si haces esas cosas...

Bianca se encogió de hombros y después le rodeó el cuello con los brazos.

—No sé lo que me pasa... —susurró—. Pero no voy a ocultar lo que siento.

Consiguieron vestirse y abandonar el restaurante. Cuando Luke devolvió las llaves al encargado, éste, por suerte, no dijo nada sobre el número de partidas que debían de haber jugado para estar tanto tiempo allí encerrados.

Durante el trayecto a casa de él, porque no iba a ser de otro modo, no quiso entrar a valorar las palabras de ella.

Él tampoco ocultaba nada, llegado el caso, pero claro, Bianca no sólo se refería a sus reacciones físicas, y eso podía ser motivo de inquietud para él.

Por alguna razón, no quería ser igual de explícito respecto a sus ideas con ella. En primer lugar, porque ya de por sí el mero hecho de planteárselo en vez de tenerlo claro desde el principio ya era un síntoma de que algo había cambiado.

Ella lo había cambiado.

Nunca se preocupaba en exceso sobre la ocupación o sobre los gustos de las mujeres a las que se follaba, ¿para qué? Si no iba a mantener con ellas ninguna conversación medianamente seria...

Para hablar, dar consejos o soportar malos momentos estaban las amigas, en su caso una única amiga, Wella. Con quien podía sincerarse al noventa y nueve por ciento.

Pero en ese caso, ¿cómo iba a explicarle que empezaba, de forma muy somera, a interesarse por una mujer más allá del dormitorio cuando la interesada era su niñera?

Y, para más inri, estaba el marido de ella, Matt, demasiado riguroso con esos temas. Un buen colega para pasarlo bien pero muy estricto en lo que al comportamiento se refería.

Entre divagación y divagación, llegó hasta su edificio y aparcó en su plaza de garaje.

Ninguno de los dos se movió.

Ella buscó un tema de conversación distendido para relajar un poco el ambiente.

—Al final ¿qué pasó con tus compañeros?

Luke hizo una mueca.

—Son una panda de majaderos salidos. —Se dio cuenta del vocabulario e intentó suavizarlo —: No tienen remedio.

—¿Cómo va ese caso tan interesante? Si puedes hablar de ello, claro.

—Curiosa, ¿eh? —bromeó saliendo del vehículo y ayudándola en seguida.

—Yo sólo preguntaba.

—Tranquila, puedes preguntar lo que quieras. —Se rió—. Las cosas no avanzan mucho, se trata de robos cometidos en una urbanización de lujo —informó de forma vaga.

—Entiendo... —murmuró sin querer ahondar en el tema. Era lógico que él no quisiera compartir con ella datos relevantes de su investigación, o que prefiriese no hablar de su trabajo.

—Lo más gracioso es lo que roban —apuntó él riéndose entre dientes. Cada vez que intentaba ponerse serio con el asunto terminaba por descojonarse de risa, no era para menos. Y puesto que no comprometía para nada las pesquisas, podía comentarle alguna que otra cosa.

—Bueno, los ladrones son así, se llevan cualquier cosa —apuntó ella controlando sus nervios, puede que hablar de cosas irrelevantes la ayudara a no ponerse nerviosa, pero cuando él cerró la puerta del apartamento a sus espaldas, su corazón empezó a latir con más fuerza.

—Roban efectos... personales.

—¿Y eso qué tiene de raro?

Luke carraspeó antes de continuar.

—Ropa interior... femenina y... —Aguantó la risa para dar la última información—: Y usada.

Ella lo miró incrédula. ¿Le estaba tomando el pelo?

—¡Oh! ¿Y para qué?

Eso era una cuestión que a él también le gustaría saber. Pero comentó la versión, si bien no la más probable, sí al menos la más divertida dentro de todo ese despropósito.

—Supongo que se trata de algún fetichista, o algo por el estilo, nunca se sabe.

La condujo hasta el salón, pues aunque los dos sabían qué iba a pasar, no deseaba ser tan evidente y llevarla directamente al dormitorio. Otro detalle para la reflexión, pues hasta ahora su estilo siempre se caracterizaba por ser directo.

—No sabía que hubiera gente tan... tan... —dijo ella sin saber muy bien qué palabra utilizar. Le venían varias a la cabeza, pero prefería no usarlas.

—¿Pervertida? ¿Viciosa? —sugirió él con una media sonrisa—. ¿Te apetece tomar una copa?

—No, gracias —respondió sentándose en el sofá—. No sé si ése es el término correcto, el fetichismo no es malo —apuntó hablando como una psicóloga. Luke se sorprendió ante aquella afirmación—. Simplemente diría que se trata de alguien con problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó interesado, apartando de momento sus planes más inmediatos de sudar entre las sábanas para escuchar su opinión, ya que parecía hablar con cierta propiedad.

—Creo que puede ser simplemente algún joven con ganas de bromear, o algún adulto que no tiene claras las cosas. —Se encogió de hombros.

—Interesante... —reflexionó anotando las observaciones de ella, ya se encargaría de analizarlas en otro momento. Derivó la conversación hacia la parte de su explicación que más le convenía—. Entonces, según tú, el fetichismo es completamente normal.

—Depende.

—Ponme un ejemplo.

—Bueno, si una persona es aficionada a... —Bianca se detuvo, no porque no estuviera preparada para disertar sobre el tema sino porque hablar de fetichismo era meterse en un jardín

del cual, a lo mejor, no sabía salir.

—Continúa. —Luke estaba interesadísimo en esa conversación. Se sentó junto a ella. Le daba pistas sobre qué camino tomar, pues ella, sin querer, podía proporcionarle cierta información sobre alguna que otra fantasía. Aunque él tenía perfectamente claro qué hacer.

—...Aficionada a, por ejemplo... —La mente de Bianca trabajaba a toda velocidad por encontrar algo sencillo—. A coleccionar máscaras y a excitarse contemplándolas... —Elegió deliberadamente un objeto clásico y aparentemente inofensivo.

—O usándolas —aportó Luke.

—...Pues no me parece mal.

—Es una opción... interesante. —Parecía contemplar esa posibilidad y Bianca se inquietó; él pudo notarlo—. Pero hoy creo que podemos apañárnoslas sin ellas. —Se acercó y ella no se apartó—. Si no tenemos cuidado acabaremos desnudos en este sofá y jamás llegaremos a la cama —indicó él acariciándole la nuca.

Sin despegarse de ella y manteniendo la boca junto a su oreja, recorrió su espalda con la mano, como tanteando el terreno.

Bianca se derretía, otra vez, literalmente. Dejó que la besara, pero él tenía razón. Dos encuentros previos, tres si sumaban el pseudointento del primer día, y aún no habían compartido cama.

—Me gustas —dijo él provocando que a ella se le erizara la piel al contacto de su aliento— ... y mucho. —Besó su cuello—. Por eso quiero ser sincero contigo.

¡Ay Dios! A Bianca la recorrió una especie de temblor general.

—No quiero llevarte a la cama y acabar en quince minutos. Quiero todo... Bianca —gimió como si no hubieran hecho nada sobre la mesa de billar—. Por extraño que parezca quiero hasta hacerte sufrir.

Ella pensó que no había escuchado bien.

—¿Sufrir? —balbuceó confundida por las palabras, por el hormigueo entre sus muslos, por las expectativas, por lo que sentía...

—Sí, el dolor y el placer van unidos.

Bianca no quería pensar en eso ahora. ¿Qué quería decir exactamente?

—Pero... ¿Cómo?

—Lo sabes perfectamente. —Se rió y a continuación cogió su mano y la colocó sobre el bulto de sus vaqueros—. Así. —Presionó ambas manos—. Juega conmigo, dámelo y luego quítamelo. Sabes hacerlo. Yo jugaré contigo y no pienso detenerme.

La besó con ferocidad, sin dejar que ella soltara la mano que presionaba su polla. Ella pareció entender sus ruegos y comenzó a mover la mano, gimió con fuerza en su boca, pues él no la dejaba respirar.

—Luke... —susurró en un suspiro cuando él abandonó su boca un instante.

Ese ruego lo hizo reaccionar y ponerse en pie. Le tendió la mano y ella la agarró.

—Vamos.

Él tiró de ella y la sujetó del culo y así, a trompicones, chocando con las paredes, besándose de forma desesperada, metiéndose mano, llegaron al dormitorio, donde Luke se había encargado

de crear ambiente antes de salir a buscarla.

Lo había dejado como los chorros del oro.

—Tienes un culo muy suave. Mmmm, me gusta. —Movi6 las manos para levantarle el vestido y sacárselo por la cabeza—. Desabróchame el pantal6n, por favor.

Ella obedeci6 encantada, ahora estaba ante 6l, en bragas y sujetador y sus c6modas botas planas. Quiz6 debi6 seguir los consejos de Carla, a los hombres les gusta la lencería sugerente.

Con 6l, ante su silbido de admiraci6n, podía, de momento, estar tranquila. Le levant6 los brazos y la hizo girar sobre sí misma, para así disfrutar de la vista.

Aprovech6 para darle una buena palmada en el culo.

Ella se sobresalt6 pero no le disgust6, el picor le produjo un hormigueo muy curioso en la zona.

Ahora era su turno y se ocup6 de ir soltando los botones de su camisa con deliberada lentitud.

—Vas a matarme —dijo 6l con voz ronca aguantando las ganas de tirarla sobre la cama y actuar al m6s puro estilo primitivo.

—Estoy haciendo lo que me has pedido —aleg6 ella.

Luke sonri6 de medio lado. Le estaba bien empleado por hacer sugerencias que podían volverse en su contra.

No importaba, despu6s podía vengarse a placer.

Ella termin6 de desvestirlo de cintura para arriba y despu6s le baj6 los pantalones, junto con la ropa interior. De rodillas frente a 6l se ocup6 tambi6n de sus zapatos y calcetines.

—Ahora me toca a mí.

Ella no quería ponerse en pie, pues deseaba probarlo: su erecci6n estaba al alcance de su boca y no iba a desaprovechar la ocasi6n.

—No... —protest6 cuando 6l la agarr6 de las axilas y la puso a su altura.

—No te preocupes, ya tendr6s tiempo de chup6rmela. Primero quiero dejarte sin nada encima.

Cumplió lo prometido y una vez que la tuvo sin un s6lo centímetro de tela pudo mirar a placer.

—Joder... —Fue lo único que acert6 a decir para expresar la visi6n de Bianca.

Pocas veces una mujer a la que ya se había follado despertaba su lado posesivo.

Y aqu6l era otro pensamiento interesante para la reflexi6n.

Pero ahora no.

Apart6 la colcha de un tir6n y la azot6 de nuevo para que se subiera a la cama.

Ella se tumb6 y levant6 los brazos pidiéndole en silencio que se uniera a ella a la menor brevedad posible.

Bianca lo abraz6 y, sin pensárselo, fue ella quien busc6 su boca. Ahora, bajo su cuerpo, la sensaci6n se amplificaba.

Sintiéndose descarada, se frot6 contra 6l y metió las manos entre sus cuerpos hasta agarrarle la polla; 6l respondi6 con un mordisco en el cuello ante tal ímpetu.

Luke se fue moviendo hacia abajo y ella protest6 cuando se le escap6 de las manos su miembro.

Pero la recompensa merecía la pena, pues él se aplicó sobre sus pezones, que lamió, pellizcó y hasta mordió.

Aquello iba por buen camino, aunque Luke quería tomar otro muy diferente. No quería que las prisas tomaran el control.

Que las cosas no se desarrollaran de la forma habitual.

Se apartó de ella, tiró de la sábana, buscó la esquina e hizo dos nudos bien apretados.

Ella lo miró sin entender el propósito de tal acción.

Si hubiera intentado inmovilizarla o atarla a la cama... Aunque se sintiera algo insegura, podía comprenderlo; pero lo de los nudos...

Él se recostó sobre su costado y, con aire juguetón, empezó a rozar su piel con la sábana anudada, desde la separación entre sus pechos hasta el ombligo.

Ella se movió nerviosa e impaciente.

—Tranquila.

—Eso es fácil de decir...

Él continuó su descenso hasta detenerse en el vello púbico y no pudo evitarlo. En un movimiento rápido se inclinó hasta que pudo posar su mejilla, y, como si fuera un gato mimoso —pues sólo le faltaba ronronear—, apreciar la suavidad de su piel.

—¿Qué haces? —preguntó con una media sonrisa en el rostro. Iba de sorpresa en sorpresa.

—Disfrutar —respondió como un tonto—. Abre las piernas —añadió ahora de nuevo con su voz ronca.

Obedeció encantada y notó cómo utilizaba los nudos para frotar su sexo, de arriba abajo, consiguiendo que la fricción fuera indescriptible.

Sus labios vaginales, ya húmedos y sensibles tras el encuentro anterior, volvieron a responder a sus caricias, algo bruscas pero muy efectivas.

La aspereza del tejido y la dureza de los nudos formaban una combinación mortal y ella no podía, no debía, no quería resistirse.

Alargó el brazo y buscó algo donde agarrarse, preferiblemente a él, clavarle las uñas con tal de tener un punto de referencia.

—Esto es sólo el principio —murmuró él dejando a un lado la sábana empapada de sus secreciones para sustituirla por sus dedos.

Ella se mordió el labio cuando sintió la primera arremetida, él no se andaba con tanteos, se los introdujo con fuerza y los meneó sin piedad.

—Eso es... —canturreó él encantado con la visión que ella le ofrecía, desnuda, abierta de piernas y con cara de «fóllame»— muévete sobre mi mano.

—Sí... —gimió sin poder evitar contonearse.

Para conseguir que además gritara, él atrapó uno de sus duros pezones con los dientes y

tironeó de él mientras continuaba masturbándola.

Él quería mucho más que eso y sacó los dedos. Ella protestó al sentirse vacía, pero jadeó de nuevo, pues él la volvió a penetrar, aunque ahora utilizando el dedo pulgar.

No era algo casual, de ese modo podía tentar de nuevo su ano, sólo que esta vez pensaba ir casi hasta el final.

Ahora, la postura de ella le favorecía y no podía dejar pasar la oportunidad de penetrar aquel agujero seguramente virgen.

Ella reculó cuando notó que estimulaban esa zona que ella consideraba intocable. Había oído hablar de ello, pero siempre llegaba a la conclusión de que no era para ella.

Pero, por otro lado, desde que lo conocía, todo lo que ella creía seguro se estaba desmoronando e inexplicablemente esperaba que él siguiese haciéndolo, porque ahora su curiosidad iba en aumento.

Luke prosiguió con sus tanteos, no quería asustarla ni provocar rechazo, por lo que rozó aquel sensible y cerrado anillo con paciencia, dejando que los fluidos vaginales que resbalaban desde su coño lubricaran la zona facilitando la penetración anal.

Ella estaba conforme a medias, pues de nuevo estaba siendo pasiva, recibía atenciones pero no las daba y quería lamerlo, acariciarlo y tocarlo por todas partes, tal y como hacía él. No podía seguir más tiempo con aquella pasividad.

Con dificultad se incorporó, sorprendiéndolo.

—Quiero tocarte —le dijo sencillamente.

Rápidamente, él se colocó de rodillas junto a ella y la besó, mientras ella respondía y se aferraba a su cuello, para poder mantenerse abierta de piernas y que él pudiera continuar su exploración.

—Por todas partes —añadió ella contra sus labios.

Él gruñó ante esas palabras y mordió su labio inferior. Esa mujer podía con él, conseguía lo que otras muchas habían intentado, esto es, que se replanteara muchas cosas.

Aparte de llevarlo a un grado de excitación insoportable.

—Y lamerte... —remató ella para desasosiego de él, así no había forma de controlar sus impulsos.

Para que él no albergase dudas, consiguió agarrarle la polla y empezar a recorrer con la mano toda su longitud, a dejar que las yemas de sus dedos presionasen de forma certera hasta que a él no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto.

—¿Quieres chupármela? —preguntó sin ambages dispuesto a complacerla.

Y, como era habitual en ella, contestó con sinceridad, nada de exageraciones ni poses sofisticadas de mujer fatal.

—Sí.

¿Cómo negarse?

Se posicionó de rodillas, frente a ella, la única parte negativa es que no podía seguir penetrándola con sus dedos, pero eso podía arreglarse más tarde.

Puso las manos en las caderas y ella bajó la mirada hacia su polla y con naturalidad se fue doblando hasta que él notó su aliento sobre el glande.

Bianca se humedeció los labios antes de separarlos para acoger entre ellos su erección.

Rodeó sólo la punta y probó a succionarla, apretando los labios y moviendo la lengua para rodear toda la sensible piel.

Repitió ese movimiento varias veces, mientras iba acostumbrándose a su tamaño.

Luke quería contenerse, dejar que ella marcara el ritmo, pero su lengua era demasiado perversa. Joder, la movía de tal forma que presionaba ese pequeño orificio tan olvidado y que causaba uno de los mayores placeres.

Sus caderas parecieron olvidar la orden de contención y comenzaron a embestir al tiempo que sujetaba su cabeza con las manos, enredando los dedos en su pelo, mientras ella se iba moviendo hasta quedar posicionada a cuatro patas delante de él.

Aquello se podía definir con una palabra: perfecto.

Ella siguió chupándosela con la misma devoción, arqueando la espalda y él lamentó no tener un espejo en el dormitorio para poder ver ese culo en pompa.

—Hoy no quiero correrme en tu boca —gimió cada vez más descontrolado—. Bianca... Joder...

Agarró su pelo y lo sujeto en un puño, para que no interrumpiera la visión y, en un arranque de agresividad, tiró de él mientras embestía de una forma áspera, quizá demasiado.

Lejos de molestarse, gimió aún más, de tal manera que su polla fue la receptora de los murmullos de satisfacción y no podía aguantarlo más.

Ella levantó la mirada, buscando una explicación ante la súbita retirada.

—¿No quieres... que siga? —preguntó dubitativa ante la reacción de él. Por lo que ella estaba notando, la cosa iba más que bien.

—Joder, no lo dudes. Simplemente creo que hoy prefiero otra cosa —alegó inclinándose para besarla de nuevo, no quería que se sintiera mal.

Luke se demoró en el beso, nunca se cansaría de saborear sus labios. Después, aprovechando que ella estaba a cuatro patas se movió hasta situarse tras ella y le besó la nuca para, inmediatamente después y con un gesto muy posesivo, acariciar su espalda con la mano, sintiendo bajo ella cada vértebra y deteniéndose en su espectacular trasero, al que no sólo deseaba besar.

Tras dar un par de sonoros besos en cada nalga, no pudo resistirse a darle también un par de cachetes.

—¡Ay!

—No he podido aguantarme —alegó con una sonrisa pícaro.

Se estiró hacia la mesilla de noche donde se había preocupado de tener una buena reserva de condones y extrajo seis que dejó esparcidos por la cama, convenientemente a mano.

Se enfundó uno rápidamente y, sujetándola de las caderas, entró en ella de esa forma tan violentamente controlada.

Bianca cayó hacia adelante, apoyando la mejilla sobre la sábana y, con los brazos doblados, se agarró para no acabar en el suelo entre empujón y empujón.

Desde esa extraña postura pudo ver de refilón la expresión, concentrada y ceñuda de él, mientras la embestía sin descanso, consiguiendo rozar todas sus terminaciones nerviosas al

tiempo que la cama traqueteaba; el cabecero iba a dejar marcas en la pared de tanto vaivén.

Cerró los ojos, no porque se avergonzara sino para privarse de un sentido y así amplificar el resto.

El sonido de ambos cuerpos chocando, los gemidos y respiraciones erráticas. Sus manos aferradas con fuerza a las caderas, marcándola.

El sudor resbalando entre sus pechos, el cabello revuelto... Aquello era increíble.

Todos los detalles, por simples que parecieran, ayudaban a crear un entorno irreplicable.

Luke estaba satisfecho con el desarrollo de los acontecimientos, aunque quería algo más. No sólo darle un orgasmo, sino que además éste fuera inolvidable.

Ella empujaba su trasero hacia él, exponiéndose, llamándolo, tentándolo para que hiciera algo más que meterle la polla.

No se paró a pensarlo.

Estiró la mano y agarró la sábana con los dos nudos y la colocó en su coño, frotándosela de forma constante, sin dejar de embestir, consiguiendo que se empapara con los fluidos femeninos.

Ella estaba disfrutando como una loca, retorciéndose y jadeando, pero eso no era sino un paso previo a lo que quedaba por venir.

Dejó de atormentar su clítoris para desplazar los nudos empapados y posicionarlos sobre el fruncido agujero de su ano.

Empujó el primero y ella abrió los ojos como platos al sentir cómo algo extraño invadía su recto.

—Aún hay más —informó él sintiendo cómo apretaba aún más su polla al contraer los músculos en un acto reflejo.

—¿Cómo? —preguntó con la garganta seca de tanto gemir.

No hizo falta que se lo explicara con palabras, le insertó el segundo nudo.

A ella se le escapó una lágrima ante aquel extraño dolor, pero por dudoso que pareciera, no lo rechazaba, sino que deseaba incluso más.

Resulta muy extraño tener algo «allí». Le causaba una reacción ambigua. Por un lado, su cuerpo, no acostumbrado, quería expulsarlo, pero al mismo tiempo lo apretaba para causar mayor fricción.

Con cada contracción de sus músculos, él gruñía aún más fuerte, pues su miembro era el que soportaba los apretujones internos.

Aquello, definitivamente iba a sobrepasar a ambos.

Bianca estiró los brazos delante de ella y, en una postura de total sumisión, dejó que sucediera lo que tuviera que suceder. Inspirando para poder llevar algo de oxígeno a sus pulmones, retorciéndose con cada una de sus embestidas y sintiendo que algo increíblemente poderoso se estaba formando en su interior.

Luke tampoco estaba mucho mejor. El sudor le empapaba la espalda, pero no dejaría de penetrarla. Quería estar preparado por lo que asió con una mano el extremo de la sábana y tensó la tela, esperando que ella alcanzara el clímax.

—Córrete —ordenó él con voz áspera y jadeante—. ¡Vamos! —La espoleó sin dejar de entrar y salir de su cuerpo.

Ella tragó saliva, inspiró una última vez y gritó de forma desenfrenada cuando sintió la primera contracción. Pero eso era sólo el comienzo, pues volvió a chillar al sentir cómo, con un movimiento rápido, él extraía los nudos de su ano, multiplicando su orgasmo y dejándola sin fuerzas para más.

Casi al instante, Luke la siguió, explotando en su interior con una última arremetida.

Salió de ella y tuvo que apoyar las manos sobre sus rodillas para no caer hecho un guiñapo, Bianca, definitivamente, iba a poder con él.

El primero en recuperar, más o menos, la capacidad de hablar fue Luke.

Se estiró junto a ella y le acarició la espalda, un gesto tierno y poco habitual en él, pero que surgió espontáneamente.

—¿Más? —preguntó él sonriendo y apartándole el pelo para besarla, ahora con suavidad, muy lejos de los besos devastadores y abrumadores a los que ella estaba acostumbrándose.

—¡¿Más?! —preguntó confundida. ¿Era posible?

Y Luke se rió

—Por supuesto —aseveró todo ufano sin darse cuenta de que quizá él era el primer interesado en descansar.

Se volvió un instante para ocuparse de los detalles técnicos poscoitales que, si bien no son desagradables, sí le restan magia al momento.

Se deshizo del condón y, tras hacerle un nudo, lo dejó caer al suelo despreocupadamente para volver junto a ella, que no se había movido ni un milímetro.

Pasó una mano alrededor de su cintura y se pegó a ella. Le apartó el pelo revuelto del cuello y depositó un suave beso en su hombro.

Ella pareció reaccionar y se giró en sus brazos para mirarlo.

Con una tímida sonrisa le acarició el rostro, de esa forma suya tan pausada y él mantuvo el silencio.

Su sexto sentido debería estar advirtiéndolo de que esos momentos tan tiernos, que en otras ocasiones evitaba para no sucumbir a la tentación de decir alguna inconveniencia de la que luego debería desdecirse, o para que ellas no se hicieran falsas ilusiones, podían complicar mucho las cosas, pero no sintió aquella alarma interior que siempre se disparaba.

Luke prefirió apagar la luz y taparse ambos con el cobertor.

En muchas ocasiones era mejor guardar silencio, adelantar acontecimientos sólo serviría para estropear algo que de momento no tenía nombre.

Dormir junto a un hombre con el que acabas de echar un polvo de esos que hasta hace poco creías que eran una simple leyenda urbana podía tener sus ventajas, como, por ejemplo, sentirse arropada no sólo por las mantas, sino por un cuerpo caliente.

Recostada parcialmente sobre él, intentaba conciliar el sueño, se supone que queda muy romántico eso de dormir abrazados toda la noche, pero se apiadó de él y se apartó para que Luke liberase el brazo, pues al pobre hombre se le estaría quedando dormido.

Él se colocó de espaldas y ella se limitó a quedarse boca arriba, con las manos en el pecho. Normalmente se dice que son ellos los que corren a describir a sus amigos sus andanzas sexuales, pero en ese caso ella hubiera deseado poder explicarle a alguien todo lo que había sentido y experimentado...

No con afán de presumir, sino para que otra mujer le dijera si eso era posible o simplemente para que la pellizcara y despertara de ese sueño.

Y pensar que, hasta no hace mucho, ella era incapaz de llevar a la práctica sus teorías...

Sonrió en la oscuridad. Está claro que las cosas pueden dar un giro de ciento ochenta grados en apenas tres días.

Pero ahora, aunque la sensación de bienestar continuaba, la euforia iba descendiendo y tenía que empezar, ya que iba a tardar en dormirse, a pensar en el día después.

Carla le había repetido hasta la saciedad que es mejor, una vez que has disfrutado, volver a casa. No quedarte a dormir con un tipo con el que has follado. Pues compartir la cama implicaba más intimidad que el sexo.

Según ella, y Bianca no tenía dudas dada su experiencia, no siempre era buena idea enfrentarse al duro momento del despertar, más que nada porque lo que anoche te parecía maravilloso por la mañana te podía dar dolor de cabeza.

Además, una persona puede ser encantadora cuando persigue un objetivo, pero cuando ya lo ha alcanzado puede que no le apetezca verte y eso puede traducirse en incomodidad, largos silencios y despedidas con falsas promesas del tipo «ya te llamaré».

Miró de reojo a aquel hombre con el que posiblemente se estaba arriesgando más de lo necesario. Pero ¿quién deseaba, después de semejante polvo, vestirse y regresar a casa cuando se tenían las piernas hechas gelatina?

Y, además, sentía la curiosidad de verlo en otra faceta, no sólo como el hombre capaz de seducirla y meterse entre sus piernas. Quería ser testigo de otros aspectos, incluso, aun pareciendo una tonta, compartir con él algo tan elemental como un desayuno.

Nunca antes se había arriesgado tanto, pues siempre pecó de cauta y había tardado bastante más en acabar en la cama y eso era un tema que debía reflexionar.

Cosa que no le apeteecía lo más mínimo, ya que, para una vez que se atrevía a dar el salto sin red y dado que hasta el momento todo había sido satisfactorio, ¿por qué estropearlo con divagaciones que no llevan a ninguna parte?

Ése era uno de esos pocos asuntos en los que se podía ser irracional.

El sueño se fue apoderando de ella y, cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sola en la cama, completamente revuelta. La única luz que indicaba que ya era de día se vislumbraba a través de la puerta, pues la persiana continuaba bajada.

Se quedó tumbada, pensativa, y aunque habría deseado levantarse e ir al baño, optó por esperar a que él apareciera, pese a que no se escuchaba ningún ruido.

Se mordió el labio, no podía esperar más, así que tiró de la sábana y, tras ponerse en pie, se

envolvió en ella dispuesta a encontrar el cuarto de baño.

—Buenos días —dijo él con una sonrisa divertida al encontrársela envuelta en un tardío arranque de pudor—. Te traía el desayuno. —Mostró la bandeja y ella le devolvió la sonrisa.

—Necesito...

Luke entendió a la primera lo que necesitaba y se inclinó para darle un beso rápido y señalarle una puerta al final del pasillo y ella se encaminó hacia allí.

—Te espero en la cama —gritó él a sus espaldas.

Bianca regresó al dormitorio y se encontró una estampa como para babear y dejar caer inmediatamente la sábana con la que se cubría.

Allí estaba, mirando por la ventana, de espaldas a ella, con uno de esos pijamas negros, los cuales nunca parecen ser de la talla adecuada porque siempre quedan caídos, pero no lo suficiente.

¡Oh!, y pensar que anoche tuvo dudas sobre si debía quedarse...

Él debió percatarse de su presencia y se volvió.

—Bonito pijama —afirmó ella como una tonta al darse cuenta de que se lo estaba comiendo con los ojos.

Ese comentario pareció desconcertarlo y se encogió de hombros.

—Un regalo. Wella se empeña en comprarme cosas de éstas creyendo que voy a necesitarlas y mira por dónde tiene razón, es la primera vez que uso pijama —bromeó él con un guiño pícaro.

Él señaló la bandeja sobre la cama y ambos terminaron compartiendo risas, pero no el café que él preparó pues se quedó completamente descolocado cuando ella le confesó que aborrecía ese brebaje.

Tal afirmación derivó en una extraña discusión, pues Luke no llegaba a comprender cómo una persona podía vivir sin eso que ella llamaba «brebaje».

Cuando además ella reconoció su afición por los productos ecológicos, incluyendo la leche de soja, a Luke se le atragantó el café y no tuvo compasión al burlarse de ella.

Bianca no se quedó corta y le rebatió todos sus argumentos, pero al final, cuando el café estaba frío, las tostadas incomibles y el zumo derramado, ella acabó tumbada sobre las sábanas manchadas, él la hizo partícipe del tacto de su pijama, frotándose convenientemente entre sus muslos para que ella no dudara sobre la calidad del tejido.

Después ella intentó convencerlo de que se hiciera vegetariano pero él se negó y le demostró que nunca decía que no ante un buen trozo de carne mordiendo donde pudo y consiguiendo que ella chillase como una niña.

Al final tuvieron que levantarse de la cama, que daba asco, y se dirigieron hacia el cuarto de baño.

—Insisto —dijo él teatralmente—. Yo soy el culpable de que estés así y yo me voy a ocupar de dejarte como los chorros del oro.

Tiró de la sábana que ella había insistido en llevar desde el dormitorio, pese a que él quería ver ese trasero en movimiento, y la privó de ella para contemplarla completamente desnuda.

Ella señaló sus pantalones.

—Creo que sobran.

—Hagamos un trato justo —propuso él bajándose ligeramente el elástico y mostrando su tatuaje.

—¿Un trato?

Luke se acercó al armario y sacó sus útiles de afeitar, que colocó sobre el lavabo como si de un ritual se tratara.

—Yo me quedo sin nada...

—A mí no me queda nada que quitarme.

Luke se cruzó de brazos y adoptando una postura intimidante la miró entornando los ojos hasta que ella adivinó la dirección de su mirada.

Tragó saliva y negó con la cabeza.

—No lo dices en serio... —titubeó reculando, aquello no podía ser cierto, ¿o sí?

Pero él mantuvo su pose inflexible y, para demostrárselo, agitó el bote de espuma de afeitar de forma deliberadamente lenta, todo ello sin dejar de mirarla, o de inmovilizarla con la mirada.

—No quiero encontrar ninguna barrera entre mi lengua y tu coño.

Ella jadeó y aún no la había tocado.

—Antes debería ducharme... —comentó algo cohibida.

La noche anterior no habían jugado precisamente al parchís.

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro, no te preocupes por eso.

Se acercó a ella y agarró su mano para conducirla hasta la ducha, donde ajustó el grifo y, cuando comprobó que la temperatura era la ideal, la metió dentro.

Dejó que se mojara completamente y después cogió el bote, lo destapó y tras verter una cantidad generosa de espuma en su palma se colocó de rodillas frente a ella.

—No sé yo si...

—Abre las piernas. Yo me afeito todos los días —alegó para tranquilizarla.

Como era de esperar no lo consiguió.

Estiró el brazo y descolgó el teléfono de la ducha para dirigirlo a su entrepierna y humedecerla convenientemente.

Bianca se agarró a sus hombros para no caerse de bruces dentro de la ducha, pues en cuanto el chorro a presión de agua caliente impactó contra su clítoris sintió una extraña descarga... y aquello no había hecho más que empezar.

Aferrada a él respiró mientras sus dedos extendían la espuma por su pubis, enjabonándolo cuidadosamente, para que el producto ablandara el vello.

Para la ocasión eligió una maquinilla desechable nueva e hizo la primera pasada empezando por la parte superior, para que ella se fuera acostumbrando, ya que cuando llegara a los labios mayores debería quedarse completamente quieta para no hacerle daño.

—Relájate —sugirió él.

—Eso es fácil decirlo. Imagina que soy yo la que tengo esa cuchilla y que estoy cerca de tu... pene.

Luke sonrió de medio lado ante la propuesta que sus palabras encerraban.

—Todo se andará —murmuró sin decir que no.

Ella abrió los ojos como platos ante la posibilidad de ser ella quien estuviera de rodillas

frente a él... Consintiendo que rasurara todo su vello púbico... Oh, eso tenía que hacerlo como fuera.

Pero quien estaba ahora arrodillado era él, dando suaves pasadas con la maquinilla, golpeándola contra la porcelana para limpiarla y retomar su trabajo.

Cuando finalizó la parte más visible depositó un beso sobre la piel lisa y desprovista de pelo antes de proseguir.

—Necesito que ahora no te muevas y que mantengas las piernas lo más separadas posible —indicó antes de abordar la parte más complicada.

Para poder acatar sus indicaciones dejó de agarrarse a sus hombros y miró a su alrededor sin saber muy bien cómo montárselo.

—Espera un segundo —dijo al ver sus apuros.

Cogió el taburete del baño y le indicó que se sentara, de esa forma, él podía acabar de rasurarla y ella no tendría que hacer malabares para mantener el equilibrio.

Con sumo cuidado, separó con los dedos sus labios vaginales y, estirando la piel, fue deslizando la cuchilla, en suaves pasadas, sin ninguna prisa, disfrutando del momento tan íntimo que aquello entrañaba.

Cuando ya no quedaba ni un solo pelo, eliminó los restos de espuma con el agua, demorándose un poco más en la limpieza, pues dirigiendo el chorro hacia su coño conseguía que ella liberase parte de la tensión por habérselo permitido.

—Y ahora... —Cerró el grifo y se levantó para deshacerse de los pantalones, ahora empapados, y mostrar su polla en pie de guerra— El broche de oro.

Se apoyó en las rodillas de ella e inclinó la cabeza para lamer su piel completamente desnuda. Como él deseaba, sin ningún obstáculo.

Bianca no podía entender cómo, tras la noche tan intensa, su cuerpo estaba preparado, deseoso y ansiando más.

¡Y cómo respondía! Cuando ella se masturbaba, después pasaba una buena temporada sin pensar en el sexo, pero ahora, con él todo alcanzaba otra dimensión.

Luke no tuvo que esforzarse mucho, pues ella estaba completamente entregada y, apenas cinco minutos después, se corría en su boca y él maldecía por haberse dejado los condones en el dormitorio y tener que perder el tiempo en ir a buscarlos.

—¿Dónde has estado todo el fin de semana? —chilló Carla nada más verla entrar por la puerta a última hora del domingo—. ¡He estado preocupadísima! Y encima, como te empeñas en no tener un puto móvil.

Bianca la miró sorprendida y a punto de reírse. Se suponía que era al revés: Carla la irresponsable y ella la buena chica.

—Sólo te falta decirme que has llamado a los hospitales —respondió con ironía y se dirigió al sofá donde cayó con cara risueña y suspiró—. Tengo tantas cosas que explicarte...

Cerró la puerta de entrada tras de sí e intentó avanzar hasta el saloncito con su compañera de piso a rastras.

Una vez allí se quitó la chaqueta y dejó el bolso sobre la mesita de centro.

—Vaya... ahora resulta que por fin has descubierto que pasarte el fin de semana con un tío follando tiene efectos beneficiosos para la salud. —Su tono fue subiendo de intensidad—. Pero ¿eso qué tiene que ver con llamar a tu preocupada compañera de piso y amiga para decírselo? —preguntó como si de una madre regañona se tratase.

Bianca sabía que lo hacía con cariño así que no podía enfadarse. Aunque le estaba bien empleado, ahora Carla sabría lo que es estar en casa esperándola.

—Vale, lo admito... —Se rió tontamente—. Me despisté... Oh, Carla, no sabes lo que he vivido... lo que he sentido...

—Lo que has follado... —remató con guasa Carla abreviando.

Se le escapó una sonrisita y no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia.

—Sí, eso también —admitió suspirando.

Se dejó caer en el sofá, estiró las piernas y se tapó la cara con el brazo, su cuerpo aún se inquietaba cada vez que recordaba lo que había sucedido y no podía evitar tener una sonrisilla de lo más tonta.

—Me alegro. Lo necesitabas, tanta contención no puede ser buena —convino en tono práctico, sentándose junto a ella dispuesta a compartir confidencias y a darle algún que otro consejo. Para estas cosas de los hombres, Bianca era más bien confiada y le venía bien que alguien la espabilara de alguna manera—. Ya es hora de pasar página y volver a la realidad.

Se volvió para mirarla. Eso no era precisamente lo que estaba pensando. No, cuando su cuerpo aún vibraba al recordarlo. No, cuando aún sentía cierta tensión en algunas partes de su

anatomía.

—¿Pasar página? —preguntó sin querer comprender lo que eso significaba.

—Es lo mejor, créeme. Sé de lo que hablo —murmuró en tono reflexivo.

Bianca hizo una mueca, su amiga podía ser todo lo lanzada y descarada que quisiera, pero en el fondo no era más que una forma de autoengañarse.

Al no haber tenido mucha suerte con los hombres, y en eso estaban empatadas, no quería ni pensar en la posibilidad de encontrar a uno que mereciera la pena, ni siquiera lo intentaba.

Carla había optado por divertirse sin más por lo que sus palabras eran el reflejo de su vida desenfadada actual.

Que consistía básicamente en no establecer ningún tipo de lazo afectivo, así luego no se sentiría hecha una mierda cuando todo se fuera al carajo.

Teoría que no compartía, porque ella sí buscaba a un compañero con el que llenar su vida y Luke tenía, aun arriesgándose a adelantar acontecimientos, bastantes papeletas.

—No sabría decirte... Hasta ahora yo también creía que era imposible que me sucediera algo así.

Ambas permanecieron sentadas en el sofá un buen rato en silencio, cada una sopesando las palabras de la otra hasta que Carla, la más pragmática dijo:

—No te cuelgues de un tío que acabas de conocer, por muy bueno que sea en la cama, no puedes fiarte de él. Has dado un gran paso: antes te colgabas de uno y sólo le ponías ojitos, ahora por lo menos te lo has llevado al huerto.

—No seas tan cínica —resopló con cariño.

—Cínica o no, lo mejor es ser realista.

Se cruzó de brazos, Carla hablaba por propia experiencia, y sí, puede que hasta tuviera razón. Al fin y al cabo sólo habían sido ¿cuántos? ¿Tres días? En los que básicamente se habían dedicado a follar.

No sabía el motivo, pero intuía que podía haber algo más serio.

Hubo momentos, gestos, que así lo indicaban. O al menos ella quería verlo así, puede que fueran fantasías y que no llevaran a ninguna parte, pero a ella le gustaría creer que sí.

—¿Sabes? Cuando a ti te pase algo parecido voy a restregártelo por la cara —farfulló algo picada.

—No estoy intentando aguarte la fiesta ni nada parecido. Y quédate tranquila, a estas alturas no hay tío que me soporte. Y como lo de lesbiana no termina de convencerme... —ironizó Carla.

—A veces intento comprenderte, de verdad. E incluso ser como tú, pero no puedo, no soy capaz de hacerlo. A pesar de que... —Se sonrojó como un tomate maduro—. Esto... ¿puedo preguntarte una cosa íntima?

Carla arqueó una ceja divertida.

—No lo sé, te pasas el día diciéndome que sea más discreta y que no te cuente los detalles. Además, cuando alguna vez has llegado antes de tiempo y me has pillado en mitad de la faena, siempre te has enfadado.

—No seas rencorosa —dijo zalamera.

—Vaaaaale. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es... —se mordió el labio indecisa— hacer un trío?

—Hummm, depende. Especifica —indicó en tono prosaico molestándola.

—No utilices ese tono sabiondo conmigo. —La atizó con uno de los cojines del sofá. Ya era bastante vergonzoso preguntarlo como para que encima la tratara con condescendencia.

—A ver, es una pregunta de lo más lógica. Un trío son tres, dos y una o dos y uno. ¿A cuál de los dos te refieres?

—Carla... —advirtió.

—Personalmente me es indiferente, cada uno tiene su lado bueno. Al fin y al cabo nuestro cuerpo reacciona ante determinados estímulos, el que sea la mano de un hombre o la mano de una mujer... carece de importancia.

—Hummm...

—Dime qué estás pensando... ¡Un momento! ¿Ese tipo no te estará comiendo el coco para que hagas una tontería? —preguntó alarmada. Ella se había encontrado a más de uno que, al principio era todo amabilidad, pero que lo único que quería era llevarla a su terreno. No deseaba que su amiga se sintiera asqueada de sí misma al día siguiente por haber consentido una práctica por el mero hecho de contentar a un tipo.

—¡Será posible! ¿Tú, precisamente tú, me dices algo así?

—La cuestión es si a ti te apetece. No puedes hacer algo así sólo porque sea él el que te lo pide. ¿De acuerdo? —dijo Carla intentando comprender el cambio de su amiga. Definitivamente ese hombre era peligroso. Cosa que ya sospechaba.

—Ése es el problema... —admitió avergonzada— que a lo mejor quiero hacerlo.

—¡Bianca! Si me pinchan no sangro.

Ambas se echaron a reír a carcajadas ante el comentario pseudomojigato de Carla.

—Por eso te preguntaba.

—Mira, hay que estar muy segura. Y tener cuidado, porque puede que a ese tipo no le atraiga la idea. Algunos hombres se sienten inseguros cuando hay otro en el dormitorio. Lo de compartir no lo llevan bien. Si hubiera otra mujer la cosa cambia, para ellos ser el papel de calca entre dos pares de tetas es una vieja aspiración —bromeó para que la conversación no fuera tan formal.

—Tienes razón. No sé qué me ha pasado... —Negó con la cabeza—. Pero es que de repente he hecho cosas que... me vienen ideas a la cabeza que...

—No te preocupes, es normal, todas tenemos fantasías.

—Ya, pero tú las llevas a la práctica. —Podía parecer un reproche pero no lo era en absoluto. Entre ambas existía total confianza para hablar, aunque a veces se enfurruñaran.

—No siempre. Algunas son imposibles. Pero puedes empezar por añadir a un tercero sin comprometerte.

—¿Cómo?

—Invita a tu vibrador. Estoy segura de que él no dirá que no. Les encanta.

—No sé...

—Tú prueba, al poli seguro que le gusta. —Había hablado con tal seguridad que lo más probable es que tuviera razón—. Por cierto ¿sabe ya tu poli que eres pacifista, vegetariana y que colaboras con una ONG?

Bianca hizo una mueca y, ante su silencio, Carla llegó a la conclusión evidente.

—¡Joder!

—Sabe que soy vegetariana, pero lo otro... No.

—Claro, claro. Ya me imagino, no tuviste tiempo de decírselo, ¿verdad? —apuntó con sarcasmo.

—Con la boca llena no se habla —se defendió Bianca toda chula consiguiendo que de nuevo acabaran desternillándose de risa.

Cada una tenía su forma de pensar, pero estaba claro que no iban a ponerse de acuerdo en muchos temas. Sin embargo, eso no impedía que se llevaran más o menos bien y que la convivencia fuera agradable.

Hasta la hora de la cena, cuando Carla se acordó de otro detalle.

—¿Sabe ya Abby que te has tirado a uno de sus amigos fijos?

Bianca se atragantó con la comida y se apresuró a beber agua para poder hablar.

—No.

—Mal asunto. —Negó con la cabeza—. Ella dice que es como yo, que no le importa, pero yo sé que miente: está interesada en él. Se han visto varias veces y, aunque no hablan de ello, está claro que se gustan.

—No necesito oír eso —se quejó Bianca sintiéndose celosa.

—La verdad escuece, pero es mejor tener las cosas claras. Y no pretendo amargarte la historia, pero deberías tener cuidado.

—¿Y qué hago? ¡Maldita sea! Para una vez que me lanzo... ¿Le pregunto directamente a él?

—¡Ni se te ocurra! —exclamó rápidamente Carla—. Los hombres son como niños, como se entere que estáis las dos tras él os tendrá dando vueltas a su alrededor. No, definitivamente no.

—¿Llamo a Abby?

—Tampoco. Ya te he dicho que lo mejor es pasar página.

—¿Y si no puedo? —preguntó triste.

—Pues entonces lo tienes fatal. Tendrás que procurar no verlo...

—Eso tampoco será fácil... —Se mordió el labio antes de añadir—: Es amigo de mis jefes.

—¿Cómo?!

Bianca le explicó la relación existente a su compañera y ésta no paró de llamarla tonta, incauta... También se coló algún que otro gilipollas e inconsciente.

La poseedora de tales adjetivos se defendió alegando que no lo sabía, que había sido una casualidad y que fue la primera sorprendida, pero que ya no podía dar marcha atrás.

Carla masculló unos cuantos epítetos más a medida que cenaba y Bianca los soportó en silencio, más que nada porque creía que su amiga tenía razón.

Su jefa y Luke eran buenos amigos, ¿qué pasaría cuando se enterase?

Puede que no se enfadara, ni que la molestara, pero desde luego se generaría una situación incómoda.

—Qué mala suerte tengo. Para una vez que encuentro a un tipo así todo tienen que ser dificultades.

—De ahí mi teoría de no colgarme de un tío, por muy bien que folle.

Para Luke, el lunes era un día como otro cualquiera, o al menos debería serlo.

Tras un fin de semana intenso en todos los aspectos afrontaba la jornada más o menos bien. Aunque, ahora que lo pensaba, le hubiera gustado quedar en algo más firme con Bianca. Porque, contra todo pronóstico, no podía sacársela de la cabeza.

Quería volver a verla, a ser posible cuanto antes, pero había sido tan estúpido de no fijar una nueva cita. Sólo conocía su dirección y que vivía con una morena de muy mala leche.

Estaba sentado a su mesa, poniéndose al día con los informes pendientes y maldiciendo al que inventó el puñetero procesador de textos, que no le estaba dando más que problemas.

Miró de reojo. A un lado, junto a la estropeada taza llena de bolígrafos en su mayoría mordisqueados, estaba el sobre que había recibido a primera hora de la mañana por mensajero privado.

Dentro estaba el programa de actos. Algo típico de Dora, organizar hasta el último detalle. ¿Para qué cojones quería saber el menú si en esos sitios sólo se va a ver y dejarse ver? Además encontró una nota en la que le indicaba a qué hora lo pasaría a recoger y le recordaba cómo debía ir vestido.

Recordatorio que lo puso de mala hostia, pues sabía perfectamente cómo acudir, pese a que reconocía lo poco que le gustaba ir de etiqueta.

Desde que había recibido la correspondencia, se sentía fatal, y salir con ella le suponía un cierto grado de inexplicable inquietud.

De acuerdo, no era como si le estuviera siendo infiel a Bianca aunque presentía que no estaba bien.

Por dos motivos. El primero es que no tenían una relación formal, así que al no ser pareja técnicamente no podía ponerle los cuernos.

El segundo es que Dora era una tentación muy grande y, pese a que en los últimos días su deseo de desnudarla había bajado enteros, aún tenía la espina clavada y, claro, salir con ella suponía un riesgo.

—¿Interrumpo?

Luke levantó la mirada y advirtió con la misma a Aidan que no era buen momento para tocarle la moral. Pero, bien mirado, el chico no tenía la culpa de sus quebraderos de cabeza.

—Pues sí, para qué negarlo —le espetó medio en broma—. ¿Qué quieres?

—Invitarte a tomar un helado y que me cuentes tus penas.

Luke puso los ojos en blanco, no había manera. Cómo a este hombre no terminaban echándolo de los sitios era todo un misterio, pero que además, según se rumoreaba en el departamento, tuviera a todas las mujeres locas, eso sí que era propio de un Expediente X.

—Vale, vale, comprendo, hoy no estás de humor. —Aidan se sentó enfrente y le pasó unos documentos—. Es un informe del departamento técnico, cuando me pasé por la urbanización me di cuenta de un detalle: las cámaras de vigilancia no estaban correctamente enfocadas.

—¿Y eso qué quiere decir?

Luke no tenía en esos momentos la cabeza muy despejada para pensar, pero debía hacerlo y, ya que el chico estaba haciendo la mayor parte del trabajo más desagradable, por lo menos debía intentarlo.

—Podría pensarse que la empresa que las instaló no tiene ni idea pero no es así —explicó Aidan en tono serio, dejando a un lado su habitual sentido del humor—. Hablé con ellos. Al principio se mostraron reacios, como era de esperar, pues creían que si se los cuestionaba podrían perder el contrato de mantenimiento. Pero tras exponerles el motivo, accedieron a que acompañara a sus técnicos mientras revisaban todas las instalaciones. Entonces vi lo mismo que ellos y me convencí de que alguien las había movido.

—De ahí que, en vez de grabar a la gente paseando por la calle, salgan en sus casas.

—Exactamente. En esa posición podemos establecer los horarios de algunos residentes con precisión y también, aunque de refilón, se ven varias matrículas. En este punto tenemos más dificultades al no salir completas pero poco a poco vamos atando cabos y estamos cotejando datos, para ver si pertenecen a residentes o no. Luego revisaremos la lista. —Hizo una pausa—. Pero...

—No estoy para tonterías, ve al grano —le ordenó, aunque tenía claro que a su compañero le gustaba ponerlo de los nervios mareando la perdiz, así que se cruzó de brazos, controlando su impaciencia.

—No es lo único que me llamó la atención. Me fijé en que había demasiados cables de conexión —aseveró.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Muy simple, alguien movió la posición de las cámaras y, además, las pinchó para poder grabar vídeos caseros sin necesidad de salir de casa. Por supuesto, ya hemos desactivado esos empalmes, a excepción de uno, que controla el departamento de informática y del que estamos siguiendo el rastro. No hemos querido avisar a los perjudicados para no dar la alarma.

—¡Joder! —Luke se recolocó en su asiento—. Vaya panda de perversos, si querían ver porno podían al menos haberse gastado el dinero. Ahora la gente hasta piratea con sus vecinos... Espero que no se les haya ocurrido colgar esos vídeos...

—Lo mismo pensé yo, pero no, creo que eran para uso particular. Y añadiría afortunadamente, porque entonces sí que se podría armar una buena.

—Entonces los robos... ¿los llevan a cabo para conseguir una especie de trofeo? —reflexionó molesto con las tonterías de la gente.

—Tiene toda la pinta, desde luego.

—Muy bien, por lo menos, el caso va tomando forma. ¿Dónde están las grabaciones?

—Esto...

—¿Dónde?

—En el disco duro de la sala de proyecciones.

—¿Y por qué cojones están allí? No me lo digas, esa panda de salidos... En fin, espero que a nadie se le haya ocurrido hacerse una copia.

—No creo que sean tan tontos, saben a lo que se exponen —alegó serio.

—Eso espero —masculló Luke.

—Entonces ¿qué? ¿Vienes a tomar ese helado?

Luke lo miró como si no se lo creyera.

¿Era una fachada todo ese comportamiento de tontaina?

Porque a medida que lo iba conociendo se daba cuenta de que, cuando quería, se comportaba de forma profesional y sin rastro de ese maldito sentido del humor que tanto lo crispaba.

Tenía la mosca detrás de la oreja, pero de momento lo dejaría pasar.

—Pensé que era una de tus bromas sin gracia —le respondió negando con la cabeza. Tenía la esperanza de que ese chico dejara de decir sandeces y así convertirse en un buen compañero de trabajo tal y como demostraban sus informes que podía llegar a ser. Sin embargo, cada vez que añadía alguna gilipollez al terminar una frase, Luke se ponía de los nervios.

—Hoy estás más gruñón que de costumbre. ¿Qué te pasa?

—Oye, que quede claro. No voy a ir a tomar un puto helado y menos aún a hablarte de mis asuntos personales. Así que déjame en paz. —A ver si con un poco de suerte captaba la idea de que no le apetecía desahogarse en plan colega con nadie. Prefería quedarse solo rumiando sus asuntos.

—¿Te han dado calabazas? —preguntó Aidan pasando por alto la advertencia. Luke gruñó—. Vale, lo pillo, problemas de faldas. Soy todo oídos.

Se cruzó de brazos a la espera de que empezara a hablar, sin inmutarse ante la mirada asesina de Luke.

—¿Qué parte de «vete a la mierda» no entiendes? —le espetó malhumorado.

—Mira, podemos hacerlo de dos maneras. Tú me lo cuentas, yo te doy mi opinión y luego haces lo que te da la puta gana. O bien te pasas el día ladrando a diestro y siniestro, de mal humor y sin resolver nada. Tú eliges.

—No te das por vencido, ¿eh?

—Soy el que tiene que aguantar tu mal humor —alegó Aidan sin perder la sonrisa.

Luke sabía que, en el fondo, el chico tenía razón, aunque le jodiera reconocerlo. Pero tampoco tenían la confianza suficiente como para hablarle de la historia que había detrás de todo eso. Especialmente la referente a Dora, ya que iba a quedar como un tonto.

Pero, por otro lado, podría quitarse de en medio al señor Imán Femenino y, de paso, ver cómo se las apañaría en un caso similar.

Optó por darle una oportunidad.

—Muy bien, dime, ¿qué harías si una mujer a la que llevas persiguiendo durante años de repente te invita a salir?

—Deduzco que la has perseguido sin éxito y que es rubia. —Esto último era sencillamente para cabrearlo, por ser tan gruñón.

—No te hagas el gracioso —le advirtió.

—De acuerdo. Si la rubia es la del otro día te entiendo. Y no te lances a por mí cuando diga esto: yo también la perseguiría.

Luke, lejos de irritarse, y eso que había visto a muchos hombres entrar y salir de la vida de Dora provocándole rabia, se mantuvo tranquilo.

Y no sólo porque el chico de oro lo hubiera dicho desde el respeto, con admiración y advirtiéndolo previamente, sino porque en esos momentos, por difícil que pareciera, Dora no era una prioridad.

—¿Estás bien? —se preocupó Aidan ante su silencio y sobre todo ante su extraña calma—. ¿No hay un «te lo advierto»? ¿O un «te la estás jugando»?

—Se supone que eres un experto y que tus consejos valen su peso en oro —le dijo con rechino a ver si se daba cuenta de que no era para inflar su ego precisamente.

Pero Aidan lo sorprendió de nuevo, comportándose de repente como un adulto.

—A lo mejor ella simplemente quiere que la acompañes, no que la seduzcas. No la vi lo que se dice muy entusiasmada con ese plan. —Ante la cara que puso Luke añadió—: Sólo estoy intentando ser objetivo, no pretendo desanimarte.

—Aún no me has dicho qué harías en mi lugar.

—Ir a esa cena, pasarlo bien y no preocuparme del resto. Si ella, como tú crees, quiere algo más, te lo hará saber. No tiene pinta de ser tímida.

—No me convences. Dejémoslo estar.

Luke se puso en pie y agarró su chaqueta. Por supuesto, no iba a ir a tomar nada, y menos un helado, con su compañero. Por lo que lo dejó con la palabra en la boca, se dirigió a su casa y, a medida que conducía, se le fue pasando el cabreo.

Aidan tenía razón, ¿para qué obsesionarse?

Y siguiendo esa línea de pensamiento, ¿qué importaba ahora?

Puede que llevar años detrás de Dora fuera simplemente la fuerza de la costumbre y no un interés real. Se había establecido una especie de rutina: él la piropeaba, ella lo llamaba «chico malo» y todos contentos.

Luego ella se iba con su amante de turno y él con la suya. Nadie salía perdiendo.

Y ahora estaba Bianca, una mujer que le había tocado una parte a la que, hasta el momento, no había prestado ninguna atención.

Una mujer con la que había pasado el mejor fin de semana de su vida. Y no sólo porque hubieran acabado en la cama, sino por la forma en la que se habían desarrollado los hechos.

No hubo esa especie de barrera que él mismo se empeñaba en levantar, ni tampoco esa actitud, por parte de ella, de aceptar el pacto pero en el fondo querer convencerlo para que cambiara de opinión.

Eso marcaba una gran diferencia. Lo hacía sentirse cómodo y más relajado. Con ganas incluso de ver adónde podía llevar una posible relación con ella.

Y si además sexualmente hablando funcionaban, ¿qué más se podía pedir?

Como todos los lunes, Bianca había acudido a la ONG con la que colaboraba. Se reunían en el centro cívico del barrio y allí trataban varios temas.

Aunque en esta ocasión todos estaban disgustados, cabreados y con las caras largas ante la que se avecinaba.

Así que se dedicaron a organizar las protestas para que el ayuntamiento no clausurara el centro y poder seguir ofreciendo al barrio un lugar donde reunirse.

Bianca estuvo todo el tiempo junto a su hasta hace poco hombre ideal. Pensó que quizá se sentiría algo extraña ahora que sabía su orientación sexual, pero lo cierto es que no.

Aunque, cuando recordó la fantasía que tuvo con él, se sonrojó, no por el hecho de hacerlo sino por lo ridículo que le parecía ahora.

Cuando Josh la saludó con un beso fraternal en la mejilla, ella le sonrió y, a pesar del recuerdo de su fantasía, no se sintió, como en tantas otras ocasiones, excitada.

Y ahora, sentada junto a él en el parque mientras se manifestaban, junto a muchos vecinos, para impedir que les cerraran el centro cívico, no lo miraba como antes, como una mujer que creía estar enamorada; aunque, en realidad, la situación era la menos propicia para aquellas elucubraciones.

—Estás muy callada —dijo Josh a su lado.

Los gritos y protestas de los vecinos hacían difícil mantener una conversación, pero él se había acercado lo suficiente como para hacerse oír.

—Estaba en mis cosas, lo siento —se disculpó.

Vaya momento para ponerse a pensar. Hacía unos días, estar así, junto a él, era lo que más deseaba, ahora sólo sentía indiferencia y pensaba únicamente en Luke.

No la había llamado, no habían quedado en nada y ahora no sabía cómo actuar.

Pero tuvo que aparcar sus divagaciones al notar cómo la gente empezaba a correr, a chillar.

Josh tiró de ella para salir del parque a toda prisa. Era una protesta sin autorización y por lo tanto ilegal.

Se habían arriesgado y ahora todos los que no habían podido escapar estaban detenidos.

—¡Vaya tarde que llevamos! Esto, en vez de una comisaría, parece un centro comercial con

tanta gente entrando y saliendo —se quejó Aidan al llegar a su mesa.

—Ya me he dado cuenta.

Los dos oyeron el griterío del exterior y se asomaron para ver qué pasaba. Un montón de personas interrumpían el acceso con gritos y portando pancartas. Que él supiera, ese día no había previsto ninguna manifestación, aunque últimamente eso ya no podía saberse con certeza.

—¿Se puede saber qué coño hace tanta gente ahí fuera dando voces?

—Voy a enterarme, ahora vuelvo —dijo Aidan y regresó al cabo de quince minutos para ponerlo al corriente.

—¿Y bien?

—Parece ser que una asociación de vecinos había cortado un par de calles para protestar ante el cierre de un centro cívico. No habían pedido autorización y han detenido a unos cuantos y, claro, el resto está en la calle pidiendo su liberación. Pero eso no es todo.

—¿No?

—Cuando he bajado a los calabozos me han llamado porque ha saltado una de las alarmas que colocamos para pillar al *voyeur*. Lo traen para acá.

—Al menos, buenas noticias. Vamos a ver qué nos explica.

Los dos policías bajaron a los calabozos y pasaron por delante de varias celdas donde estaban los detenidos. Ambos se sorprendieron de que gente aparentemente normal estuviera allí. Distaban mucho de ser los típicos maleantes que siempre ocupaban esas celdas. Era gente normal y corriente, pero también debían esperar su turno ante el juez.

Luke se detuvo de repente y fijó la vista. Tras los barrotes estaba una mujer, rubia para ser más exactos, que ocupaba muchos de sus pensamientos.

—¡Joder! —exclamó.

Llamó a gritos al encargado y le pidió que abriera la puerta.

—¿Qué coño haces tú aquí? —preguntó cabreado a más no poder.

Ella se encogió de hombros y lo miró sin parpadear.

—Ven conmigo —ordenó conteniéndose para no montar una escena allí mismo.

Ella, en vez de salir rápidamente, como cabría esperar, se alisó la ropa y caminó muy digna hasta él.

Luke la asió de la muñeca y, de malos modos, tiró de ella para llevársela a una de las salas de interrogatorios donde poder hablar en privado.

—Dime qué cojones estabas haciendo para que te hayan detenido —masculló totalmente fuera de sí, una vez que estuvieron a solas y tras asegurarse de que nadie iba a oírlos.

Ella volvió a encogerse de hombros, irritándolo aún más.

—Ser una ciudadana comprometida —respondió tranquilamente.

—¡Y una mierda! —gritó perdiendo la paciencia.

—Puedes pensar lo que quieras.

—Oye, no estoy para bromas —dijo con voz amenazadora.

—Mira, chico malo, tú y tus órdenes te las metes por donde te quepan, ¿está claro?

—Me cago en la puta... ¿Desde cuándo te dedicas a protestar en la calle? ¿No queda un poco incoherente eso de protestar con zapatos de diseño y ser solidaria al mismo tiempo?

—Vete a tomar viento fresco.

—Dora, te has metido en un buen lío, dime qué hacías ahí, no juegues con esto.

—Ahórrate la intimidación. No nos van a hacer nada. No pueden, sólo somos honrados ciudadanos protestando.

Luke se paseaba como un león enjaulado por toda la sala intentando comprender, aunque fuera mínimamente a aquella mujer.

Dora Abott, la sofisticada, la relaciones públicas de éxito, la rubia adorada por los hombres (incluyendo hasta hacía poco a él mismo) y la que se gastaba en ropa y complementos verdaderas fortunas, detenida por manifestación ilegal. Tócate los cojones.

—¿Qué se te ha perdido a ti en un barrio como ése?

—¿Y a ti qué te importa?

Ella adoptó su pose de superioridad, mirándolo desafiante y para nada preocupada ante la situación en la que se encontraba.

Iba listo si pensaba acobardarla con ese teatro de poli agresivo.

—Dora...

Luke no podía dar crédito a aquella mujer, no era consciente de nada, se pensaba que estaba en alguna gala benéfica o algo así, no en la comisaría y detenida.

—Te lo diré si tanto quieres saberlo. —Ella examinó la destartada y frágil silla, pero como estaba cansada se sentó, sin perder un ápice de su pose—. Por cierto, ¿no vas a leerme mis derechos? —preguntó no sin cierta guasa, sabiendo perfectamente que eso lo cabrearía aún más. Pero no podía evitarlo, había sido así desde hacía años, ella sabía el motivo.

—Se acabó. —Golpeó la mesa bruscamente con la palma de la mano, sobresaltándola y mirándola, diciéndole sin palabras que ya estaba bien de pitorreo y que se le había acabado la paciencia.

—No soy tan superficial como crees —comenzó a explicarse porque tampoco quería tensar tanto la cuerda—. Colaboro con una ONG siempre que puedo y sólo queríamos llamar la atención. ¿Sabes lo que pretenden hacer?

—No —respondió algo más calmado—. ¿Quieres algo de beber?

—Humm, no sé, he visto *CSI*, ¿no será un truco para conseguir mi ADN? —No era lo más conveniente, pero le salió sin pensar.

—No me vaciles, que no está el horno para bollos.

—Está bien, sí, dame un vaso de agua —aceptó ella y se lo bebió de un trago. Eso de protestar y gritar en la calle daba mucha sed.

—Continúa —indicó él tras rellenárselo. Prefirió permanecer de pie a la espera de enterarse de lo ocurrido. Siempre y cuando a Dora no le diera por tomarle el pelo.

—Es muy simple, quieren dejar a esa gente sin su sitio de reunión, sin lugar para hacer actividades lúdicas y donde además la gente mayor puede pasar la tarde. No me parecía justo y como tenía la tarde libre...

Él entornó los ojos, ella continuaba su juego. Primero una explicación de una mujer comprometida para luego joderlo todo con un comentario de lo más frívolo.

—¿Y no podíais haber pedido permiso para organizar la manifestación como todo el mundo?

—Pues no, no había tiempo.

Él se pasó la mano por el pelo repetidas veces, hasta que fue encontrando una especie de mal menor que implicaba un método poco ortodoxo.

—Está bien. Vamos a hacer una cosa. —Apoyando las manos sobre la mesa se inclinó hacia ella para relatarle su plan—. Te quedas aquí e intento averiguar si han registrado ya el informe con el nombre de los detenidos. ¿Llevas la documentación encima?

—¡Me quitaron mi bolso Gucci! —dijo haciendo un puchero.

—No toques nada, no hagas ruido y espérame sentada.

—Vale —aceptó como si tal cosa, como si todo aquello no tuviera que ver con ella.

Luke salió cerrando de un portazo y refunfuñando como un viejo cascarrabias.

Aquella mujer no tenía término medio, era capaz de sacar de quicio a cualquiera y de diferentes maneras. Nadie podía acusarla de repetirse.

Pero lo importante ahora era sacarla de allí sin levantar demasiadas sospechas y sin que lo expedientaran a él, así que debería andarse con mucho ojo.

Aprovechando el barullo reinante pudo maniobrar bastante bien y, con la ayuda de Aidan, unas en eso de los ordenadores, pudo arreglar las cosas en menos de una hora. Por suerte, su compañero no hizo preguntas ni tampoco comentarios chorras, claro que seguramente al día siguiente se desquitaría a gusto.

Volvió a la sala donde había dejado a Dora y entró.

Allí estaba, tan pancha, sentada como si estuviera a punto de tomar un jodido té.

—Ya era hora —le dijo al entrar con un mohín de mujer consentida—. ¿Y mi bolso?

—A la mierda con tu bolso. Vamos, con ese traje pareces una abogada respetable, así que saldremos tranquilamente. He pedido un taxi para que te lleve a casa. Andando.

—Vaya modales, espero que de aquí al sábado mejoren.

—Déjate de gilipolleces y no me toques más los huevos —advirtió llevándola por los pasillos hasta la salida lateral.

El lateral del edificio estaba más o menos despejado, pero para llegar a la calle principal debían pasar por delante de los allí congregados, pues el taxi no tenía otro acceso. Sin soltarla del brazo y a remolque caminó entre la gente sin preocuparse de si se apartaban o no.

Dora lo seguía como podía, manteniendo el equilibrio sobre sus tacones, ya vería luego la forma de «devolverle el favor», porque una cosa era sacarla de allí y otra muy distinta las formas.

De repente chocó bruscamente contra su espalda.

—¿Qué haces tú aquí? —le oyó preguntar Dora con esa voz de cabreo supremo tan característica.

—¿Luke? —preguntó una voz femenina que no identificó.

Dora se apoyó en sus hombros para mirar y reconoció inmediatamente a la mujer.

Levantó una mano y llamó su atención.

—¡Hola! —dijo alegremente Dora tras él.

Luke inspiró profundamente, ¿es que hoy lo había mirado un tuerto?

Observó a Bianca, allí de pie, pancarta en mano sin podérselo creer. Definitivamente, ése no era su día.

—¡Hola! —respondió Bianca con una sonrisa, que borró de su cara al ver la expresión de él. Por lo visto, no estaba de buen humor.

—Ahora vuelvo —le dijo a Bianca apretando la mano de Dora para que no abriera la boca y estropeará las cosas, de lo que era muy capaz—. No te muevas de aquí, tenemos que hablar.

Joder, joder, joder, era lo único que le venía a la cabeza mientras continuaba caminando en dirección al taxi y así poderse librar de Dora.

Le dio al taxista la dirección, que se sabía de memoria, y volvió en busca de Bianca, que estaba junto a un tipo.

Un tipo que no se separaba de ella y que la trataba con demasiada familiaridad. Y eso no le gustó nada.

Llamó su atención colocándose junto a ella. Después cogió la pancarta que portaba y se la dio de malos modos al hombre para que ella pudiera seguirlo.

—¡Un momento! —interrumpió Josh—. No puede hacer eso.

—Vámonos —ordenó cortante, obviando por completo al acompañante.

—¿Lo conoces? —preguntó él mirando a Luke.

—Sí, no te preocupes. No pasa nada.

Como el hombre seguía sin estar muy convencido, Luke optó por llevar a cabo una política de hechos consumados, es decir, la rodeó por la cintura, la atrajo hacia él y, sin titubear, la besó allí, delante de todo aquel que quisiera mirar.

No fue un beso rápido, sino uno de esos bien largos, en los que no sólo unes los labios. Metes la lengua hasta donde hace falta sin importarte nada más.

Ella le respondió con entusiasmo. Puede que no la hubiera llamado, pero esa forma de besarla valía por diez llamadas.

Algunos de los presentes silbaron y aplaudieron pero hubo una persona que, desde su taxi, se quedó con los ojos abiertos como platos al presenciar la escena.

Con otra rubia a remolque entró en la comisaría y el agente encargado de vigilar la puerta lo miró divertido. Pero Luke ni se detuvo.

Otro motivo más de guasa al día siguiente.

—Ahora no —masculló al toparse con Aidan que lo andaba buscando.

Su compañero no se dio por aludido y lo siguió.

—Por lo menos sé un poco educado y preséntamela.

—Vete al carajo.

Pero las indirectas no estaban hechas para Aidan, quien, aprovechando la parada frente a los ascensores, extendió la mano en dirección a Bianca, con su eterna sonrisa seductora.

—Aidan Patts, compañero de este gruñón. Encantado.

—Bianca Horns. —Ella aceptó su ofrecimiento y añadió con otra sonrisa—: Un placer.

—Piérdete —intervino Luke molesto. Lo que faltaba, el imán femenino alrededor de su chica.

Sí, su chica, pensó al darse cuenta de lo que implicaba. Y oye, se sintió más a gusto tras aceptarlo.

Aidan se metió con ellos en el ascensor e inició una de esas conversaciones que a él le parecían divertidas y que a Luke le ponían de los nervios, pero para su sorpresa Bianca terminó por reírse.

—Deja ya de joder, Aidan —le espetó cabreado.

—¿Adónde vamos? —preguntó su compañero al ver que estaban alejándose de las salas de interrogatorios—. Se supone que tenemos que interrogar al chaval.

—¿Chaval?

—Es un menor, nos están esperando —le recordó.

—Mierda. Lo siento —le dijo a Bianca—. Tengo que ocuparme de un asunto urgente.

—Puedo encargarme yo, si quieres —se ofreció Aidan.

Luke negó con la cabeza y después hizo un gesto para que su compañero se alejara y poder hablar con ella a solas.

—Espérame en la cafetería de aquí al lado. ¿De acuerdo? Iré lo antes posible y después nos vamos a cenar o a jugar al billar, lo que tú prefieras.

Bianca se puso colorada como un tomate, pero negó con la cabeza.

—Prefiero irme a casa —alegó ella al recordar que Carla tenía el turno de noche.

—De acuerdo, pasaré por tu apartamento en cuanto acabe.

Se despidió de ella con una advertencia —que no se le ocurriera volver con los manifestantes — y con un beso del que, por suerte, solamente fue testigo Aidan.

—Debo quitarme el sombrero ante el maestro —murmuró el chico de oro cuando se quedaron a solas.

—Pero ¿qué bobadas dices ahora?

—Bueno, yo pensé que tenías problemas de faldas, pero no de ese tipo. Ahora entiendo tus dudas.

—Hay veces, sinceramente, que no sé si me tomas el pelo o si hablas en serio —farfulló Luke—. En fin, dejemos a un lado ese tema.

—Iba en serio, de mayor quiero ser como tú. Dos rubias para elegir... —apuntó con admiración.

—¿Ves? Ese tipo de comentarios son los que hacen que, en cuanto pienso que eres un adulto, tires por la borda mis ideas y vuelva a creer que eres un adolescente —le respondió no tan cabreado como podía parecer.

El interrogatorio fue rápido, ya que el menor, aconsejado por un psicólogo y por sus padres, admitió haber pinchado las cámaras de seguridad para llevar a cabo una especie de juego. Al principio, la idea era conocer la distribución de las casas y los horarios de los ocupantes para saber cuándo entrar y que no quedaran registradas esas imágenes, pero cuando visionaron las grabaciones en las que la gente, creyéndose a salvo dentro de su hogar, llevaba a cabo actos íntimos pues se les escapó de las manos y, como suele decirse, la avaricia rompe el saco.

El chaval admitió que había más chicos de su edad implicados y que los objetos sustraídos eran simplemente una evidencia de que habían superado las diferentes pruebas que ellos mismos se imponían.

Con los deberes hechos, Luke salió de la comisaría y se encaminó sin perder tiempo hacia el apartamento de Bianca, tal y como le había prometido.

—Vaya... si es el poli malo —le saludó la morena descarada vestida para matar.

Cielo santo, podía ser una maleducada, pero el vestidito que llevaba no dejaba nada a la imaginación.

—Buenas noches a ti también. ¿Está Bianca? —dijo pasando por alto su ironía e intentando no fijarse demasiado en el azul de su ropa para no tener problemas.

Sin esperar a que ella le diera paso, se adentró en el apartamento.

—Pues sí y supongo que piensas quedarte a... —Arqueó una ceja—. ¿Cenar?

Bianca apareció en aquel instante, y menos mal, porque llevaba un día... A diferencia de otras ocasiones en las que siempre la veía con uno de esos vestidos de punto, se había puesto cómoda con un pantalón blanco tipo yoga y una camiseta un tanto masculina, pero que marcaba un par de tetas espectaculares.

La policía no es tonta y sumó dos y dos.

Su amiga lista para salir...

Ella con ropa de andar por casa...

—Capto el mensaje. —Carla rompió el silencio—. Queréis quedaros solos. Me voy. —Pero en el último segundo se detuvo y gritó por encima del hombro—: ¡Ni se os ocurra tocar mi reserva de condones estriados!

Oyeron el clic de la puerta al cerrarse y se miraron sin saber muy bien cómo comportarse.

—¿Has cenado ya? —preguntó ella recurriendo a un tema inocuo.

—No —respondió evidenciando que tenía hambre y no sólo de comida.

Ninguno de los dos se movió.

Se respiraba la tensión entre ambos y necesitaban una forma de liberarla.

Ella se acercó lentamente y se quedó frente a él.

—Dame la chaqueta, así estarás más cómodo —le sugirió sin poder creerse lo tonta que estaba siendo.

—Mira, podemos hacer como que no pasa, como que no está ahí e ignorarlo. Intentar cenar y hablar de cualquier cosa pero los dos sabemos que nos va a resultar muy difícil —dijo él manteniendo la calma al darse cuenta de que iba sin sujetador.

—Entonces sólo nos queda una opción —adujo ella mordiendo el labio, un tanto insegura.

Luke decidió coger el toro por los cuernos y tiró de ella sin demasiados miramientos hasta que pudo colocar ambas manos en su trasero y acariciarla a placer.

Inmediatamente notó cómo ella le rodeaba el cuello con los brazos y echaba ligeramente la cabeza hacia atrás para que pudiera besarla.

A partir del mismo instante en que los labios de uno tocaron los de la otra se desató un vendaval.

Él la levantó del suelo y, en un extraño baile, la acercó hasta el sofá, donde dejó que se tumbara ella primero.

Tiró del cordoncillo que mantenía el pantalón en su sitio y después lo agarró de las perneras para sacárselo.

Bianca colaboró levantando las caderas y bajándose ella misma las bragas.

Como recompensa, recibió un sonoro beso en su pubis.

Él se descalzó de dos puntapiés y acto seguido llevó las manos a la hebilla de su cinturón para abreviar los trámites.

Antes de deshacerse de sus pantalones, extrajo de su cartera un preservativo que le entregó a ella.

Sin mediar palabra, Bianca rasgó el envoltorio y en cuanto él se bajó la ropa interior se dispuso a colocárselo, pero antes decidió besarle en la punta de su erección.

Él siseó y acunó su rostro, mirándola desde arriba sin saber muy bien cómo iba a ser capaz de hablar con ella llegado el momento.

Ante eso, Bianca descendió con los labios separados y húmedos dispuesta a lamerlo completamente.

Y esta vez no iba a tolerar interrupciones.

Él aceptó la propuesta y dejó que ella moviera los labios sobre su polla intentando no caerse de culo ante la imagen que tenía delante.

Ella, completamente desnuda, sentada ante él, con sus tetas bamboleantes, realizándole una

mamada de cinco estrellas.

—Pellízcate los pezones —indicó él con voz ronca, pero sin perder ese tono autoritario que a ella le encendía.

Bianca acató la orden llevando su propia mano hasta el pecho izquierdo y se acarició primero con recato para ir cogiendo confianza y terminar gimiendo sobre su miembro, cosa que a él le encantó.

—Eso es, un poco más fuerte —murmuró él animándola.

Aunque ella no lo necesitaba. Levantó la vista sin soltar su pene y se encontró con su mirada, los ojos entornados, pero que no se perdían ni un solo detalle.

Los sonidos propios de la succión resonaban aún más al reinar el silencio en el salón y, combinados con los gemidos de ambos, iban a acabar con el deseo de Luke de que aquello durase un poco más.

—¿Quieres que me corra en tu boca? —preguntó en un murmullo entrecortado cuando ella dejó de metérsela en la boca para lamer toda su longitud y mostrarle cómo su lengua humedecía toda la superficie.

No contenta con eso, bajó la cabeza hasta abarcar los testículos con la boca y presionar sobre ellos al cerrar los labios.

—Sí —contestó sencillamente mientras de nuevo se la metía en la boca.

Luke empezó a mover las caderas hacia adelante, de forma que iba asumiendo el control de la situación. Tampoco quería que se atragantase, pero se la estaba metiendo hasta el fondo y ella parecía disfrutarlo, pues se retorció sobre el sofá...

—¿Quieres correrte conmigo? —preguntó, apartándose un instante de su boca e inspirando profundamente.

Ella le mantuvo la mirada.

—¿Quieres que me toque entre las piernas?

—Es una idea, pero estoy seguro de que tienes un vibrador con el que hacerlo.

Bianca asintió.

Se puso en pie y corrió a su dormitorio mostrándole su apetecible trasero mientras él acababa de desnudarse.

Cuando regresó con el artilugio le indicó que de nuevo adoptara la posición anterior.

Él se arrodilló un instante para separar sus pliegues con el dedo y tras impregnar la punta del vibrador con sus fluidos se lo insertó y giró la base para que comenzara a vibrar.

De nuevo se puso en pie y, agarrándose la polla, la guió hasta sus labios para que ella retomara su tarea.

—Muévelo —indicó él refiriéndose al vibrador—. Hazlo como cuando te masturbas tú sola. Mientras yo continúo follándote la boca.

Bianca agarró la base y, siguiendo sus indicaciones, lo movió dentro y fuera de su cuerpo, retorciéndose de placer mientras no dejaba ni un milímetro de su erección sin estimular con la lengua, arañándolo incluso al dejar que los dientes lo rozaran levemente.

Él observó cómo se penetraba cada vez con mayor rapidez, jadeando sobre su polla, respirando sonoramente... ella estaba a un paso de correrse y él iba a la zaga.

Embistió con sus caderas, ya sin control alguno, dentro de su encantadora boca. Enredó las manos en su pelo para mantenerla bien pegada.

Bianca gimió con fuerza, totalmente entregada al placer de todo aquello cuando sintió el primer chorro de semen en la boca. Lo tragó sin pensarlo y, lejos de apartarse, dejó que él eyaculara completamente. Todo ello sin dejar de mover frenéticamente su propia mano, introduciéndose el vibrador hasta alcanzar el clímax.

Ella cayó hacia atrás y él de rodillas, abrazado a sus piernas, con la respiración jadeante. Él terminó por recostarse sobre sus rodillas y ella por acariciarle suavemente el pelo.

Si oyeron el clic de la cerradura indicando que alguien entraba en la casa, reaccionaron demasiado tarde.

—He olvidado mi barra de... ¡Oh, joder! —exclamó Carla al contemplar la escena.

—Mierda —masculló Luke.

Bianca se cubrió de cualquier manera y él agarró el cojín con la idea de tapar su polla.

Ni corta ni perezosa, Carla caminó hasta él y se lo arrancó de las manos.

—Ni hablar, tío. Que luego, cuando me eche una cabezadita en el sofá, puedo llegar a tener pesadillas al pensar lo que ha tapado —le dijo con total descaro mirándolo de arriba abajo y sin ruborizarse por ver a un hombre desnudo en el salón—. Tendré que cambiar de sofá, mejor dicho. A saber qué cochinadas habéis estado haciendo.

Bianca aguantó la risa, conocía a su amiga y, si estaba exagerando, era para molestarlo a él.

—Ya vale —intervino Bianca para que su amiga no se lo hiciera pasar muy mal.

—Vale, vale, ya me largo. Pero mañana no quiero ver ningún rastro de fluidos corporales en la tapicería, ¿de acuerdo?

—No tiene remedio —la disculpó ella cuando su amiga por fin, tras merodear más de lo necesario por la casa, decidió marcharse no sin antes guiñar un ojo cómplice a su compañera de piso.

De nuevo a solas, Luke masculló algún que otro creativo impropio pero terminó con un «joder» bien sonoro de los que nunca fallan.

Tras una buena ducha, Luke se plantó delante del espejo con la toalla enroscada en las caderas, dispuesto a afeitarse.

Eso de acudir a saraos donde la gente con mucho tiempo libre y ganas de figurar se pasaba la velada bebiendo y comiendo de gorra, diciendo estupideces y luciendo sus mejores galas no era para él, pero se había comprometido a asistir, por lo que no podía dejarla plantada en el último minuto y no le quedaba otra opción que ir.

Agitó el bote de espuma y, tras verter la cantidad necesaria, se embadurnó convenientemente la cara dispuesto a rasurarse.

Sonrió como un tonto al recordar la escena de hace unos días cuando siguió los mismos pasos pero con una destinataria diferente.

Poder llevar a la práctica un ritual así supuso no sólo obtener el placer que proporciona el momento sino que entrañaba mucho más. Ella le demostraba su confianza sometién dose a sus demandas y además disfrutaba con ello. Porque, al fin y al cabo, aquello era algo para ambos.

Unos de esos momentos inolvidables, más por lo que significan que por el hecho en sí. Uno de los muchos que le gustaría vivir con ella, porque ideas no le faltaban.

Mientras pasaba la maquinilla por su rostro, dio vueltas a la idea que le rondaba en la cabeza.

Tras la última noche con Bianca, por cierto memorable, había llegado a la conclusión de que ella era su futuro.

Admitirlo no le provocó rechazo ni ganas de salir corriendo.

Si en esos instantes se estaba arreglando para salir con otra, eso no era más que una casualidad.

Un hecho que podía considerarse el final de una etapa.

Sonrió como un tonto al recordar la noche anterior.

Bianca lo había ido a buscar a la comisaría y, pese al pitorreo de alguno de sus compañeros y las preguntas más que indiscretas de Aidan, él no podía ocultar la satisfacción de que su chica fuera a esperarlo.

De allí se fueron a cenar cualquier cosa con la idea de regresar cuanto antes y desnudarse mutuamente, pero lo curioso es que terminaron hablando hasta las tantas, sin darse cuenta que el resto de los clientes iba abandonando el local y ellos, en cambio, se ganaban miradas reprobatorias de los empleados, hasta que uno de ellos los advirtió de que iban a cerrar.

Tras la cena acabaron en casa de él, ya que Luke se mostró inflexible con la idea de volver a pisar el apartamento de ella mientras conviviera con aquella meticona morena. No le apetecía lo más mínimo que lo interrumpieran. No quería ir enseñando el trasero a una mujer que no parecía inmutarse ante la visión de un cuerpo masculino desnudo. Quería intimidad y nada mejor que su apartamento para eso.

Bianca accedió y nada más llegar no perdió el tiempo, se desnudó completamente mientras él, de espaldas, se alejaba en dirección a la cocina con la intención de preparar algo de beber.

Cuando regresó con las bebidas en la mano se le hizo la boca agua. No las dejó caer al suelo de milagro.

Ella aceptó su licor y lo bebió delante de él de la forma más sensual y provocadora que uno puede llegar a imaginarse.

Metió un dedo para mojárselo y después lo chupó, sacando la lengua, atrapándolo entre sus dientes... casi provocándole un infarto.

Pero no contenta con eso volvió a meter el dedo y esta vez se untó generosamente los pezones y por fin dio un trago.

Caminó hasta él y le ofreció uno de aquellos tentadores pechos para que él lo saboreara.

Y lo hizo a conciencia, con esa pizca de agresividad que a ella le excitaba de forma inmediata, consiguiendo que ambos acabaran en la alfombra del salón.

Él se pasó la mano por la cara como si no pudiera creérselo. Ni que decir tiene que su erección tensaba la bragueta de sus pantalones y eso sólo podía acabar de una forma.

Ninguno de los dos quería delicadeza, por lo que Luke, tras desnudarse y enfundarse un condón en un tiempo récord, se tumbó en el suelo y ella se subió a horcadas sobre él para devorarlo, literalmente.

Se frotó contra él, completamente desprovista de cualquier inhibición, besándole el cuello, lamiéndole la oreja, incluso mordiéndolo en el cuello.

Con su polla entre los muslos, se contoneaba sobre ella, consiguiendo que presionara sobre su clítoris de tal forma que sus gemidos eran cada vez más fuertes.

Luke sabía que terminaría llevando marcas, lo cual supondría una especie de orgullo y por eso no le importaba.

—Follar sobre la alfombra es una de mis fantasías favoritas —indicó él atrapando un pezón con el pulgar y el índice.

Ella gimió, tragó saliva e intentó decir algo coherente.

—Ahora también es la mía —pronunció con voz ronca moviéndose sobre él, aún con su erección entre los muslos pero sin dejar que la penetrara.

Luke le azotó el trasero y ella dio un respingo.

—Sé buena chica y deja que mi polla entre hasta el fondo.

—Espera un poco —le pidió ella negando con la cabeza.

Se deslizó hacia abajo de tal forma que acogió su erección entre los pechos y los apretó para conseguir la máxima estimulación, mientras que con la lengua lamía cada centímetro de piel al que tenía acceso.

Se lo pasó en grande en su ombligo y lo torturó a placer tirando con los dientes del fino vello

que cubría sus abdominales.

No podía quedarse quieto dejando que ella lo atormentara sin piedad, así que movió su pierna convenientemente hasta que consiguió encajar justo en su coño y sin ningún reparo empezó a moverla, de tal forma que estimulaba sus labios vaginales.

Ella se retorció sobre él buscando aún más fricción, al tiempo que bajaba un poco más para lamerle el glande.

—Joder... —acertó a decir él encantado con aquello, pese a tener puesto el preservativo.

Bianca se rió sin soltar su polla y continuó un rato más hasta que se dio cuenta de que necesitaba mucho más de él, sentirlo en su interior.

Así que decidió poner fin a sus manoseos y se posicionó encima de él, le agarró el pene y ella misma se ocupó de que entrara en su sexo, dilatándolo y haciendo que ambos gimieran plenamente convencidos de que aquello iba a ser más que un buen polvo.

Ella lo montó sin descanso. Apoyó las manos sobre su pecho, curvó los dedos, como si fueran las garras de una leona, y las movió hacia abajo marcándolo y sintiéndose más atrevida que nunca.

Con él desaparecían todos sus temores y todas esas inhibiciones que hasta ahora sólo perdía en sus fantasías. Con Luke era una nueva Bianca y estaba decidida a aprovechar el momento. Si aquello duraba un día, un año o lo que fuera, no se lamentaría ni un solo minuto.

—Vas a matarme —gruñó sudando bajo el increíble cuerpo femenino, embistiendo hacia arriba frenéticamente.

—Lo... lo mismo digo —convino ella deshaciéndose en cada embestida.

Y lo que comenzó siendo espectacular acabó siendo algo indescriptible, pues ninguno de ellos dos fue capaz de encontrar las palabras ante lo que sentían.

Cuando ella tembló, antes de un orgasmo de esos que creía imposibles, se aferró a él casi ahogándolo como si necesitara un punto de referencia tangible para convencerse de que no estaba soñando.

Luke volvió al presente cuando, ante tanto recuerdo, sintió que se había empalmado en el momento más inoportuno. Aunque no era para menos, recordar un revolcón así causaba ese efecto, por lo que en las horas siguientes debería hacer un esfuerzo para que no le vinieran a la cabeza imágenes de Bianca follándolo salvajemente.

Terminó de afeitarse y se limpió con la toalla del tocador los restos de espuma, echó loción para después del afeitado en las manos y se palmeó el rostro.

Cuando entró en su desordenado dormitorio, prueba inequívoca de que no había dormido solo, sacó un traje del armario y lo dejó sobre la cama.

Se quedó allí unos instantes mirando la ropa, todavía dudando acerca de si era buena idea cuando oyó el timbre.

Miró extrañado el reloj, faltaba casi una hora para que llegara Dora, pero como no dejaban de llamar se encaminó hacia la puerta asegurándose de que la toalla seguía en su sitio y no le jugaba una mala pasada.

Sin mirar por la mirilla, como se recomienda, bajó la manilla y se encontró una fantasía vestida de negro brillante en su puerta.

—Llegas pronto —protestó apartándose para que entrara.

Dora caminó delante de él y se pasó las manos por la cara, aquello iba a ponerse muy cuesta arriba si tan sólo el repiqueteo de sus tacones lo ponía cardíaco.

Sin preguntar, ella entró en el dormitorio y arqueó una ceja al ver la cama deshecha, era más que evidente que si sólo hubiera dormido las sábanas estarían más ordenadas.

—Veo que tu servicio doméstico deja mucho que desear —dijo ella quitándose su bolero para mostrar un escote que no ayudaba en nada a sus buenos propósitos.

Luke se acercó a Dora y la empujó fuera de su alcoba, ni loco iba a quitarse la toalla delante de ella y menos aún dejar que lo observara, pues a buen seguro empezaría a poner pegas o a hacer comentarios de lo más desafortunados.

—Está bien, está bien —accedió ella saliendo del dormitorio.

Él, una vez a solas, se sentó en el borde de la cama y, apoyando los codos sobre las rodillas, bajó la cabeza y se pasó las manos por el pelo intentando no volverse loco.

Joder, hasta hace poco la mujer que en esos momentos deambulaba por su apartamento lo atraía y sólo pensaba en el momento de llevársela a la cama y ahora, pese a que su polla iba por libre, su cabeza le repetía que eso no estaba bien, que debía contenerse.

Se quitó la toalla mojada y buscó en el armario ropa interior para empezar a vestirse.

A medida que se abrochaba los botones de la camisa llegó a la conclusión de que Bianca bien valía un esfuerzo y, si lo pensaba detenidamente, durante todos esos años en los que fantaseaba con la rubia que ahora lo estaba esperando, se divirtió persiguiéndola, de modo que quizá era mejor dejarlo ahí.

Cenaría con ella, pasaría una velada agradable y nada más.

Si su cuerpo reaccionaba ante ella, podía considerarlo como algo natural ante un estímulo y que todo funcionaba perfectamente.

Antes de salir de casa tuvo que soportar la inspección de Dora, que no paró quieta hasta darle el visto bueno.

Bajaron en el ascensor en dirección al garaje, ya que ella había llegado en taxi y Luke decidió llevar su propio vehículo.

Fue consciente de que ella lo miraba de forma extraña y eso no le dio buena espina, pero las puertas del ascensor se abrieron y accedieron al sótano.

Ella, como siempre, salió delante mostrándole su retaguardia y Luke prefirió no mirar. Iba a ser una noche muy larga, aunque al final tendría su recompensa cuando, tras cumplir con su compromiso, pudiera ir a buscar a Bianca.

Oh, sí, ése era un pensamiento a tener en cuenta para hacer más llevadera la velada.

Buscó las llaves del todoterreno en su chaqueta y apretó el mando a distancia. Los cuatro intermitentes parpadearon y se dirigió primero a la puerta del acompañante para abrísela a Dora.

No supo bien cómo o por qué Dora tropezó con él, se agarró a sus hombros y terminaron unidos, con el cuerpo de ella pegado al suyo y la carrocería como apoyo.

Ella se humedeció los labios, mirándolo fijamente, a pocos centímetros de su boca.

Él inspiró profundamente pero no se apartó.

Dora comenzó a acariciarle la nuca, metiendo el dedo por dentro del cuello de su camisa y

consiguiendo que él se arrimara aún más. Movi6 las caderas y, sin mucho disimulo, se frot6 contra su entrepierna logrando que 6l se empalmara.

Repiti6 el sugerente e infalible numerito de humedecerse el labio inferior y acerc6 los labios para decirle sin palabras que pod6a besarla.

Sus buenos prop6sitos se fueron por el retrete cuando le puso la mano en el culo para que el contacto fuera a6n mayor y le meti6 la lengua sin encontrar ninguna resistencia por parte de ella.

M6s bien todo lo contrario, Dora no era una mujer de las que esperan sentadas a que ocurran las cosas por lo que, sin perder el tiempo, llev6 la palma de la mano sobre su erecci6n y presion6 toda la longitud que la tela marcaba, arriba y abajo. Pero no era suficiente.

Mientras tanto 6l se afan6 por desabrochar el cierre superior de su vestido, un 6nico bot6n en el cuello que liberar6a la tela. Ya se hab6a percatado de que no llevaba sujetador, un detalle que prefiri6 obviar en su momento, pero que ahora le facilitaba las cosas.

Se abalanz6 sobre su pecho, abarcando uno con cada mano y amas6ndolos bruscamente, la respuesta de ella no se hizo esperar pues arque6 la espalda para que continuara.

Dora gimi6 cuando sinti6 el primer contacto de su lengua sobre uno de los pezones, nada amable, nada delicado, todo aspereza y brusquedad.

Movi6 la mano entre ambos cuerpos y tard6 muy poco en bajarle la cremallera y meter la mano para agarrarle su erecci6n y sentirla piel contra piel.

6l pas6 de los lametones a los mordiscos cuando ella comenz6 a masturbarlo con precisi6n.

—Luke... —jade6 suplicante deseando que le levantara la falda del vestido y se la follara all6 mismo, en el garaje, encima o dentro del coche, daba lo mismo. Sin preocuparse por si los ve6a alg6n vecino...

6l levant6 la cabeza de golpe y se dio cuenta de lo que estaba pasando. Se dio cuenta de con qui6n estaba pasando y, como si ella fuera una leprosa, se apart6, mir6ndola con asco.

La muy... zorra.

Lleg6 a una evidente conclusi6n: s6lo estaba jugando con 6l y eso s6lo ten6a una respuesta.

—Eres una gran hija de puta —le espet6 con rabia y odio.

Se abroch6 los pantalones y la dej6 all6 sin mirar atr6s.

Bianca se despidió de Wella con una fingida sonrisa.

Intentó acabar su jornada y se excusó para no quedarse a charlar un rato, como hacían muchos días, cuando su jefa llegaba a casa. Compartían anécdotas de los niños o simplemente comentaban alguna noticia.

La procesión va por dentro, como suele decirse.

En el trayecto de regreso a casa no dejó de darle vueltas. Ilusa y tonta eran los dos adjetivos que primero le vinieron a la cabeza.

Buscando un pensamiento positivo que la acompañara para minimizar los negativos se dijo que menos mal que era viernes y tenía todo el fin de semana por delante para refugiarse en su casa.

No quería poner en un aprieto a Wella y que ésta adivinase el motivo de su mala cara. Era ponerla innecesariamente en un compromiso y no se lo merecía.

Por casualidad había escuchado la conversación entre su jefa y su amiga acerca del evento al que Luke iba a llevarla y cómo Dora bromeaba sobre el chico malo y sus posibilidades.

Que Luke, ejerciendo de amigo, la acompañara no tenía por qué suponer ningún problema, pero el hecho de que se lo hubiese ocultado sí daba que pensar.

Por cómo lo explicaban quedó claro que él llevaba varios años tras ella, sin éxito, que prefería a las rubias y que era un hombre que jamás se comprometía.

No le gustó nada que esa mujer hablase de él como un tipo al que manejaba a su antojo, claro que, por lo visto, Luke estaba encantado con ello.

Aunque Wella había hablado de él con cariño, no podía negar el hecho de que el comportamiento de Luke fuera criticable.

Pero eso a ella sólo le producía tristeza.

Llegó a su apartamento sin ganas de hablar, sólo de refugiarse en su habitación, ponerse cómoda e intentar no llorar.

Carla la vio y se dio cuenta de que algo sucedía. Había dicho un «buenas noches» totalmente apagado, por lo que se encaminó al dormitorio y entró sin llamar.

—Vamos a ahorrarnos esa parte en la que yo te pregunto qué te pasa y tú me respondes que nada.

—No estoy de humor —murmuró Bianca mientras se cambiaba de ropa.

—Comenzaré de nuevo. ¿Tengo que ir a buscar al poli y decirle cuatro cositas?

—Carla, por favor. Deja ya esa actitud de matona de barrio. ¿Hoy no tienes ninguna cita?

—Pues sí y estará a punto de llegar. Pero me parece más importante estar contigo. —Carla se acercó a ella y la abrazó—. Vamos a comer helado y hablamos.

Bianca se resignó a acompañarla y terminaron juntas en el sofá. Como sabía que su amiga se marcharía en breve, no le costaba mucho aguantarla un ratito para que se quedara tranquila.

Cuando estaban acomodadas en el sofá con un buen bol de helado cada una llamaron al timbre.

Carla se acercó a la puerta, abrió y le dijo a quien quiera que fuera:

—Me quedo en casa, tengo la regla y no puedo follar. Ya te llamaré otro día. —Y cerró la puerta en las narices al visitante sin identificar.

Bianca puso los ojos como platos al escucharla.

—¿Cómo has podido soltarle eso? —preguntó cuando su amiga se sentó de nuevo en el sofá.

Carla se encogió de hombros.

—No es el hombre de mi vida y lo superará —respondió con total tranquilidad—. Ahora vamos con lo que te preocupa, de nombre Luke.

Bianca suspiró, se llevó una cuchara de helado a la boca y tras saborearlo empezó a explicarle lo tonta e ingenua que había sido al pensar en la posibilidad de que él también sintiera algo especial cuando estaban juntos.

Le relató igualmente la conversación que escuchó y por la que llegó a la conclusión de que él sólo la veía como un entretenimiento, una rubia más a la que tirarse mientras perseguía a la mujer de sus sueños.

Y para rematar hoy estaba con ella, en una cena de gala, acompañándola y divirtiéndose sin ni tan siquiera habérselo comentado.

Pero claro, ¿cómo iba a ser tan tonto de decírselo? De haberlo hecho estaría limitando sus opciones y le convenía tener a mano a una tonta como ella mientras conquistaba a la mujer de su vida.

Bianca intentó hablar como si ella no fuera la protagonista, como si fuera otra la afectada, pero resultaba muy difícil contener los sentimientos.

Lo peor del asunto no era enterarse de que él sólo pasaba el tiempo con ella, eso podría soportarlo si él hubiera sido claro desde el principio. Si hubiera sabido cuáles eran sus intenciones, podría haber decidido qué hacer y, de haber optado por arriesgarse, ahora no se sentiría una mierda.

Lo que realmente dolía era el hecho de que Luke se hubiera comportado como si realmente ella le importara, como si sintiera lo mismo y eso no podía perdonarlo.

La mintió, haciéndole creer en algo que no iba a suceder. La engañó con gestos que sólo pretendían tenerla contenta para poder continuar tirándosela.

Otra vez la misma historia.

Mientras hablaba, Carla se mantuvo en silencio, comprendiendo a su amiga y asintiendo. Aquello era una vieja cantinela, que por desgracia volvía a repetirse.

Circunstancia que reafirmaba su postura ante los hombres.

—Ahora es cuando me repites eso de «te lo dije».

—No quiero que me des la razón, quiero que seas feliz y que no sufras.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo y Bianca se sintió un poquito mejor.

—Es una pena que hayas abandonado tu etapa lesbiana —sollozó—, porque hasta podría intentarlo contigo.

La aludida sonrió.

—Sí, es una pena —concordó—. Pero si alguna vez me decido a intentarlo de nuevo, serás la primera a quien tire los tejos.

—Gracias —dijo sinceramente.

—De nada. Por lo menos dime si era bueno en la cama.

—¿Y qué importa ahora eso? —preguntó limpiándose la mejilla. Ni una lágrima más.

—Ya que estás hecha polvo por lo menos que haya compensado el desnudarte. Es que, reconócelo, llevabas mucho tiempo sin catarlo y eso no es bueno.

—Hummm. ¿Crees que por eso me he dejado llevar?

—Pudiera ser —admitió Carla pensando—. De ahí mi teoría, igual que recomiendo no ir al supermercado con hambre, porque comprarás lo que no necesitas, en el caso de los hombres ayuda a pensar con más claridad cuando follas regularmente.

—No es lo mismo...

—Pero sirve para tener las cosas más claras.

—Sigo pensando que algún día vas a tener que cambiar de opinión.

No respondió a eso último porque no quería entrar en detalles, ahora lo importante era ayudar a Bianca.

Tras la primera fase, la de expulsar los demonios, Carla decidió que lo mejor era pasar a la segunda, delimitar objetivos. Por lo que al día siguiente saldrían ambas por ahí con la firme intención de divertirse.

Bianca no estaba muy convencida, no era aficionada a acudir a los locales donde su atolondrada compañera de piso conocía a un sinfín de inclasificables hombres, a cada cual más pintoresco.

Sobre todo porque no encontraba la gracia al hecho de pasarse toda la noche encerrada en un sótano, con música atronadora de fondo y bebiendo combinados de nombres imposibles a precio de oro.

—Prefiero quedarme en casa, ya sabes que yo... —Intentó escaquearse con la excusa de siempre aunque intuía que esta vez tenía las de perder.

—Ni hablar —afirmó Carla toda decidida. Sabía que intentaría salirse con la suya y permanecer aislada en casa—. Mañana te vienes conmigo. No quiero dejarte sola porque al final terminarás encerrada en tu cuarto sufriendo en silencio.

—Ya sabes que en esos sitios me aburro —dijo de nuevo con la idea de no salir.

—¿Y cómo vas a conocer a hombres interesantes si no sales? —preguntó con intención de llevársela a su terreno y que se dejara de tonterías.

—Interesantes, lo que se dice interesantes... —Hizo una mueca. En los ambientes que tanto frecuentaba Carla rara vez iban hombres por los que ella pudiera sentir un mínimo de interés.

—No, será mejor follar con un tipo obsesionado con las rubias y que ahora está pasándoselo en grande con otra, mientras tú estás aquí hecha una mierda y, si le das calabazas, tiene a alguna, como Abby, siempre dispuesta —aseveró con sarcasmo para que reaccionara de una vez.

¡Qué mujer, lo que costaba llevarla a tomar una copa!

—No te entiendo. A ti no te importa acostarte con un tipo aunque lo acabes de conocer, esté casado, tenga novia... o se vaya cada día con una diferente, pero ¿yo no puedo? —preguntó Bianca algo molesta por la crítica de ella.

De acuerdo, había metido la pata, pero de los errores se aprende.

—Pues no, porque a ti sí te afecta. Sí, no me pongas esa cara, piensas que está mal. —Carla buscó el modo de hacérselo comprender—. Para algunas personas es fácil considerar el sexo como algo simple y primitivo, libre de cualquier sentimiento, una sencilla y primaria atracción y, a veces, ni eso, sino más bien una necesidad. —Hizo una pausa antes de rematar su explicación—. Los hombres llevan haciéndolo durante siglos, saben separar el sexo de los sentimientos y nadie los cuestiona por ello. Entonces ¿por qué voy a sentirme culpable por ello?

—Yo no te juzgo.

—Lo sé, pero mucha gente sí lo hace, porque es incapaz de entenderlo. Yo lo respeto. Tú eres de esas personas que no pueden separarlo y por tanto, al implicar sentimientos, cuando éstos te crean expectativas que después no se cumplen, te sientes defraudada. De ahí la desilusión, el desengaño, la traición...

—Visto así... —murmuró asimilando la explicación de Carla.

Tenía su lógica, pero, tal y como ella decía, no todo el mundo podía lograrlo.

—No le des más vueltas. Mañana saldremos de copas e intentaremos pasarlo bien.

—Vale, pero prométeme que si encuentras a un tipo interesante con el que llevar a cabo tus teorías no me dejarás plantada ni lo traerás a casa sin advertirme primero.

—De acuerdo.

—Muy bien. Eres la mejor amiga. —Al final terminó por aceptar que, al menos mientras saliera por ahí, no pensaría en él y, como conocía a su amiga, antes de una hora regresaría a casa y podría dedicarse a leer tranquilamente mientras Carla se divertía a su manera.

—Bien, ahora que tenemos claros los pasos a seguir, pasemos al punto tres: venganza.

—Carla... —protestó con una mueca.

—Oye, simplemente es una forma de decirlo, no estoy proponiendo que nos colemos en su garaje y le destrochemos el coche —se defendió—, simplemente podríamos no sé... ¿Darle donde más le duele?

—No soy partidaria de usar la violencia.

—No he dicho nada de darle una patada en los huevos, sino, por ejemplo, liarte con su mejor amigo —reflexionó entornando los ojos—. Eso no lo soportan.

—Te olvidas de un detalle —apuntó negando con la cabeza.

—¿Su compañero es un adefesio? —preguntó contemplando esa eventualidad al tiempo que buscaba una alternativa—. No hay problema, se busca otro y punto. —Y añadió con retintín—: Ésa es la parte más fácil.

—¡No! —exclamó Bianca al ver que Carla estaba desvariando—. Se supone que no quiero

saber nada de él, que me es indiferente y que voy a pasar página. Amén de no volver a tropezar, claro.

—Está bien, está bien. Hija, le quitas toda la diversión al asunto —alegó cruzándose de brazos.

Ya se ocuparía ella del punto tres...

—¡Joder! —exclamó de mala hostia al intentar meter la llave en la cerradura y ver que no encajaba—. Lo que me faltaba... —masculló intentándolo de nuevo, una y otra vez sin percatarse de un hecho. Era tal su enfado que no se daba cuenta de nada más hasta que se fijó en un pequeño detalle...

Era tal la ofuscación y el cabreo... La rabia y la mala leche que no podía ver con claridad. Sólo pensaba en refugiarse en su casa y no ser consciente de nada más.

Ni siquiera se había dado la vuelta, cuando la oyó moverse y llamarlo. Jodida zorra, tantos años perdidos, tanta tontería y ahora se sentía una mierda.

Sin perder tiempo, entró en su apartamento y fue quitándose la ropa hasta llegar a su dormitorio y tirarla de cualquier manera

Iba a quemar aquel jodido traje.

La cama seguía revuelta y poco le importaba.

Buscó entre el montón de ropa apilado en la silla y, con las prisas, se le cayeron varias prendas al suelo. Otra tarea más de la que se ocuparía cuando tuviera tiempo, es decir, nunca, y resolviera otros asuntos de mayor interés.

Agarró un pantalón de deporte y se fue a la cocina dispuesto a darse de cabezazos contra la encimera, porque no le apetecía darse otra ducha, y mucho menos una fría, para despejarse.

No era para menos, ni un guionista de cine habría conseguido crear una escena tan jodidamente surrealista.

Abrió el frigorífico y sacó un botellín de cerveza sin poder dar crédito a lo que había estado a punto de pasar.

—¡Maldita sea! —se quejó en voz alta mientras intentaba aplacar su cabreo entre sorbo y sorbo de cerveza.

Y lo peor de todo no era haber estado a punto de caer en la tentación, eso podría ser comprensible, bueno, a lo mejor no tanto.

Lo peor era, sin duda alguna, que Dora sólo había provocado aquella situación para divertirse y descojonarse de él. Tratándolo como si fuera uno más de esos hombres que la adulaban y con los que jugaba a su antojo, sin tener en cuenta el daño que pudiera causarle. Lo conocía y estaba al tanto de sus sentimientos.

Pero ¿por qué ahora?

En el pasado, ella tuvo infinidad de oportunidades para acercarse a él y, sin embargo, hasta el día de hoy nunca había dado el paso.

Llegó a una conclusión.

Lo más probable es que lo hubiera visto el día de la detención junto a Bianca y, como mujer, se dio cuenta antes que él de que no sólo la besaba como a una amiga más.

Y una mujer tan orgullosa como Dora no había podido resistirlo. Sabía que se acostaba con otras pero tenía claro que ninguna le había importado, hasta Bianca.

Luke nunca había negado la atracción que sentía por ella, pero, visto con perspectiva, aquel deseo inicial ya no era el mismo. Poco a poco se fue convirtiendo en una costumbre más; si de verdad hubiera estado loco por esa mujer, no habría perdido el tiempo limitándose a piroparla para después follar con otras.

Seguramente, a estas alturas, Wella estaría enterada del asunto y dentro de poco sonaría el teléfono pidiéndole explicaciones sobre su comportamiento.

Así que se adelantó a los acontecimientos y apagó el móvil, ya lidiaría con ella otro día.

Acabó su bebida y agarró otra, pero al momento se dio cuenta de que ése no era el camino a seguir. Emborracharse solo para encontrarse al día siguiente hecho una mierda y para el arrastre no solucionaría nada.

Necesitaba un plan de acción.

Punto número uno: despejar el terreno.

Y para ello nada mejor que un tipo atractivo. Encendió de nuevo el móvil y llamó a su compañero.

Lo mandaría a casa de Bianca para despistar a la morena y, de paso, se vengaba de él por tocarle los huevos.

Mataba dos pájaros de un tiro.

A la tarde siguiente, Luke, callado como una tumba, o mejor dicho diciéndole una verdad a medias, consiguió que Aidan lo acompañara.

Para poder utilizarlo en beneficio propio, lo engañó con la excusa de que necesitaba una pareja para la amiga de Bianca y no se negó. Sonrió como un tonto y se subió al coche.

—Aún no me has explicado qué tal tu cita de anoche —murmuró Aidan mientras se dirigían al apartamento de ellas.

—Aburrido —mintió con aplomo.

—No me quejo de mi vida sexual, pero lo tuyo no tiene nombre

—Odio que me hagan la pelota, y prométeme que no vas a decir ninguna estupidez delante de ellas —le advirtió pensando en la lengua viperina de la morena, ¡joder!, se lo iba a comer vivo. Porque sus planes eran llevarse a Bianca, que, si no, hasta pagaba por verlo.

—De acuerdo. No me has dicho a quién tengo que entretener, porque estoy seguro de que me has buscado a la más fea del barrio.

—Fea lo que se dice fea, no es, te lo aseguro. —Sonrió como un perro viejo, daba gusto poderle decir la verdad a un amigo.

—No me fío...

—Tú límitate a ser educado, sonreír y punto.

Cuando llegaron, Luke aparcó y se dirigió resuelto, con Aidan a su lado, hacia la casa.

Si, por un casual la morena no estaba, se disculparía con el chico, pondría cara de «lo siento» y lo despacharía con viento fresco.

Desde luego, ésa sería la mejor opción.

Encontraron la puerta de abajo abierta, una buena señal y subieron hasta el apartamento. Llamaron y, al abrirse la puerta, Luke se dio cuenta que hasta allí llegaba su racha de buena suerte.

—Vaya, vaya, pero mira quién ha venido —se guaseó Carla, vestida en esa ocasión con unos vaqueros ajustados y una escandalosa camisa roja transparente.

Aidan sonrió sin saber a lo que se exponía y Luke se coló dentro sin muchos miramientos

—Vengo a buscar a Bianca. ¿Está en casa? —preguntó conteniéndose para no ser excesivamente maleducado y registrara el apartamento. Miró de reojo a su compañero para que mantuviera el pico cerrado.

Carla se cruzó de brazos, aumentando el tamaño de su escote para alegría de uno y desesperación de otro.

—A ver, creo que tenemos un problema de oído. Te lo voy a explicar despacito para que lo entiendas —comenzó Carla en tono poco o nada amigable sorprendiendo a un Aidan perplejo—. Pasa de ti, así que ¡largo! —Señaló la puerta.

—No me toques la moral, que no estoy de humor. ¿Está sí o no? No tengo toda la noche para jugar a las adivinanzas. Si te apetece meterte con alguien aquí tienes al chico de oro.

El aludido se quedó de piedra al caer en la cuenta de la encerrona.

Sin dejar que respondiera, se adentró en la casa y llegó hasta la habitación de Bianca, llamó con los nudillos, esperó unos segundos y al no obtener respuesta bajó la manilla y entró.

Su desilusión se reflejó en el rostro al no hallarla dentro y, con gesto abatido, regresó al salón donde esperaba que esa deslenguada no hubiera hecho de las suyas con Aidan.

—Mira, chata, que no me interesas, que sí, que estás muy buena, pero no lo suficiente para aguantar tus estupideces.

Luke se quedó congelado al escuchar a Aidan.

—Oye, ojos azules, tíos como tú los hay a patadas. Soy yo la que ni muerta se acercaría a ti —contraatacó Carla altanera.

—Pues deja de mirarme como si estuvieras interesada. —Aidan le devolvió la pelota, seguro de sí mismo a una Carla que tardó más de la cuenta en responder.

—¡Que te den por el culo!

Aidan arqueó una ceja y bajó la voz para responderle y dejar zanjada la discusión:

—Qué más quisieras...

Ella se quedó muda.

En ese instante, Luke decidió intervenir despidiéndose de Carla con un gesto poco amable, convencido de que así no iban a ninguna parte.

Una vez en la calle dijo:

—Pero ¿qué coño te ha pasado? ¿Dónde está ese jodido encanto que las vuelve a todas locas?

—Ésta es imposible, lo admito —alegó Aidan sin perder el buen humor—. Pero me sigues

debiendo una. Por cierto, si de verdad te gusta Bianca, hazme un favor, trata mejor a sus amigas y espera en el coche a que baje

—No estaba en casa —le recordó con aire frustrado.

—Para ser un policía con experiencia pasas demasiadas evidencias por alto. Pero supongo que cuando uno está enamorado pasan esas cosas.

Aidan había pronunciado la palabra que ni él mismo se atrevía a sugerir. Implicaba mucho más que admitir una realidad. Implicaba asumir riesgos, comprometerse y en su caso, debido a la cagada monumental del día anterior, bajarse los pantalones.

—Vale, por una vez voy a hacerte caso

—¿Miraste en el cuarto de baño?

—Joder, no.

—Por la pinta que tenía tu «archienemiga» estaban a punto de salir y no precisamente a un concierto de música clásica

—¿«Archienemiga»? —repitió negando con la cabeza.

—Eso he dicho —admitió sin inmutarse—. Así que me imagino que de un momento a otro saldrán por esa puerta. Mi fallida cita de esta noche —ironizó— estaba ya maquillada, así que no tardarán mucho

—La madre que me parió, si hasta tienes razón.

—¿Quieres que me quede contigo en el coche para darte ánimos, cogerte de la mano y llorar juntos? —se guaseó sin piedad Aidan estallando en carcajadas.

Luke entornó los ojos.

—Hoy voy a pasar por alto tus tonterías, pero como vuelvas a insinuar una chorrada de ese calibre te parto la cara, ¿estamos?

—Joder, y yo que pensé que el amor conseguiría que fueras más tierno... En fin. —Se encogió de hombros—. Me voy a mi casa. ¡Suerte!

—La voy a necesitar, no creas —admitió en voz baja subiéndose al todoterreno para, como si de una misión de vigilancia se tratase, esperar su objetivo.

Sólo esperaba que a ese niñato no se le hubiera ocurrido mentirle en venganza por llevarlo a una encerrona, aunque desde luego, su comportamiento ante Carla le había hecho sumar muchos puntos. Los tenía bien puestos y, por una vez, ella se había quedado sin respuesta.

Encendió el equipo de audio del coche, con la intención de hacer más llevadera la espera. Linkin Park y su *Sacrifice* eran una buena compañía para pasar el rato.

Confiaba en que no fuera muy largo.

—No me siento cómoda con esto. Se me va a salir una teta —protestó Bianca mientras seguía a su amiga por la acera hasta el taxi que las esperaba.

Volvió a subirse el maldito top por enésima vez, iba a acabar haciendo el ridículo y muerta de frío.

—No se te va a salir nada, tranquila —respondió refunfuñando, porque, entre convencerla para salir y para que se «arreglara» un poco, ya no le quedaban energías

¿Cómo iba a permitirle que saliera de casa con uno de esos horrendos trapos a los que ella llamaba vestidos?

Se subieron en el taxi y no se dieron cuenta de que un vehículo seguía sus pasos.

Tampoco se percataron de que al entrar en el Hot, un local que Carla frecuentaba asiduamente, un poli con el ceño fruncido también accedía al local, eso sí con cara de pocos amigos y poco predispuesto a divertirse; no dejaba de mascullar por lo bajo al ver el atuendo que llevaba Bianca.

Un top sin tirantes y unos vaqueros ajustados, todo negro. Muy diferente a lo que él estaba acostumbrado, pero que, si bien lo ayudaba a desarrollar ciertos pensamientos de lo más sugerentes, lo cabreaba de igual modo porque el resto de los presentes acabarían teniendo idénticos pensamientos y eso sí que no iba a permitirlo.

Un pensamiento de lo más posesivo pero, sin embargo, inevitable. Y además nuevo en él. Hasta entonces, pocas veces se molestaba cuando su acompañante enseñaba más de lo prudente.

Dejó que las dos se acercaran a la barra, donde al menos la música no machacaba los tímpanos, y esperó impaciente a que se acomodaran antes de acercarse, a pesar de que se moría de ganas por resolver la situación.

Caminó hasta ellas y se colocó junto a Bianca.

—Buenas noches —les dijo a ambas, aunque sólo tenía ojos para una, e hizo una seña al camarero para pedir una cerveza y de paso pagar la cuenta.

Pero ese día no estaba bien visto invitar.

—Pensé que tenías más estilo —le espetó Carla apartando su dinero con desdén para pagar ella—. Mira que habernos seguido... Qué patético, por favor —resopló dando un sorbo a su copa y mirándolo como si fuera un escarabajo pelotero.

—¿Podrías perderte un poquito y dejarme hablar con Bianca sin interrumpir? —preguntó con

bastante sorna, ya que, de un modo u otro, se libraría de ella; pero tampoco era plan sacarla de allí a rastras y montar el espectáculo.

—Podría, sí, pero no me da la gana —le espetó sin inmutarse. Iba listo si pensaba llegar y besar el santo. Mejor ponérselo un poco difícil—. ¿No te has traído a Tintín?

Luke se atragantó con la cerveza, la jodida tenía gracia.

—Está bien, no te preocupes —intervino Bianca.

—¿Segura? —preguntó la otra por asegurarse, aunque al ver la cara de su amiga estaba claro que iba a caer rendida en cuanto el poli le soltase cuatro frasecitas tontorronas. Se acercó a su amiga y le susurró al oído—: No te preocupes, si tropiezas esta noche con él, mañana seguiré siendo tu amiga.

Daba gusto tener al lado a gente como ella, pensó Bianca cuando por fin Carla los dejó a solas, no sin antes mirar a Luke de forma reprobatoria, como si quisiera advertirlo de que lo estaba vigilando o algo así; pero él, lejos de amilanarse, se encogió de hombros.

—Vamos fuera, aquí no podemos hablar —pidió él agarrándola de la mano—, por lo menos sin que nos interrumpan —añadió refiriéndose a la morena, que no se había ido muy lejos.

Aceptó, principalmente porque a ella también la ofendía el volumen, aunque sabía que no era lo más idóneo.

Con la poca ropa que llevaba más de uno la devoraba con la mirada, así que se quitó su chaqueta de piel y se la puso encima; además de evitar mirones también evitaría un resfriado.

Se refugiaron en la zona de entrada, ya que ella se negó a salir al exterior y acercarse al coche.

—Dile a tu amiga que sobreactúa en su papel de protectora. Y también que se vaya acostumbrando a verme.

Ella no quiso analizar esas palabras, implicaban peligro.

Luke se pasó la mano por el pelo, intentando organizar sus pensamientos para, primero, no parecer un idiota, segundo, no utilizar tópicos, tercero, sonar sincero, y cuarto, no joderla.

Ella se mordió el labio y a él sólo se le ocurrió besarla.

Bianca no hizo amago de apartarse, sabía que debía pero deseaba ese beso, así que le rodeó el cuello con los brazos e intentó llevar a la práctica las teorías de Carla, pero no pudo.

Se deshacía, literalmente, consciente de que él únicamente la consideraba una sustituta, encantada de disfrutar de nuevo esa sensación, aunque falsa, de sentirse a gusto. Enredó las manos en su pelo y lo atrajo aún más hacia sí.

Fue él quien se apartó, sorprendiéndola, pues esperaba que las cosas se desarrollaran más o menos como siempre.

Él inspiró antes de lanzarse sin paracaídas.

—Antes de nada, necesito aclararte un par de cosas. Ayer...

—Sé lo que pasó ayer —lo interrumpió ella, decidida a ser fuerte, o al menos a serlo durante un rato, hasta que él volviera a besarla.

—Maldita sea... —farfulló molesto. Ahora sí que estaba jodido. A saber qué había ido explicando esa... de lo que pasó porque era capaz de ir a por ella

—Nunca hemos acordado exclusividad —prosiguió ella—. Así que no tengo por qué

sentirme molesta, si quieres salir con otras... es cosa tuya. —Mentir nunca es bueno, pero menos aún mentirse a una misma.

Volvió a despeinarse con la mano. Aquello era, sencillamente, increíble, cómo se podían torcer las cosas..

—No voy a negar que siempre me he sentido atraído por ella —comenzó mirándola a los ojos. Tenía mucho que perder admitiéndolo, pero si deseaba que aquello tuviera un mínimo de fundamento, o hacía bien las cosas o nunca tendría una nueva oportunidad.

—No quiero oírlo.

Ella apartó la vista, pero Luke la sujetó de la barbilla para que lo mirase.

—Y, de haberlo querido, ayer hubiera acabado follando con ella. —Había utilizado un vocabulario duro y quizá contraproducente, pero ni era amigo de endulzar la verdad ni quería hacerlo ante ella.

—¿Y? —preguntó tragándose una réplica más contundente a la par que el orgullo; lo mejor era no seguir escuchando, pero por una extraña razón quería oír sus explicaciones o, más bien, justificaciones.

—Pero si la rechacé, fue por ti, Bianca. En el momento que la toqué lo supe

Ella sintió el escozor que suponía escuchar esas palabras. Aunque prefirió no demostrarle hasta qué punto la afectaban.

—Vaya, así que por mi culpa anoche te salió rana. Cuánto lo siento.

Luke resopló, entendía que no asimilara bien la información, pero esas palabras, sin duda alguna, eran producto de una mala influencia que no andaba muy lejos. Y también la luz al final del túnel, pues, por el tono, adivinó que no era tan indiferente como pretendía.

—Pues yo no. ¿Sabes por qué?

—Ahora vas a decirme que pensabas en mí, que no era yo, que te diste cuenta en ese instante que yo era lo más importante y la rechazaste.

—¡Coño, pues claro! —exclamó tras oír la explicación más coherente y sencilla de todo aquello.

Tenía que haber empezado por ahí para amortiguar un poco las malas noticias.

—Y has vuelto porque no puedes vivir sin mí, porque soy especial y porque tu vida no vale nada si no estoy a tu lado.

A la segunda, Luke pilló el sarcasmo, aunque decidió aprovecharlo en beneficio propio.

—Se te ha olvidado... —Puso las manos en sus caderas. Que tienes el mejor par de tetas que he visto en mi vida, tanto en la versión para todos los públicos como en la versión para mayores de dieciocho —mencionó separando ligeramente el top de su piel y echando un vistazo.

Ella entornó los ojos. Así no había manera de ser fuerte.

—¿Sólo estás aquí por mi delantera?

—No —aseveró serio—. Estoy aquí para que sepas lo importante que eres, que esto no ha hecho más que empezar y que estoy seguro de que tú piensas lo mismo que yo.

—Das mucho por sentado —murmuró ella escondiendo una sonrisa; seguía sin tenerlo del todo claro. Esas palabras podían obedecer sólo a un interés partidista, para salirse con la suya y volver a verla desnuda.

Ante su indecisión, él se inclinó hacia adelante para hablarle al oído. Había cosas que sólo se podían decir de esa forma tan íntima; incluso si estuvieran completamente solos lo haría igual.

—No me provoques, porque soy capaz de llevarte al aseo y follarte allí mismo, mientras la gente golpea la puerta para entrar y tú entre tanto no dejas de jadear y de arañarme la espalda.

Ella tragó saliva ante la imagen que se formó en su cabeza

Pero no era el momento de fantasías, sino de ser realistas.

—Luke, te agradezco el cumplido. No puede ser. Tienes una forma muy particular de ver las cosas y yo no soy así. Necesito otro tipo de relación. Reconozco que el sexo contigo es increíble, pero es insuficiente.

—Si lo dices por lo de anoche...

Ella le puso una mano en la boca para que no buscara más excusas.

—No sigas. Ése no es el motivo y lo sabes.

No estaba dispuesto a dejarse vencer y ni mucho menos a apartar las manos de sus caderas. Las movió despacio, hacia atrás, abarcando su trasero y acariciándola.

—Vamos a ver cómo hago para explicarte que no te quiero... —A ella casi se le para el corazón. Sólo por el sexo. Como bien dices, entre nosotros el sexo es mejor que bueno, pero puedo conseguir que lo sea aún más.

—Lo dices para que me acueste contigo esta noche.

—Por supuesto que quiero follar contigo esta noche, y mañana, y pasado, y la semana que viene...

—¿Podrás... —Él arqueó una ceja ante la duda— conformarte sólo conmigo?

—Haré un esfuerzo —bromeó, aunque en el acto añadió—: Y estoy dispuesto a empezar a esforzarme ahora mismo.

Ella miró a su alrededor, algunas parejas demostraban su afecto o sus ganas de triunfar esa noche sin ningún pudor. Ella no tenía muy claro si ser observada le resultaría excitante.

Luke siguió su mirada y lo que era un interés más o menos controlado de su miembro pasó a ser una respuesta en toda regla ante la posibilidad de montárselo con ella allí mismo.

Pero claro, si te acabas de declarar, queda bastante mal añadir una proposición poco decente.

Ella gimió bajito y él no pudo pensar en otra cosa.

—Antes de nada, quiero dejar clara una cosa. Vamos a follar... aquí, pero después vendrás conmigo a casa, nos desnudaremos y hablaremos de muchas cosas. Entre ellas, qué lado de la cama prefieres para dormir y de qué color quieres pintar el salón.

Bianca lo miró horrorizada y excitada ante la sugerencia, a la par que desconcertada con su declaración.

—¿Qué me estás proponiendo exactamente? —le preguntó aferrándose a él.

—¿Tú qué crees? —Movié las caderas contra ella para que no albergara dudas.

En respuesta, ella decidió ser un poco mala y le acarició disimuladamente la polla por encima del pantalón, mientras pensaba en lo que él había dicho.

—¿De verdad quieres que lo hagamos aquí y que luego me mude a tu casa? ¿Me estás proponiendo una relación seria? —Él asintió—. ¿Y no vas a sentirte mal cuando te diga que te quiero y espere lo mismo de ti? —Él negó sonriendo—. Bueno, entonces supongo que todo lo

que me has dicho es verdad...

—Sí —aseveró con rotundidad antes de besarla descaradamente.

Bianca le devolvió el beso de la misma forma, podía estar metiendo la pata hasta el fondo con él o simplemente podía estar loca por creer en él

No obstante, era una oportunidad que no debía desperdiciar.

Él se había arriesgado sincerándose acerca de lo que creía sentir por otra mujer y eso no es fácil de admitir delante de otra.

—¿Estás segura? —preguntó metiendo la mano por debajo del elástico de su top hasta alcanzar su pezón y aprisionarlo con dos dedos. Lo encontró duro y desafiante por lo que no dudó en ejercer presión durante unos segundos antes de volver a soltarlo.

Ella fijó sus ojos en él como si fuera insuficiente, rogándole con la mirada que necesitaba mucho más.

—No, pero quiero hacerlo... —gimió junto a su oreja algo avergonzada por si alguien se daba cuenta—. Me siento...

—¿Excitada?

—Mala —murmuró sonrojada.

Vergüenza que, por otro lado, quedaba totalmente derrotada por el deseo y el peligro de continuar

A él le encantó esa actitud.

Luke, decidido —¿quién era él para oponerse a sus deseos?—, le cogió la mano y caminó con ella, atravesando el local, dejando atrás la zona con menos luz, hacia la parte trasera, donde abundaban las parejas más preocupadas de meterse mano que de escuchar música.

Pasaron por delante de los aseos, donde se veía una larga cola para entrar, un lugar muy habitual en el manual de posibilidades del sexo nocturno ocasional. Para ellos no significaba lo mismo, desde luego, aunque tal y como estaba aquello no podían esperar

Aquello estaba de bote en bote y ella pensó en cómo se las arreglaría para acceder. Si tardaba más de la cuenta puede que su cordura regresara de vacaciones y daría marcha atrás, sin embargo Luke tenía otra idea en mente. Llegó a la parte de atrás, donde estaba la salida de emergencia, apoyó la mano en las pesadas barras antipánico y abrió sin miramientos las puertas que conducían a un estrecho patio que utilizaban de almacén.

—Me vuelves loco... Mira lo que estoy a punto de hacer. —No era, bajo ningún concepto, una queja, sino más bien una constatación.

Luke se giró rápidamente y tiró de ella para tenerla bien pegada a su cuerpo

—Pues parece que no te preocupa demasiado —le respondió apretando la palma de su mano contra su erección.

Él se ocupó de buscar en su cartera un condón para tenerlo a mano y después se lanzó a por su boca, avasallándola sin piedad, sujetándola de la nuca, mientras iba arrinconándola, a

trompicones, hasta que ella apoyó la espalda contra la pared de ladrillos.

Mientras ella lo magreaba a base de bien por encima del pantalón, él metió las manos por dentro de su propia chaqueta hasta agarrar con ímpetu el borde superior elástico del top y bajárselo hasta la cintura, dejando al descubriendo aquel par de tetas que tanto lo atormentaban para poder tocarla a su antojo, sin ningún tipo de restricción.

Acunó ambos pechos, con cuidado de que no se cayera la chaqueta al suelo y ella empezó a pelearse con la hebilla de su cinturón.

Tras varios intentos fallidos, pues él continuaba enredando con sus pezones, dificultando el acceso, consiguió desabrochárselo entre jadeos y gemidos. Apartó la tela vaquera hasta dejarla por debajo del trasero, junto con sus *bóxers* y por fin tuvo acceso a su polla, lista para la acción.

Entonces comenzó a acariciarlo con algo más de brusquedad de lo habitual, sin duda influenciada por las prisas, deleitándose con la expresión de él, a medio camino entre la impaciencia y el placer que le proporcionaban sus manos.

Pensó que podía darle algo mucho más intenso a la vez que perverso, por lo que se dejó caer de rodillas y, sin darle tiempo a reaccionar, se la metió en la boca al tiempo que con una mano lo agarró por la base para poder masturbarlo.

—Bianca... joder, no sé si... —balbuceó totalmente perdido. Aquello, aunque jodidamente bueno, no era lo previsto.

Ella sabía que no tenían tiempo, que ahora no era el momento para entretenerse. No importaba, ella quería hacerlo. Arrodillarse delante de él, en un callejón donde podían pillarlos suponía una especie de desconocida fantasía y no podía dejar la oportunidad de llevarla a cabo.

—No —ordenó él, realizando un tremendo esfuerzo para negarse; se apartó jadeante para levantarla—. No me parece justo —murmuró en voz baja y áspera besándola como nunca antes lo había hecho, con ternura, acunando su rostro y acariciándole las mejillas con los pulgares.

—¿Por qué? —preguntó ella aferrando de nuevo con la mano su erección, tan dura como antes y resbaladiza por su saliva; aunque no era lo mismo, tendría que servir.

—Me encanta follarte la boca, pero hoy tiene que ser todo para ti.

Ella sonrió como una tonta

—No necesariamente

—Cariño... —protestó de nuevo cuando ella, que al parecer tenía otra idea en mente, continuó masturbándolo cada vez con más rapidez y él intentaba a duras penas mantenerse en pie—. Cuando lleguemos a casa te vas a enterar —la amenazó mientras buscaba apoyo colocando la mano sobre la pared tras ella, y con la otra acariciaba la curva de sus pechos o aprisionaba los pezones de una forma casi violenta.

—¿Qué vas a hacerme? —preguntó con voz sugerente mientras no dejaba de meneársela y él de retorcerle un pezón.

Con el ritmo que estaba imprimiendo, él iba a correrse de un momento a otro, sus caderas embestían contra su mano de una forma frenética y desesperada.

—Te pondré boca abajo en la cama... y me ocuparé de que tu bonito trasero sepa lo que es bueno.

—¿Ah, sí? —preguntó mordiéndose el labio; esas palabras prometían mucho más que un

simple castigo.

Luke se conocía y sabía que estaba más que en el límite, en aquel callejón sin salida y a manos de una rubia con un futuro prometedor por delante para ambos.

Joder, era un cabrón demasiado afortunado.

—Y me ocuparé de calentártelo a base de bien...

—Mmmm... —ronroneó aceptando tácitamente cualquier cosa que él llegara a proponerle. Porque, hasta la fecha, no podía negar que todo cuanto hacían superaba sus expectativas.

—Primero con mis manos, un buen par de azotes, de esos bien sonoros... De esos que te dejarán la piel colorada... incluso irritada.

—Más —gimió ella tan excitada con sus palabras como él con su mano.

—Después... —inspiró—. Después pasaré un buen rato calmando con mi lengua toda esa piel enrojecida.

—Me parece muy bien, ¿y qué más?

Ambos gimieron completamente perdidos en lo que estaba sucediendo.

—Puede que decida ir un poco más allá... —acertó a decir con la boca seca.

—Hay algo que me preocupa... —susurró ella tentadora, ardiente, receptiva—. ¿Cómo vas a lograr que me quede quieta? —replicó ella provocándolo.

—Estoy seguro de que, cuando te agarre del pelo y te inmovilice bajo mi mano, permanecerás a la espera sin mover un músculo... Joder, estoy a punto de correrme.

—No sé si podré aguantarlo —musitó en un extraño estado de excitación, realmente ella era quien estaba masturbándolo a él, sin embargo cada palabra resultaba más fuerte que algunas caricias.

—Lo harás —sentenció con voz de ordeno y mando—. Cuando me sitúe detrás de ti y pueda recoger cada gota de la humedad de tu coño con mi lengua... —Se relamió como un gato goloso—. Al mismo tiempo que mis dedos buscarán tu apretado culo para dilatarlo, y acto seguido...

Ella inspiró con brusquedad, una cosa era penetrarla con un dedo y otra muy distinta lo que él sugería. Aun así, pese al miedo, lo deseaba.

—... conseguiré... —También tuvo que llevar aire a sus pulmones porque iba a explotar de un momento a otro entre sus manos—. Conseguiré ser el primero y el último que se folle ese bonito y provocador trasero.

—¿Me dolerá? —gimió completamente entregada, porque, aunque la respuesta fuera un sí, lo haría de igual modo. Sólo quería oírsele decir.

No pudo responderle porque la tensión que recorría todo su cuerpo se concentró en un solo punto. Sintió el hormigueo previo al orgasmo y sus caderas se movieron sin control, empujando contra su mano y jadeando.

Él gruñó y acto seguido eyaculó en sus manos, de forma violenta y respirando como si acabara de correr una maratón

A ella no le importó ni lo más mínimo ver su mano embadurnada de su semen caliente pero, antes de que pudiera decir nada, él sacó un pañuelo y la limpió con cuidado.

Se arregló la ropa rápidamente y la miró

Joder, estaba loco por esa mujer.

—¿Me dolerá? —preguntó ella de nuevo.

Con una media sonrisa, algo siniestra, él asintió.

—Y lo disfrutarás.

Bianca se llevó la mano al top para subírselo y colocárselo correctamente para poder volver a la civilización.

Luke la besó y murmuró contra sus labios.

—Te quiero —lo pronunció en voz muy baja, como si le diera miedo, como si no quisiera que nadie más fuera partícipe de ese momento. Sólo ella.

Lo abrazó encantada, sonriente y lo besó.

—Por eso —prosiguió él— no puedo salir de aquí sabiendo lo mojada y caliente que estás y no hacer nada al respecto.

Maniobró para poder desabrocharle el botón y bajarle la cremallera de los jodidos pantalones ajustados y logró meterle la mano. Frotó su entrepierna primero por encima de la tela empapada de sus bragas y después las apartó para introducirle dos dedos.

—Tan apretada... Me encanta cómo aprisionas mis dedos..

—Luke...

—Lo sé, cariño, lo sé

Buscó su clítoris entre los resbaladizos pliegues y lo frotó sin piedad, sin dejar de penetrarla.

Ella se agarró a sus hombros y balanceó las caderas, restregándose descaradamente sobre su mano para obtener la máxima fricción.

Luke oyó el rechinar de las bisagras de la puerta de emergencia y aceleró sus movimientos.

—De un momento a otro alguien va a aparecer por esa puerta...

Bianca le clavó los dedos y se aferró a su camisa, jadeando, gimiendo y mordiéndole el labio para no gritar como una posesa.

La sola idea de que alguien los viera, o, peor aún, que los reconociera disparó su excitación. El miedo y su libido por lo visto hacían buenas migas.

—Nos van a pillar... —sollozó ella adelantándose a sus palabras, pero no era temor lo que transmitían.

—¡Daos prisa! Los dos oyeron la voz de Carla.

Luke masculló por lo bajo y ella no pudo evitar sonreír, a pesar de lo que significaba que fuera Carla, precisamente ella, quien estuviera avisándolos.

—¿Será posible? —se quejó Luke poniendo los ojos en blanco.

Se miraron a los ojos como si no pudieran creérselo, esa metomentodo estaba allí, pero ¿cuánto tiempo llevaba junto a la puerta?

—No pares —imploró Bianca cada vez más cerca.

—Córrete, ¡ahora!

—Estoy a punto —farfulló.

—¡Quien está a punto de venir es el encargado! —les chilló Carla furiosa—. Y no me apetece nada distraerlo.

—Un poco más, sólo un poco más —suplicó.

Y Luke añadió un tercer dedo. Con cada arremetida, ella aumentaba el volumen de sus

gemidos y supo que sólo faltaba el toque de gracia.

Sacó sus dedos y únicamente le frotó el clítoris de forma frenética y cuando notó que iba a dar el paso, palmeó su coño, justo en el centro, sin piedad. Una, dos, tres veces, hasta que ella explotó en sus brazos, relajándose contra él.

—Haced el favor de arreglaros —les advirtió Carla, tensa, y la obedecieron—. Ya os vale...

Epílogo

—Acabé —dijo orgulloso estirando los brazos por encima de su cabeza y sonriendo. Ese día tenía planes.

Satisfecho consigo mismo se puso en pie, agarró su cazadora de piel del respaldo e hizo un gesto de despedida a Aidan, que entraba en ese momento en la oficina.

—¿Adónde vas? —le preguntó arqueando una ceja.

—A mi casa. ¿Contento?

No pudo dar ni medio paso porque Aidan se empeñaba en estar en el medio e impedirselo.

—Pues va a ser que no. Toma.

Le endosó una carpeta y puso cara de disculpa.

—No me jodas..

—No me atrevería —se disculpó—. Pero ha surgido un imprevisto. Ya lo siento. Una patrulla de tráfico ha detenido a una mujer relacionada con el caso Yarnell, es una de sus... bailarinas, ya me entiendes.

—¿Y no puedes, por una vez, encargarte tú solo del interrogatorio?

Aidan negó con la cabeza mientras buscaba una excusa convincente.

—El jefe ha insistido, dice que aún no soy lo bastante poli malo para ello.

—Y al paso que vas nunca lo vas a ser. Maldita sea. Precisamente hoy... —masculó levantando el auricular para llamar.

—¿Y qué es tan importante?

—Hoy es nuestro aniversario.

—¿Ah, sí? ¿Y tenías preparado algo especial?

—Pues claro.

—Ay, qué detalle por tu parte acordarte.

—¿Cómo no me voy a acordar de una fecha así? —preguntó mirándolo como si fuera tonto.

—Porque siempre pensé que tú no eras desésos.

—Mierda, salta el contestador —protestó y dejó un mensaje. Tenía que convencerla para que se comprase un móvil.

—¿A quién llamas?

—Pero ¿a ti qué te pasa hoy que estás más tonto de lo normal? —preguntó Luke empezando a mosquearse —. A mi mujer, ¿a quién va a ser?

—Vaya... pensé que hablabas de nuestro aniversario como compañeros, ¡mecachis! Con la ilusión que me hacía...

Luke no sabía si darle con la mano abierta o directamente pedirle a su jefe que le cambiara de compañero. Cuando decía cosas como «mecachis» le daba hasta vergüenza ajena.

—Mira, deja de hacer el payaso y no me calientes más la cabeza con tus bobadas, ¿estamos? Y venga, vamos a la sala de interrogatorios. Quiero acabar con esto cuanto antes.

—Esto... yo no voy —se disculpó no muy convincentemente.

—¿Y se puede saber por qué cojones no? —preguntó controlándose para no decir alguna burrada.

—Prefiero terminar de pasar los informes y actualizar los datos, estamos retrasados.

—¿No lo hiciste ayer? —replicó confuso.

—Sí, pero un manazas informático se ha encargado de jorobar una parte del fichero —mintió sabiendo que Luke y el PC eran incompatibles. Como todos los días tenía algún que otro altercado con el ordenador... confió en que se diera por aludido y aceptara la excusa.

—De acuerdo —convino dando por buena la explicación. El chico era un inútil como policía, pero como secretario no tenía precio.

Bajó al sótano y se dirigió a la sala número cuatro, donde, según el informe, estaba esperándolo la mujer.

Por lo visto, aparte de bailarina, la amiguita del traficant, se ocupaba de entretenerlo convenientemente y de hacer uso indiscriminado de la mercancía, ya que, según leía, iba colocada y habían tenido que calmarla en el coche patrulla.

Entró en la sala y se encontró a una morena, sentada y encorvada sobre la mesa, dándole la espalda.

Vestida, o mejor dicho, desvestida porque ese retal rojo de lycra apenas cubría su piel, daba un poco de lástima. Es triste ver en qué se convierten algunas mujeres por culpa de gente hija de puta.

Sus medias de rejilla estaban hechas un asco, no llevaba zapatos e intentaba no apoyar los pies en el frío suelo de baldosa. Las manos, delante de ella, apoyadas en la mesa, dejaban ver que seguía esposada.

Suspirando y decidido a no ser excesivamente duro con ella, siempre y cuando colaborase, se acercó para servir un vaso de agua y coger una caja de pañuelos, que colocó sobre la mesa para que ella pudiera alcanzarlos.

Luke se sentó al otro extremo de la mesa y observó cómo apenas levantaba el rostro para limpiarse un maquillaje excesivo que desdibujaba sus rasgos y cómo daba un sorbo, antes de recuperar su postura inicial.

Seguramente iba tan colocada que ahora, tras pasar la euforia inicial, estaba de bajón.

—Como sé que no quieres hacerme perder el tiempo y...

Ella se sonó la nariz de una forma poco educada interrumpiendo su discurso. Dejó caer el pañuelo sucio al suelo de cualquier manera y continuó con la cabeza gacha.

Luke decidió darle un poco de vidilla y no presionarla, así que releyó los documentos antes de continuar.

—Te han detenido por conducción temeraria, posesión de drogas y lo rematas insultando a los agentes que te interceptaron. ¿Qué tienes que alegar?

Ella carraspeó, bebió agua de nuevo y se mantuvo en silencio, consiguiendo con ello que él empezara a desesperarse.

—Has dicho que trabajas en el Sunday como bailarina, aunque hay quien dice que eres muy amiga del jefe. Así que vayamos al grano y no perdamos más el tiempo. —Decidió que debía empezar a ser un poco más persuasivo—. ¿Haces algún tipo de trabajo extra?

—Yo sólo bailo —contestó en voz baja, cabreándolo.

—Mira, guapa, con lo que llevabas en el coche es suficiente para meterte un buen puro y no creo que a tu jefe le vaya a preocupar que te hayan detenido, tiene unas cuantas «bailarinas» a su alrededor para divertirlo. Así que, cuéntame adónde llevabas la droga.

Cada vez más exasperado con la actitud pasiva de ella se acercó hasta situarse a un lado y, adoptando la típica postura intimidatoria, apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó para intentar conseguir avanzar.

—Será mejor que hables... Se detuvo porque percibió un aroma familiar. Vainilla.

Él pensaba que las mujeres como ella utilizaban esos perfumes asfixiantes que, lejos de atraer a los hombres, los repelen, así que comprobar que aquella chica usaba algo tan suave le agradó.

—No voy a hablar —murmuró casi tan bajo que a él le costó entenderla.

—No tengo todo el día —advirtió y notó algo extraño en su comportamiento. Agitaba los hombros como si... ¿se estuviera riendo?

La chica había levantado un poco la cabeza y pudo ver su escote. ¡Joder! Se limpió de nuevo la nariz, torpemente, con un pañuelo; tenía el maquillaje en un estado lamentable

Luke empezaba a cabrearse en serio. Miró por enésima vez el reloj. Genial, iba a llegar tarde.

Bueno, modificaría los planes y se desplazaría directamente al restaurante, sin pasar por casa a cambiarse, así ganaría tiempo.

En su trabajo, pocas cosas podían llegar a sorprenderlo, tener delante a mujeres atractivas, vestidas de forma provocadora y hasta tentándolo era tan habitual que hacía tiempo que ni se inmutaba, pero en esa ocasión hubo un detalle que le llamó poderosamente la atención.

Se inclinó un poco más para comprobar si ese lunar que asomaba en el pecho izquierdo de la detenida era una mancha, o si lo había pintado, pero no, parecía real.

Se incorporó y se pasó una mano por la cara, aquello no podía ser

¿Cuántas mujeres podía haber con un lunar en el mismo sitio?

Dispuesto a asumir su metedura de pata en caso de equivocarse, giró la silla en la que ella permanecía sentada y le levantó la cara para mirarla fijamente y salir de dudas.

Comprobó que bajo un horrible y saturado maquillaje se encontraba una mujer que le mantenía la mirada y aguantaba la risa.

—¡Joder! —exclamó conteniéndose para no sacarla de allí a rastras.

—Hola, Luke —ronroneó ella.

Se puso en pie exagerando al máximo sus movimientos para que su ajustadísimo vestido rojo marcara todas sus curvas y que dejaba al descubierto la parte superior de sus muslos y la banda elástica de sus medias. Su escote estaba a punto de desbordarse y ella colaboró un poco al

arquear la espalda. Se echó la melena negra hacia atrás para acabar en una postura descaradamente sugerente, que invitaba a devorarla allí mismo.

—Me quitaron los zapatos de tacón —se quejó ella con un mohín—. Estaba espectacular con ellos a juego.

—Son las normas —masculló digiriendo la sorpresa y sospechando que debajo del maldito vestido no llevaba ropa interior porque no se marcaba nada.

Ella caminó lentamente hasta él y levantó los brazos esposados para rodearle el cuello.

—¿No vas a decir ni hacer nada?

—¿No se te habrá ocurrido teñirte el pelo? —preguntó todavía no muy conforme con todo aquello.

—¿Eso es lo único que se te ocurre? —preguntó Bianca negando con la cabeza—. Es una peluca, tonto.

—Ya veo...

—Anda, no te enfades... —le dijo zalamera acariciándole su nuca.

—No sé cómo has conseguido hacer algo así...

—Tu compañero ha sido de gran ayuda —le explicó sonriente.

—Tenía una reserva para cenar y una habitación de lujo, y ahora, por culpa de tus jueguecitos no vamos a llegar...

Ella lo detuvo poniéndole una mano sobre los labios.

—Bah, eso está muy visto. Además cuando hace unos días llamaron a casa para confirmarla me ocupé de anularla, quería algo más... original para nuestro aniversario.

—¿Cómo has conseguido que el imbécil de Aidan te ayude?

—Pobrecito —murmuró poniéndole morritos mientras le acariciaba la nuca aún con las manos unidas por las esposas—. Él no quería, pero Carla, que ya sabes cómo es, le hizo algo realmente perverso que no ha querido explicarme.

Luke hizo una mueca. Ese tonto del culo se merecía cualquier cosa por meterse donde no lo llaman, pero, sin embargo, movido por una especie de solidaridad masculina se sintió preocupado.

Cediendo a los más que evidentes deseos de ella bajó la cabeza y la besó, allí, de forma escandalosa, disfrutando de la situación.

Las cosas se fueron desmadrando y ella acabó tumbada sobre la mesa metálica y él colocado entre sus piernas dispuesto a levantarle el vestido y salir de dudas.

Con ambas manos fue subiendo los escasos centímetros de tela que cubrían su piel y se detuvo justo en el límite al acordarse de un importante detalle.

—¡Joder, las cámaras de seguridad! —exclamó recolocando su ropa para que ningún perverso pudiera llegar a ver más de la cuenta.

—No te preocupes por eso —indicó ella recostada en la mesa, separando descaradamente las piernas, invitándolo a mucho más que simplemente observar—. Aidan también se ha ocupado de eso.

—El difunto Aidan, querrás decir, es un incompetente —protestó.

Ella movió un pie y lo colocó sobre su erección, presionando para que él se preocupara de lo

realmente importante. Luke pareció dar por buena la explicación cuando se llevó las manos al cinturón dispuesto a desnudarse lo imprescindible para poder liberar su polla.

—¿No vas a quitármelas? —preguntó moviendo las esposas que aún llevaba puestas alrededor de las muñecas.

Luke por fin sonrió, aunque esa sonrisa no auguraba nada bueno.

—Te las has ganado a pulso —alegó situándose entre sus piernas.

Y, sin esperar más, la penetró consiguiendo que ambos gimieran al unísono.

—Feliz aniversario, cariño.

—Feliz aniversario, chico malo.

A ciegas

Noe Casado

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© de las imagen de la portada, Shutterstock

© Noe Casado, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: diciembre de 2012

ISBN: 978-84-08-05212-8

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com